




Mercedes de Miguel

# LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON



«Nadie dijo que la lucha  
contra el terrorismo internacional  
fuera fácil»

**LA VIDA SECRETA  
DE LOS BRANDON**

MERCEDES DE MIGUEL

Mercedes de Miguel

**LA VIDA SECRETA**  
**DE** **BRANDON**  
**LOS**

*«No será ventajoso para el ejército actuar  
sin conocer la situación del enemigo,  
y conocer la situación del enemigo  
no es posible sin el espionaje»*

(“El arte de la guerra”, Sun Tzu)

## Agradecimientos

A mi hija Silvia, la primera en leer mis manuscritos, y la primera también en promocionarme entre sus amigos.

A mi madre, que siempre empieza a leer por el final (¡le puede el «ansiaviva»!), por más que le diga que así se pierde eso tan importante como es el suspense.

A Francisco Guerrero, *Fransy*, y Marina Sánchez, *Ariel Romero*, por el apoyo mostrado desde que un buen día descubrieron *La Virgen de los leggings* y nos hicimos amigos. Tanto *Las lecturas de Fransy* como *Misterios de escritora* son, respectivamente, blogs literarios que no deberíais dejar de seguir.

A Alexia Jorques, una profesional como la copa de un pino y magnífica maquetadora, con la que llevo años colaborando y que siempre capta a la perfección las ideas que le transmito para las portadas.

A Montse, Mar, Moni, Carmela, Andrea, Sonsoles y Paloma, por el cariño e interés con el que leéis mis novelas recién sacadas del horno antes de corregirlas, trasladándome sugerencias que invariablemente me ayudan a mejorarlas.

A tantos amigos que me dan publicidad y que no nombro porque no quisiera olvidar involuntariamente a ninguno.

Gracias también a los lectores anónimos que dejan algún comentario en Amazon.

Si queréis comunicaros conmigo de forma privada para darme vuestra opinión, aparte de encontrarme en Facebook podéis hacerlo a través de mi correo electrónico: [mrдемигuelproc@hotmail.com](mailto:mrдемигuelproc@hotmail.com)

## Nota de la autora

Como algunos lectores tal vez ignoréis que LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON es una continuación de TORMENTA, decir que ambas son autoconclusivas y el orden de los factores no altera el producto. Tanto se pueden leer sucesivamente como a la inversa, porque nada influye en cuestión de argumento. Si en TORMENTA asistimos a la evolución de Beatriz, en LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON todo es más de lo mismo pero no tiene nada que ver. Así, pues, si alguien prefiere invertir la cronología, encontrará que TORMENTA es una precuela y al leerla en segundo lugar hallará respuestas y explicación a algunos hechos que se narran de forma sucinta en la que ahora tenéis en vuestras manos.

Pero entremos ya en materia...

Castillo de Devonshire,  
Inglaterra, 2017

*Duke* se revolcaba por la hierba con Jamie, entre carcajadas de este y lametones del perro. Cuando el niño se levantó, tenía la ropa hecha un desastre. «Allison me va a matar». *Daf* los contemplaba sentado con semblante hierático a unos metros de distancia. Él era mucho menos dado a la efusividad, aunque tampoco podría decirse que fuese poco afectivo. Si acaso, algo temeroso de enfrentarse a su hermano. Una vez lo había intentado y la cosa no salió bien. El colmillo que aquel le dejó clavado en el lomo lo perdió, no así sus ganas de quedar siempre por encima. En aquel momento decidió que no valía la pena. Siempre sería un segundón, y por eso prefería no interferir demasiado. Le compensaba el cariño que su dueña le tenía. «*Daf*, no deberías quedarte siempre al margen», le decía invariablemente Beatriz, acariciándole la cabezota, para a continuación invitarle a salir con ella a pasear. *Duke* rara vez los acompañaba porque era díscolo y temperamental. Si olfateaba el rastro de una liebre, escapaba a la carrera y no atendía a razones. De ahí que, en sus paseos a caballo, Beatriz prefiriese siempre la compañía de *Daf*, obediente y dócil.

William, por el contrario, y al igual que su hijo, sentía debilidad por el travieso *Duke*, pero cada vez eran menos frecuentes las ocasiones en las que cabalgaban juntos. Su padre estaba siempre tan ocupado...

Jamie entró en el castillo sigilosamente, temeroso de que Allison contemplase el desaguisado, pero no se la veía por allí. Subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio y buscó en el armario otro atuendo con el que cambiarse para la cena. Tiró en el cesto de la ropa sucia el anterior y bajó silbando de nuevo, sin reparar en el barro adherido a su flequillo y mejillas. Desde luego, si hubiese querido ocultar un crimen, las pruebas en su contra habrían sido demasiado evidentes. Pero como no era ese el caso, el recibimiento cuando entró en el comedor fue festivo. Su abuela Anna tendía los brazos hacia él, que sin dudarlo se acercó para recibir una buena ración de achuchones. Hoy cenarían solos. Sus padres, William y Beatriz, regresarían presumiblemente tarde. Ella, médico psiquiatra, había avisado de la demora apenas media hora antes. La última consulta de la tarde así lo hacía presagiar. Era un paciente habitual y extremadamente conflictivo. Su desequilibrio mental había ido aumentando gradualmente en las últimas semanas, pero confiaba en que una charla tranquila y sin restricciones horarias le sosegasen. En caso contrario, no quedaría otra opción que su internamiento, algo que Beatriz decidiría en último extremo, agotadas las demás vías. Demasiado bien sabía por lo ocurrido con su madre en el pasado que eso no garantizaba la mejoría del enfermo.

En cuanto a William, su trabajo en el cuerpo jurídico del Ministerio del Interior solía retenerlo invariablemente con cuestiones urgentes de última hora. Así pues, no era inusual que a diario regresase cuando él ya dormía. Por no hablar de sus frecuentes viajes. No obstante, y aunque Jamie le viese menos de lo que hubiera deseado, lo adoraba. De hecho, la adoración era mutua. Y los ratos que pasaban juntos no los cambiaría por nada.

Pero es que el niño, en realidad, era cariñoso por naturaleza. Sus tíos Philip y Olivia eran también insustituibles para él, así como su hijo Henry, a la sazón su primo, al que sacaba un año. Pese a padecer síndrome de Asperger, este era tan leve que apenas se percibía. Solo cuando algo lo ponía nervioso y comenzaba a balancearse repitiendo una palabra machaconamente, se hacía evidente que sufría algún tipo de trastorno. Esto, generalmente, le duraba poco. Bastaba

cualquier distracción para que regresase de su mundo a retomar el juego con el que estuviesen entreteniéndose en ese momento. Jamie mostraba una paciencia infinita con su primo, al que veía con frecuencia pese a que él y sus tíos residían habitualmente en Escocia, puesto que muchos fines de semana los pasaban en Devonshire.

—Jamie, ¿ya has pensado en la lista de invitados a tu cumpleaños? —Preguntó Anna—. No queda mucho y hay que enviarlas, recuerda.

—¿Para qué, abuela? —Se sorprendió el niño, mirándola con los ojos abiertos de par en par—. ¡Si voy a invitar a toda la clase!

Anna meneó la cabeza. Todavía seguía encontrando extraño que se dirigiese a ella con el apelativo «abuela» porque se consideraba demasiado joven aún para eso. Sin embargo, era consciente de que ya no lo era tanto. Los años habían transcurrido con una velocidad pasmosa y sin apenas darse cuenta. Cuando finalizó su romance con Javier, el padre de su nuera Beatriz, empezó a considerar que se estaba haciendo mayor, si bien se negase a reconocerlo. La ruptura fue gradual, lo que no impidió que continuasen manteniendo una gran amistad. De hecho, Javier solía visitarlos de tanto en tanto. No sabría decir qué había motivado el distanciamiento paulatino. El flechazo que ambos sintieron nada más conocerse fue instantáneo, y la pasión, desbordante. Ambos eran viudos en aquel entonces, y la amistad incipiente de sus respectivos hijos los unió a ellos. La menopausia prematura de Anna pudo desencadenar el enfriamiento de su relación: ella ya no sentía las mismas ganas de satisfacer sus necesidades. Paulatinamente, la fogosidad fue transformándose en una afectuosa camaradería que todavía perduraba. Un par de años atrás, habían vivido un episodio de enardecimiento que apenas duró unos días: los que Javier pasó en Devonshire coincidiendo con la Navidad. Pero no supuso en modo alguno la continuación de lo que la desidia había interrumpido. Fue algo muy grato, aunque lamentablemente puntual. A estas alturas, estaba segura de que Javier no viviría como un monje. Sin embargo, nunca le hizo el menor comentario al respecto, pese a la mutua confianza que se profesaban. «Mejor eso que nada», pensó frunciendo la boca y mirando hacia ninguna parte con nostalgia.

—Muy bien, amiguito —dijo—. En tal caso, tendrás tarea doble por hacer. ¿Cuándo piensas empezar con las postales?

El niño masticó rápidamente antes de contestar. Sabía que su abuela era bastante protocolaria con las cuestiones relativas a la buena educación en la mesa y no quería recibir una reprimenda si hablaba con la boca llena.

—No hace falta —informó con naturalidad—. Se lo diré mañana en clase y ya está.

—Está bien, está bien —convino Anna, susurrando de forma apenas audible. Era evidente que las nuevas generaciones no guardaban respeto alguno por las tradiciones. Pero, al fin y al cabo, tampoco había tanta diferencia entre invitar de palabra o por medio de tarjetones. La espontaneidad de Jamie le hizo esbozar un gesto de ternura desacostumbrado en ella, que jamás, cuando William tenía su misma edad, se había permitido la menor debilidad en su férrea educación. «Ah, va a ser verdad eso que dicen de que ser abuelo te vuelve permisivo». —Luego, reprimiendo la risa, le amonestó—: Anda, lávate bien la cara antes de acostarte, que pareces un aborigen australiano. ¡Y deja de darle comida por debajo de la mesa a *Duke*! ¿Acaso no te parece que ya está bastante malcriado?

*Duke*, tan pronto escuchó su nombre, salió muy dignamente y se situó frente la chimenea junto a *Daf*, al que miró de refilón para que se abstuviese de intentar cualquier motín que cuestionase su supremacía. *Daf*, por toda respuesta, permaneció tumbado ignorándole. Su hermano era imposible. Bostezó con aburrimiento. El bostezo de un dogo alemán parecía el



rugido de un león, aunque menos iracundo.

Thames House, Millbank,  
Londres, 2013

El edificio donde se ubicaba el MI5 era imponente. Sus muros de piedra grisácea ocupaban toda una manzana y le conferían el aspecto de la sede de un gran banco, salvo por la ausencia de letreros indicativos. William inspiró profundamente antes de penetrar en él. Se planteaba si no sería mejor largarse de allí antes de tener que lamentarlo. Ciertamente era que la cuestión por la que había sido citado le intrigaba. Dudaba que su expediente académico (excelente, por otra parte) y sus dos años de experiencia en el cuerpo jurídico del Ministerio del Interior fueran suficientes para que nadie considerase necesario reclutarle para no se sabía qué exactamente. El tipo que le dio la tarjeta con el lugar y fecha de la cita fue escueto. A ese hombre no lo había visto en su vida antes de aquel momento. Tan solo una frase que dijo, le hizo sospechar qué podrían querer de él: «No nos conoce; nosotros a usted, sí. Sus credenciales pueden sernos muy beneficiosas a todos, siempre y cuando sea un verdadero patriota».

Y, a continuación, había deslizado discretamente la tarjeta en su mano al estrechársela, casi un palmo por detrás de él. Cuando quiso volverse para preguntarle a qué se refería, ya había desaparecido de su campo visual. De repente, se encontró mirando la misiva con incredulidad en medio de la calle.

\*\*\*\*\*

El policía al que entregó su carnet de identidad a la entrada lo escrutó, consultó el listado de visitas, le hizo estampar la huella de su pulgar en un lector digital y lo condujo a una sala de espera, donde aguardó escasamente cinco minutos hasta que otro agente le invitase a seguirle por interminables pasillos hacia un ascensor, que descendió al menos dos niveles a velocidad supersónica. Tanta, que William se mareó un poco.

Un nuevo pasillo se abrió ante ellos. Las paredes eran de cemento oscuro, pero los puntos de luz suministraban suficiente luminosidad. Al fondo se veía una puerta cerrada en la que rezaba un rótulo de «prohibido el paso sin autorización». Su acompañante dio dos golpes secos y, sin esperar respuesta, la abrió. «Puede entrar, *sir*». Luego cerró la puerta sigilosamente y volvió sobre sus pasos.

Se encontró en el umbral de una estancia inmensa cuya zona central estaba presidida por una mesa ovalada, a la cual se hallaban sentadas al menos diez personas uniformadas. Todo el perímetro lo ocupaba un enjambre de aparatos informáticos y cables que enlazaban unos con otros, emitiendo pitidos a intervalos regulares y luces intermitentes de diversos colores. Con un arqueado de cejas, el que ejercía de maestro de ceremonias le invitó a tomar asiento en una de las cabeceras de la mesa. Acto seguido, nombró a los asistentes por orden jerárquico y dejó para lo último su propia identificación: Mayor Tyler Watts.

—Hechas ya las presentaciones, tenemos que hablar de un asunto importante, Lord Brandon —dijo—. Iremos al grano porque tiempo es lo que nos falta a todos, así que no nos andaremos con rodeos. Bien —carraspeó dos veces—. Después de someterlo a un examen minucioso, queremos proponerle que se una a nosotros como agente del MI5. Reúne usted la mayoría de los

requisitos que exigimos. Por supuesto, y antes de que se decida, hemos de informarle convenientemente acerca de sus obligaciones.

William notó cómo un sudor frío empezaba a recorrerle la nuca con intención de no detenerse hasta llegar a su espina dorsal. «¿Dónde me he metido?». Sacudió la cabeza en un gesto inconsciente, intentando alejar la incomodidad. Tragó saliva.

—Si lo hace, ha de ser consciente de que no será fácil —continuó el interlocutor—. Recibirá un duro entrenamiento mental y físico. No podrá decirle a nadie, ni siquiera a sus más allegados, que es uno de los nuestros. Probablemente será asignado a misiones que pondrán en peligro su vida. Tendrá que mantener contacto permanente con la Organización y estar disponible las veinticuatro horas del día los trescientos sesenta y cinco días del año. En suma: su vida, a partir de ese momento, tendrá un doble fondo. A cambio, disfrutará de la oportunidad de participar en operaciones que pueden salvar a miles de personas y mantener el *statu quo* de la comunidad internacional civilizada. Nada más y nada menos. No nos dé una respuesta ahora. Los aquí presentes somos conscientes de que no es una decisión fácil. Medítelo, y en el plazo de una semana nos la traslada. Nosotros nos pondremos en contacto con usted para conocer su decisión. Su nombre provisional en clave para próximas comunicaciones será *Lancaster*. Cuando alguien se le dirija por tal apelativo, sabrá que viene de nuestra parte.

El mayor Watts pulsó un timbre y enseguida apareció el mismo agente que lo había acompañado a la sala de reuniones media hora antes. William se levantó, hizo un gesto de cortesía con la cabeza en señal de despedida y le siguió. En el tiempo que había durado la entrevista no había pronunciado palabra. En ningún momento se le dio pie a ello.

Caminó hasta el parking donde había estacionado su vehículo sin poder alejar la sensación de perplejidad. Una vez dentro, se desanudó la corbata y apoyó la cabeza sobre el volante.

\*\*\*\*\*

Jamie aún estaba despierto cuando llegó a Devonshire. Anna le leía un cuento en la cama y él intentaba mantener los ojos abiertos, aunque los párpados se le cerraban. William le hizo cosquillas, rieron los dos, Anna protestó porque iba a conseguir desvelarlo y, finalmente, cuando el niño concilió el sueño, salieron ambos de su dormitorio.

—¿Qué tal el día, hijo? —preguntó Anna.

—Bien, sin novedad —repuso William, a sabiendas de que su gesto preocupado no le pasaría desapercibido a su madre. Por eso desvió intencionadamente el rumbo de la conversación —: ¿Te ha dado mucho la lata hoy?

Anna esbozó una sonrisa afable y meneó la cabeza en sentido negativo. Que habían estado muy entretenidos visitando las cuerdas y al nuevo potro que había nacido el día anterior. Que Jamie se había mostrado entusiasmado y quería acariciarlo todo el tiempo, solo que la yegua no estaba demasiado predispuesta a consentirlo. Y que luego se habían divertido mucho viendo una película de animación que, por supuesto, Jamie interrumpió constantemente con sus carcajadas. El gesto tierno con el que Anna describía la situación le hizo a William recordar cuando él contaba la misma edad de su hijo y su madre no era ni la mitad de concesiva como lo era ahora con el nieto. Se sonrió, condescendiente. Al fin y al cabo, se decía que los abuelos siempre eran más permisivos con los nietos que con los hijos. Recordó también con cierta acritud cuando, años atrás, le había hablado de aquella compañera de colegio que hoy era su esposa, y su madre

le había advertido que no esperase llegar a nada más que una simple amistad, porque él se debía a ciertas obligaciones por razón de su rango. De casarse con ella en un futuro, ni hablar. ¡Si ni siquiera era inglesa! Bueno, pues se había salido con la suya. El inicial recelo de Anna había dado paso paulatinamente a una sincera admiración por la española que habría de convertirse en su nuera. Ciertamente que no era aristócrata, pero su exquisita educación le había hecho granjearse su simpatía. Por no hablar de la valentía que demostró al tomar como favorito en sus visitas a Devonshire a *Hugh*, aquel caballo que nadie más se atrevía a montar y que una vez estuvo a punto de matarla cuando, en medio de una espesa niebla, se desbocó en una carrera enloquecida hacia el lago donde un día aciago, Catherine, tía bisabuela de William, había perdido la vida muchos años atrás. *Hugh* era descendiente de aquel caballo en el que cabalgaba Catherine ese día, y quedó marcado por la fatalidad desde entonces. La maldición de su estirpe se confirmó poco tiempo después. Una noche, después de la ración de pienso, *Hugh* salió de su box en un descuido del mozo de cuadra y emprendió una carrera enloquecida hasta el lago maldito, en el que se ahogó. Una leyenda más a engrosar las que ya pululaban por Devonshire, como la del fantasma de Catherine apareciéndose cuando se le antojaba. Para los moradores del castillo era algo tan habitual que no le concedían la menor importancia. Por eso, y por muchas otras cosas más, Anna siempre vio en Beatriz a una persona de cualidades excepcionales. Y cuando percibió la determinación en los ojos de su hijo William, que estaba dispuesto incluso a que lo desheredase con tal de no renunciar a ella, supo que no pondría objeciones a su relación. El tiempo le había dado la razón.

\*\*\*\*\*

Cuando Beatriz entró en el dormitorio con sigilo, por temor a turbar el sueño de William, eran las diez de la noche. Al verlo despierto, se tumbó a su lado y le dio un beso en los labios. Él la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza. Ella se desasí sin brusquedad, incorporándose un poco. Aunque ambos seguían tan enamorados como al principio, sabía que aquel gesto obedecía a algo más que al enardecimiento.

—¿Algún problema hoy, Will? —preguntó, enarcando una ceja.

—No, nada.

—Venga, sabes que a mí no puedes engañarme —insistió.

Y a continuación le mordisqueó el cuello para provocarle las cosquillas, algo a lo que sabía que William no lograría resistirse. Por eso, este le pidió una tregua que le permitiese ganar tiempo para buscar la mejor manera de decirle algo que no podría confesarle bajo ningún concepto. Midió sus palabras, se tomó unos instantes para valorar si resultarían lo suficientemente convincentes y le estampó un beso en la cabeza. Si no tenía que sostenerle la mirada le resultaría más fácil mentir. Mejor dicho, contarle una verdad a medias.

—Es simplemente un cambio de departamento en el Ministerio, que me mantendrá aún más ocupado porque entraña mayor responsabilidad. Todavía no he dicho que sí.

—Pero, Will, ¡es una magnífica noticia! —palmeó Beatriz, entusiasmada—. Eso es un ascenso en toda regla, que a su vez significa cómo valoran el trabajo que has venido desarrollando hasta ahora. ¡No puedes negarte!

—No sé —vaciló William en tono quejoso—. Tengo miedo de hipotecar mi vida, nuestra vida, y de no poder disponer del poco tiempo que pasamos juntos. Ya estamos bastante ocupados

los dos como para añadirle un plus.

—Bueno, si más adelante sientes que la situación te sobrepasa, siempre estarías a tiempo de renunciar —sugirió ella con su proverbial sentido práctico.

«¡Como si pudiera ser tan fácil!», se lamentó William para sus adentros. Luego, disimulando de la mejor manera que pudo, añadió:

—Claro, supongo que sí. —Meneó la cabeza al tiempo que se mordía el labio—. Oye, nunca haría nada con lo que no estuvieses de acuerdo. Jamás te echaría en cara que me hubieses impedido hacer algo que, por otra parte, tampoco estoy convencido de que sea lo más conveniente.

Tal vez con ese alegato pretendiera inconscientemente que ella no se mostrase tan proclive a empujarlo a lo que podría resultar, a la postre, un gran error. No lo consiguió. Pero es que para que hubiese podido darle una opinión realmente objetiva tendría que haberle contado la auténtica versión. Si esto resultaba tan difícil, qué no sería cuando se las hubiera de ver en medio de una misión en la que tuviera que desarticular, pongamos por caso, a un comando terrorista. Meneó la cabeza con disgusto. No se veía capacitado para ello. Mucho entrenamiento psicológico tendría que recibir para lograr ser inmune a las presiones. «Y posiblemente a la tortura, si me descubren», se dijo con un leve estremecimiento.

—No voy a interferir en tu decisión —dijo Beatriz con gesto serio que después relajó con un guiño, sin percibir, cosa extraña, el temblor de su marido—. A menos que eso te aleje de mí por razones que, al fin y al cabo, no nos afecten directamente. En ese caso, no descarto llamarte a capítulo y exigir una vuelta a la normalidad familiar.

William suspiró. Sabía que nunca lo haría porque no era en absoluto absorbente. Desde que se conocieran, él siempre había sido mucho más dependiente de ella que a la inversa. Y más sentimental también. Beatriz era puro pragmatismo. Por supuesto que demostraba sus sentimientos hacia él, pero sin excesiva efusividad. En alguna ocasión la había comparado con una vulcaniana de Star Trek, observación que invariablemente a Beatriz le hacía reír.

Debería meditarlo bien antes de dar el paso, porque intuía que luego sería difícil, tal vez imposible, dar marcha atrás. No se trataría de resolver un simple contrato laboral por capricho si la cuestión le venía grande o no tenía los arrestos suficientes para continuar. La perspectiva se le antojaba incómoda. Por otra parte, a favor de la propuesta pesaba la subyugante tentación de hacer algo por lo que su esposa se sintiera orgullosa de él, si bien ella no lo sabría hasta mucho tiempo después, en el supuesto de que viviera para contarlo. Tenía aún algo de margen para pensarlo, demasiado poco para una decisión de tanta trascendencia.

Cuando Beatriz se deslizó en la cama y le abrazó, la rueda del amor comenzó a girar. Una vez se hubo vaciado en ella, se miraron a los ojos. Los de Beatriz le transmitían el mensaje implícito de que nunca dejase de hacer nada de lo que estuviera convencido. Eso le bastó para saber que, tomase la decisión que tomase, ella siempre le apoyaría.

\*\*\*\*\*

El fin de semana se presentaba tranquilo y la previsión climatológica era buena. Con tres días por delante antes de dar ese paso tan importante que podría cambiar el rumbo de su vida y la de su familia, William quiso aprovecharlos al máximo. Propuso a Beatriz un paseo a caballo el sábado por la mañana, algo que hacían antes casi sin consultarse porque era lo habitual. Tras una

noche de sueño reparador y un despertar excitante, ambos solían desayunar sin prisas y luego cabalgar toda la mañana. A menudo, Beatriz le retaba en una carrera que ella solía ganar sin demasiado esfuerzo. Aunque su marido era un experto jinete, le gustaba ver sus mejillas arboladas cuando llegaba antes que él a la meta que se habían marcado. Su satisfacción le compensaba el haberse quedado atrás. Gratos momentos que temía no poder volver a disfrutar. ¿Acaso le compensaría? Pensó que no.

Hoy llevaban a Jamie con ellos, a lomos de un pony. Aunque ya tenía ciertos conocimientos de equitación pese a su corta edad, eso supondría ir a un ritmo más pausado. Pero apenas tenían oportunidad de interactuar con él porque pasaban juntos poco tiempo y la oportunidad era excelente.

Al día siguiente, el niño cumplía cuatro años y habría una gran fiesta infantil en Devonshire. No se encontraba en absoluto nervioso ni excitado por el evento. Jamie tenía un carácter apacible que no se alteraba por casi nada. William pensaba a menudo que tenía una genética más parecida a la de su madre que a la suya, aunque físicamente era un calco de él. En ocasiones hacía preguntas propias de adultos y recibía las respuestas con gesto reflexivo. Si en algún momento percibía que le contestaban con evasivas, exigía que no lo trataran como si fuera idiota. Su gesto de incredulidad en esos momentos llegaba a resultar inquietante. Pareciera que sabía más de lo que por su edad le correspondía.

En medio de una charla insustancial y guiados por Jamie, que se había adelantando, no se percataron de que se habían alejado mucho del recorrido habitual. Ante ellos se abría un claro rodeado de árboles que dejaba vislumbrar al fondo un estrecho sendero.

Beatriz tiró de las riendas de *Byron* y este se detuvo. Como quiera que Jamie continuaba el paso sin prestar atención al cambio de ritmo, le silbó. Era una habilidad que tenía y que William admiraba porque nunca había conseguido aprender a hacerlo. Al escucharlo, Jamie se giró con mirada sorprendida.

—Por ahí no, Jamie —dijo esta secamente—. Vamos a dar ya la vuelta.

—¿Por qué, mami? Quiero ir al lago. ¡Quiero verlo!

—Tu madre ha dicho que no —terció William en tono imperativo—. Volvemos a casa.

—¿Porque es ahí donde se ahogó Catherine? —Lloriqueó el niño—. Jo, yo quiero verlo. ¡No creo que sea tan peligroso! *Ella* me lo dijo.

William y Beatriz cruzaron una mirada tensa y ambos se situaron a los flancos del pony en ademán protector cuando ya daban la vuelta para regresar al castillo.

—No creas todo lo que te digan, Jamie —le reconvino su padre.

—No es lo que me diga la gente, papá. Es lo que *ella* me dijo el otro día. Que...

—Que nada —cortó su padre—. Ella no te pudo decir nada porque Catherine murió hace muchos años y, por lo tanto, es imposible que haya podido hablar contigo jamás. ¿Me has entendido?

—Pues no, no lo entiendo porque sí que la he visto y he hablado con ella.

—Escucha, hijo —habló ahora Beatriz—. A veces nos hacen creer en cosas que no son reales, simplemente porque te las cuentan como si realmente hubiesen ocurrido. A ver, ¿cuándo y dónde has visto a Catherine?

—Muchas veces —dijo el niño, extrañándose de la incredulidad de sus padres—. Cuando estoy en mi cuarto viene a contarme cuentos para que me duerma.

Beatriz apretó la mandíbula con preocupación. Esa afirmación guardaba paralelismo con el amigo imaginario que ciertos niños mantenían a pies juntillas tener, algo que generalmente se

curaba con la edad. En el caso de Catherine, era normal hasta cierto punto que Jamie creyese que podía verla. A fin de cuentas, había oído hablar de ella desde que nació, y probablemente la incorporó a su vida, ayudado por su imaginación, al igual que creía en Papá Noel o el Ratoncito Pérez. No obstante, y teniendo en cuenta los antecedentes mentales de su abuela materna, Beatriz resolvió mantenerse vigilante al respecto.

Llegaron a las cuadras, descabalaron y dejaron que Paul se encargase de desensillar a los caballos.

\*\*\*\*\*

El lunes, cada uno se dirigió a sus respectivos trabajos después del desayuno. El sol primaveral que entraba por la cristalera del comedor no logró menguar un ápice la zozobra que William sentía. Un nudo le atenazaba la garganta porque todavía no había resuelto qué decisión tomar. El margen de media hora que le llevaría conducir hasta el Ministerio resultaba a todas luces insuficiente para aclararle la mente. No sabía, por otra parte, cuándo se pondrían en contacto con él para conocer su respuesta. Tampoco quería parecer dubitativo en el momento en que eso ocurriese, de manera que decidió echarlo a suertes. Tan pronto como estacionó el vehículo en su plaza reservada del parking, sacó una moneda. «Si sale cruz, lo rechazo». Salió cara.

«¡Maldita sea!»

Pulsó el botón del ascensor que llevaba a su planta, temiendo que en cualquier momento el enlace se introdujera en el habitáculo para recabar su parecer. No pasó nada ese día. Tampoco el siguiente. Se relajó hasta el punto de sospechar que todo hubiera sido un sueño. El tercero, un indigente entró en el elevador cuando ya se cerraban las puertas. Lo primero que pensó fue que resultaba extraño que hubiesen permitido el paso a un edificio oficial a alguien de semejantes características. El asombro le duró justo hasta que el falso menesteroso silabease tres sencillas palabras: «¿Y bien, Lancaster?».

William asintió levemente con la cabeza y el hombre tecleó un código en el panel. El ascensor se detuvo en lo que parecía una entreplanta o sótano. Lo miró de forma inquisitiva, como si quisiera asegurarse de que estaba convencido del paso que iba a dar.

Reconoció los pasillos interminables de la vez anterior, de donde dedujo que ambos edificios de alguna manera estaban comunicados a nivel del subsuelo. Anduvieron unos centenares de metros, el falso mendigo siempre delante de él.

En esta ocasión, el lugar a donde fue conducido no era aquella sala gigantesca sino un despacho de dimensiones más reducidas. Quien se encontraba sentado detrás de una mesa, sin embargo, era el mayor Watts en persona.

—Bien, bien —dijo este con gesto cordial, estrechándole la mano—. Me complace que estés aquí y lo que ello significa. A partir de ahora seré tu superior jerárquico; sin embargo, nos tutearemos. Puedes llamarme Tyler. Tú serás Lancaster de momento, aunque en función de las circunstancias tu nombre podrá ir variando. Ahora quisiera invitarte a un buen escocés de las Highlands para sellar el acuerdo. —Y ante el titubeo de William, añadió con ironía—: ¿Tal vez es demasiado temprano para tus costumbres?

William sonrió con un punto de timidez y dijo que en realidad sí, pero que no despreciaría dar un sorbo. Tyler descargó apenas un dedo de whisky en el vaso que le tendió y sirvió el suyo

con generosidad.



Castillo de Devonshire,  
Inglaterra, 2015

—Siento mucho que tu hamster haya muerto —dijo Beatriz, abrazando a su hijo—. Pero eso no puede hacer que te quedes en la cama el resto del día.

El niño mantenía la cabeza bajo el embozo de la sábana, impermeable a las palabras de consuelo de su madre.

—Jamie —Beatriz elevó el tono de voz—. Puedes quedarte aquí para siempre o venir conmigo a dar un paseo y dejar que te cuente lo que me ocurrió a mí hace tiempo con un caballo al que quería mucho.

El niño se incorporó, tal vez porque su curiosidad era superior a la tristeza que sentía por la pérdida de su mascota. Y eso que era grande. ¡Menos mal que le quedaba *Duke*!

Siguió a su madre hasta las cuadras. Paul le tendió a esta las riendas de *Byron*, y a Jamie lo ayudó a encaramarse a su montura. Había decidido días atrás que el pony se le quedaba pequeño y quería empezar a montar «un caballo de verdad».

Salieron de la finca al paso, apenas sin hablar. El niño se concentraba en mantener el equilibrio. Al principio le resultaba difícil acostumbrarse a la diferencia de dimensiones y altura, pero su entrenamiento era bueno y poco a poco fue cogiendo confianza. Tan pronto dejaron atrás la espesa floresta que rodeaba Devonshire, su madre habló:

—Te voy a llevar a un sitio que no conoces.

Jamie parlotaba menos que de costumbre, pesaroso por la pérdida del pequeño *Oli*. Pronto dejaron atrás el arbolado y tomaron un sendero diferente. Después de unos cientos de metros, Beatriz se detuvo y desmontó de un salto, invitándole a él a hacer lo mismo. Dejaron las riendas de los caballos amarradas a un árbol, con la holgura suficiente para que pudieran pacer en su ausencia, y se adentraron en la espesura hasta llegar a un lugar que tenía algo de mágico.

—Aquí está enterrado *Hugh* —dijo Beatriz, señalando una cruz de madera sobre un túmulo de tierra—. Lo adoraba, ¿sabes? Nunca dejó que nadie lo montase salvo yo. Pero murió un buen día porque se volvió loco y quiso ahogarse en aquel lago al que te empeñaste en ir una vez. Nunca querré a otro caballo como quise a *Hugh*; sin embargo, disfruto montando a *Byron*. Con esto quiero decirte que has de guardar en tu memoria el recuerdo de *Oli*, pero no permitir que la tristeza te invada impidiéndote avanzar. ¿Has comprendido lo que quiero decir?

—Sí —asintió Jamie, todavía pesaroso.

Como quiera que no pareciese demasiado convencido, le prometió que después de cenar iría a contarle un cuento a la cama, algo que invariablemente hacía su abuela porque ella solía regresar tarde del trabajo. La idea le agradó sobremanera. Además, hoy era viernes, lo que significaba que no tendría que dormirse tan temprano.

Cenaron los tres juntos. Anna mostraba su buen talante habitual, pero a Beatriz no se le escapaba que últimamente parecía algo mustia. Si bien se trataban con gran afabilidad, tampoco es que fuesen confidentes. La confianza no llegaba a ese extremo y no le parecía apropiado preguntarle. No obstante, venía notando que, desde hacía algún tiempo, su vivacidad había ido menguando.

«*Apenas sale, no hace por organizar fiestas como antes, salvo los cumpleaños del niño y otras fechas señaladas, ¿cómo no va a estar aburrída? Tal vez debería aleccionarla con tacto para que empezase a retomar su vida social otra vez.*»

—Anna, mañana parece que hará buen tiempo. A Jamie y a mí nos encantaría que nos acompañases a cabalgar —propuso—. Y así compruebas por ti misma lo bien que se ha adaptado al nuevo caballo.

Anna guiñó los ojos y frunció la nariz en un gesto muy típico suyo que, a la par que risueño, daba a entender una respuesta negativa.

—Sabes que adoro los caballos, querida niña, pero prefiero verlos a montarlos.

Eso era rigurosamente cierto. Controlaba su estado, las cubriciones periódicas por los sementales y los resultados que aquellos destinados a competir obtenían en las carreras. Siempre con un pie en tierra. De hecho, Beatriz nunca la había visto subida a alguno desde que la conocía. Dudaba que fuese por miedo. Cada día acudía a las cuadras, los llamaba a todos por su nombre y departía con Paul, el mozo, interesándose por su bienestar. De igual manera, supervisaba los cultivos y tenía una reunión semanal con el administrador de la finca que se encargaba de las cuestiones financieras. Era una magnífica gestora del legado de su difunto marido. Por ese motivo, su cuñado Philip, hermano menor del difunto Lord Brandon, nunca había mostrado la menor intención de impugnar la herencia que lo había designado a él como heredero del castillo, y posteriormente a su viuda, Anna, por disposición testamentaria de su marido. Él sabía que en Devonshire siempre era bien recibido, pero desde su matrimonio con Olivia había tomado como residencia permanente el castillo de Northeasthills, en la escarpada Castle Rock, situado en las estribaciones del río Forth, en Escocia. No obstante, sus visitas a Devonshire eran frecuentes porque la sintonía entre los cuñados era excelente, y Olivia había sido siempre la mejor amiga de Anna. Acaso esta la echase de menos, especuló Beatriz. En sus primeras visitas allí, todavía en calidad de amiga de William, las veía siempre tan compenetradas como si fuesen hermanas, pese a que tenían personalidades y caracteres diferentes. Anna hizo de celestina con Philip, que bebía los vientos por Olivia, pero esta nunca se atrevía a dar el paso de aceptarle, tan tímida parecía siempre ante los envites galantes de aquel. «Entrañable Philip, qué bien me acogiste siempre. Fuiste nuestro mejor aliado», pensó con agradecimiento.

Jamie exigía su cuento, pero Beatriz no quería resultar desconsiderada si se retiraban de la mesa antes que Anna. Esta percibió la ansiedad que el niño mostraba y se marchó a descansar, no sin antes besar la cabeza de su nieto y posar una mano en el hombro de su nuera con afecto.

—No te voy a leer ningún cuento —decidió Beatriz con ojos chispeantes. Como quiera que el niño abriese la boca para protestar, ella se llevó un dedo a los labios para rogarle silencio—. Porque te voy a contar una historia real, la de mi ratoncito *Mickey*.

Mientras Jamie apoyaba la cabeza en la almohada y cerraba los ojos esperando el ansiado relato, su madre comenzó a referir una anécdota que le había ocurrido a ella hacía unos años, cuando vivía en Villa Robledo, una casona situada en la sierra del Escorial, España, y al poco de mudarse allí se había hecho amiga de un ratoncito que vivía en su habitación, al que ponía comida todas las noches. Casi al tiempo que su hijo caía rendido al sueño, ella recordó lo acaecido desde entonces y cómo había tenido que dejarlo abandonado cuando falleció su madre, Sabela, para trasladarse a vivir a Londres, casi de un día para otro, con su padre y Sofía, su amante, a la que entonces no conocía. El recuerdo de *Mickey* la atormentaba de vez en cuando. Suponía que él habría encontrado alguna manera de subsistir sin sus cuidados, pero algunas veces soñaba con él y despertaba en medio de la pesadilla, empapada en sudor. No se había desentendido de él, puesto que le había pedido a Víctor, el que había sido su amor de adolescencia, que se encargase de alimentarlo. Y él había aceptado. Solo que luego todo se había precipitado de una forma tan rápida y terrible que nunca supo qué le habría pasado al ratón.

Claro que eso habría sido, en cualquier caso, lo de menos. Lo peor fue la muerte de su madre al poco tiempo de ser ingresada en un psiquiátrico, y el cambio de vida tan drástico que supuso mudarse a vivir a Londres, al día siguiente de enterrarla, con su padre y Sofía, a la que odiaba visceralmente. Cuando se instalaron en Londres, su relación con ella mejoró mucho. La veía casi como a una hermana mayor. Era simpática y dicharachera. Muy mandona y controladora también, pero al principio eso le hacía cierta gracia. Luego descubrió su verdadera cara y nada le alegró más que su padre rompiera la relación tras mantener una airada discusión que ella escuchó sin querer y en la que Sofía apuntaba la sospecha de que la causa de la muerte de Sabela la hubiese provocado la propia Beatriz, ¡su hija!, al llevarle al sanatorio las pastillas que tomaba para paliar sus ataques de ansiedad cuando aún vivía en Villa Robledo, antes de su internamiento.

—Quiero ir a esa casa, mami —dijo un Jamie adormilado—. A lo mejor todavía está *Mickey* y puede ser mi amigo.

—Claro que sí, hijo. Si papá puede acompañarnos, este verano iremos. Descansa y que tengas felices sueños.

Beatriz besó al niño y se dirigió a su alcoba con el gesto tenso. No había sido buena idea recuperar aquellos recuerdos que no le hacían ningún bien. Desde que se marchó de allí, no había vuelto a la casona.

«Will, cuánto te echo de menos», pensó con tristeza mientras se desvestía.

Hacía dos días que no lo veía ni había tenido noticias suyas. Estaba preocupada. A estas alturas era plenamente consciente de que su ocupación distaba mucho de ser un trabajo normal, y algo en su mente le hacía sospechar que tenía más que ver con los servicios de inteligencia que con un simple ascenso en el Ministerio del Interior, como así le había dado a entender él cuando se había mostrado tan reacio a aceptarlo. Ella le había animado a hacerlo, y tuvo el convencimiento en ese momento de que habría bastado la menor objeción por su parte para que lo hubiera rechazado. Ahora se arrepentía de no haberlo hecho, aunque nunca se lo confesaría. Estaba segura de que, fuese lo que fuese lo que lo mantenía apartado de ella, no era por su gusto y sí por una razón superior.

\*\*\*\*\*

A escasas millas de distancia, en Thames House, el agente Lancaster recibía las instrucciones necesarias para infiltrarse como profesor suplente de cuarto curso en la Universidad de Oxford. Había dos estudiantes extranjeros con los que tendría que entrar en contacto de una forma o de otra para averiguar lo que se traían entre manos. Ambos eran de buena familia y les precedían unos expedientes académicos intachables. Uno, Hassam Abdullah, procedía de Arabia Saudita. Liam Brennan era oriundo de Belfast, Irlanda del Norte. Aparentemente no tenían nexo de unión, pero habían trabado amistad de manera inmediata a principios de curso e Interpol les seguía la pista porque los dos se encontraban casualmente en las inmediaciones de un atentado reivindicado por Al Qaeda que tuvo como resultado final dos muertos y varios heridos por coche bomba, un mes antes.

No se les había llegado a interrogar hasta la fecha, ya que no había evidencias contra ellos. Pero el seguimiento y control se hacía necesario porque no podía descartarse alguna conexión sospechosa.



Thames House, Millbank,  
Londres, 2013

Para el entrenamiento, duro y exhaustivo, William tenía asignados instructores de diferentes materias, siempre de forma individual. Si acaso, la que más dificultad entrañaba era la psicológica, pues requería conseguir un dominio absoluto de la mente para no sucumbir ante las presiones, que podrían llegar a ser verdaderamente extremas. Claro que también podría tener suerte y no verse en ninguna situación realmente comprometida que le hiciera poner en práctica los conocimientos adquiridos.

Un maestro shaolín le impartía diariamente la disciplina de artes marciales, que aderezaba convenientemente con la enseñanza de técnicas encaminadas a disociar la mente del cuerpo si la ocasión lo requería. La criptología cuántica era otra de las ciencias que le resultaban más áridas y difíciles. Pero también había compensaciones, consistentes en el acceso a prototipos y *gadgets* de novísima generación que el resto de los mortales tardaría años en tener a su alcance.

Aunque aún guardaba un secreto malestar, tenía que reconocer que las clases eran interesantes. Y gracias a que todavía no se le había encomendado ninguna misión, podía mantener un horario medianamente razonable que le permitía disfrutar de su familia. No obstante, sabía que esa situación duraría lo que tardase en ser considerado apto para entrar en acción. Mientras tanto, trataba sencillamente de gozar del día a día y no pensar a largo plazo.

Beatriz apenas le preguntaba, sencillamente porque sabía que no debía comprometerlo. Por el contrario, William quería saberlo todo acerca de su trabajo, si bien ella tampoco podía contarle mucho en aras del secreto profesional. Cuando le comentaba alguna anécdota relativa a un paciente, evitaba decir su nombre y tampoco se explayaba demasiado. Si acaso, se mostraba apesadumbrada al confesarle que alguno se mostraba reacio a seguir el tratamiento pautado y ello podría tener fatales consecuencias. Dado que esos clientes acudían a su consulta de forma privada, bien por sí mismos o a instancias de familiares, no podía hacer más que atenderlos y dedicarles todo el tiempo necesario, que muchas veces era más del que podían pagar. Ante todo estaba su profesionalidad y la sensación del deber cumplido. Un deber cumplido que, para ella, nunca era suficiente. Siempre la acometía la sensación de fracaso al comprobar que el paciente no mejoraba. Pero su profesión era así de ingrata. Había decidido estudiar psiquiatría para intentar entender la mente de su madre enferma, muerta hacía años, y buscar posibles curas a los trastornos. Ahora se daba cuenta, con el devenir de su experiencia, que la investigación en ese campo no iba a avanzar mucho en un futuro inmediato. No obstante, intentaba desconectar cuando volvía del trabajo. Sus máximas prioridades eran su marido y su hijo. Sin olvidar a su padre, que vivía en Madrid, aunque como director comercial de una multinacional viajaba tanto que prácticamente tenía esa ciudad solo como cuartel general. Cuando hablaban por teléfono, algo que hacían con frecuencia, le parecía que se encontraba bien, animado y optimista, y eso la confortaba. En cuanto a Anna, su suegra, intuía que su fortaleza de antaño la abandonaba paulatinamente. Como si hubiese asumido un rol de persona demasiado mayor para otras cosas y decidiera centrarse tan solo en la educación del nieto. Algo que, por otra parte, hacía a la perfección. Beatriz agradecía infinitamente su dedicación al niño, máxime cuando tanto ella como William se encontraban ausentes la mayor parte del día. Por otra parte, tampoco interfería de forma visible porque dejaba que sus padres ocupasen su lugar tan pronto podían hacerse cargo. En esos momentos, se evaporaba sin más y les cedía el puesto con exquisita discreción.

Nunca hubo un encontronazo con ella por una diferencia de criterio en cuanto a su educación.

Echando la vista atrás, Beatriz meditaba acerca de lo mucho que se habían complicado la vida innecesariamente. Ella embarcándose en ese trabajo que, la mayor parte del tiempo, solo le procuraba sinsabores. Y él, aceptando un puesto de gran responsabilidad cuya envergadura no alcanzaba a entender, pero que lo mantenía alejado más de lo que ambos quisieran. Con lo fácil que habría sido sucumbir a la tentación de vivir en Devonshire tan solo disfrutando de las cabalgadas, viajar a Escocia o a otros lugares cada cierto tiempo, y no preocuparse de más, como William le había propuesto en los inicios. Ella fue la que lo propició todo con ese empeñamiento por ser algo por sí misma. En cierto modo, ahora se arrepentía, pero ya era demasiado tarde para hacer borrón y cuenta nueva.

Universidad de Oxford,  
Inglaterra, 2015

El profesor suplente de Derecho Comparado sorprendió a los estudiantes por su juventud tan pronto como entró en el aula. A William no le pasaron desapercibidos los murmullos cuando tomó asiento en su mesa, que estaba situada un metro por encima del nivel de la clase. Pese a que no hizo aspaviento alguno para que los chicos guardasen silencio, el mero hecho de su presencia lo consiguió. Hizo un barrido visual de todo el hemiciclo, tocó el micrófono para comprobar que recogía el sonido y se presentó, tratando de resultar convincente y de imprimir un tono festivo a sus palabras.

—Buenos días. Disculpen que no los nombre a cada uno personalmente porque lo cierto es que todavía no los conozco. Así que, si son tan amables de ponerse en pie por orden e irse identificando, tal vez consiga memorizarlos a todos.

Acto seguido sonrió, y el alumnado apreció la broma soltando una carcajada general.

Uno por uno, fueron levantándose para decir su nombre. William estaba atento para escuchar los dos que realmente le interesaban. Tan pronto como Hassam Abdullah se identificó, ubicó su sitio en la tercera fila, junto al pasillo. Liam Brennan estaba justo en la última, en el extremo opuesto. Demasiada coincidencia tanta lejanía, habida cuenta lo que le habían contado acerca de su supuesta coalición. Puede que se debiese a una estrategia bien estudiada, o puede que los rumores fueran infundados.

Grabó en su retina el aspecto de ambos, que se distinguían por unas características físicas rayanas en el cliché: Hassam era moreno de tez, cabello negro cortado al estilo occidental y atuendo sobrio y distinguido. En cuanto a Liam, pelirrojo, pelo algo largo y alborotado, sudadera verde, mejillas rubicundas y, con probabilidad, pecoso, aunque la distancia no le permitía asegurar esto último.

Una vez se hubo presentado el último, soltó un discurso breve acerca de la materia que impartiría en su clase, tratando de resultar ameno y soltando algún chascarrillo para que los alumnos lo tomaran por un tipo simpático y campechano en el que podrían confiar. Algo necesario para poder desarrollar su función.

Finalizada la clase de presentación, se dirigió al despacho que se le había asignado y envió un breve mensaje encriptado a su superior, cuya traducción era simplemente: «Elementos identificados. Aparente distanciamiento».

En la Universidad no era ni William Brandon ni Lancaster, sino Charles Blumer. Un caos organizarse con tantos nombres supuestos aparte del real, pero el entrenamiento previo también había pasado por saber adoptar la identidad que requiriese el momento sin vacilación.

Ocupaba un apartamento en el edificio destinado al profesorado dentro del campus, que básicamente contaba con un pequeño recibidor, una salita de estar con cocina, dormitorio y cuarto de baño. Todo ello en apenas treinta metros cuadrados, eso sí, bien aprovechados. Acostumbrado a la inmensidad de Devonshire, aquello parecía casi una ratonera. Sin embargo, era su intención volver cada día a casa al término de la jornada laboral, puesto que el trayecto de poco más de hora y media lo hacía posible. Pero dejó ya el primer día un rastro de su presencia allí: cepillo de dientes, utensilios de afeitado y algunas prendas de ropa en el armario. Cada viernes tendría que acordarse de cambiar el orden de los elementos para que los servicios de limpieza (que iban los sábados por la mañana, cuando la mayor parte de los profesores se

marchaban para pasar fuera el fin de semana) no encontrasen extraña cierta inmovilidad. Probablemente no se percatasen, al tener que limpiar en un tiempo record tantos otros, pero siempre cabía en lo posible que entre los empleados hubiese alguno especialmente observador o curioso. Adoptar una meticulosidad implacable y anticiparse a cualquier circunstancia antes de que esta lo sorprendiera a él formaba parte del entrenamiento.

Las primeras semanas fueron tranquilas. Desde el primer momento quiso que los alumnos participasen de forma activa, a fin de poder ir conociéndolos y, en especial, a los dos que lo habían llevado allí. Sin embargo, estos apenas hacían preguntas ni contestaban cuestiones que Charles Blumer plantease. Transcurrido un mes, se percató de que ambos ya no guardaban tanta distancia física. De hecho, se situaban en la misma fila, con tan solo tres asientos de por medio. Charles Blumer se atusó la perilla que había dejado crecer a propósito y, tan pronto finalizó la clase de ese día, envió un nuevo comunicado a Tyler desde su despacho: «La distancia se acorta».

Con suerte, pasarían los días y terminaría el curso. Y, con él, su encomienda, sin haber podido descubrir nada anómalo en la conducta de esos dos alumnos.

Eso lo distendió bastante. Por un momento, pensó que todo sería una falsa alarma y la investigación arrojaría un resultado estéril. No había gente mala intentando organizar intifadas ni atentados terroristas, mucho menos por parte de estudiantes a los que solo movía el ansia de saber y prepararse para labrarse un futuro. Por eso, cuando el viernes llegó a Devonshire y Beatriz le propuso pasar unos días de verano en Villa Robledo, ya que Jamie había manifestado su deseo de conocer la casona, prometió que haría todo lo posible por complacerles.

Nada perentorio por parte de la Organización malogró el fin de semana. De hecho, cualquier incidencia habría pasado antes por su información previa, y como nada de importancia había sucedido, logró relajarse lo suficiente como para disfrutarlo en familia. Cualquier excursión que sugiriesen la aceptaría de buen grado.

Beatriz tan solo quería hacer lo acostumbrado: cabalgar, pasear por los bosques aledaños y dejarse abrazar por él. Bastante tenía a diario con su trabajo como para buscar emociones más fuertes. «Bendita rutina», pensó. Luego frunció el entrecejo de forma involuntaria. Sabía que la normalidad no duraría mucho. Un tic en su ceja derecha la alertó de su propia inquietud, por mucho que intentara engañarse. Aún así se sobrepuso, y los tres hablaron sobre el proyectado viaje a España el próximo verano. Conviniere en que sería ideal a primeros de agosto. Podrían estar allí un par de semanas, teniendo en cuenta que ese mes la consulta de Beatriz permanecería cerrada y Jamie no volvería al colegio hasta septiembre. En cuanto a William, si bien su trabajo como profesor en Oxford era un secreto, creía poder solicitar unos días de permiso a la Organización en esas fechas, puesto que, finalizado el curso, se haría innecesario el seguimiento de los dos alumnos que se encontraban en el punto de mira. No obstante, era consciente de que, en última instancia, siempre podrían requerirlo para cambiar el radio de acción. Por de pronto, se hizo a la idea de que sería posible y sonrió complacido por el entusiasmo que Beatriz y Jamie mostraban. Al mismo tiempo, decidió estrechar el cerco un poco más sobre Hassam y Liam para que lo que tuviera que salir a la luz se descubriese antes del mes de julio. Suponía que, de confirmarse alguna sospecha, el paso siguiente sería encomendado a agentes más experimentados que él. Cerró los ojos unos instantes y cruzó los dedos imaginariamente para conjurar el destino. Beatriz se percató de aquel gesto, que apenas había durado unas décimas de segundo. Inmediatamente percibió como su ceja derecha volvía a vibrar de forma repetitiva. Se la restregó con la palma de la mano para que dejase de hacerlo.

—¿Te parece que invitemos a tu madre para que se una a nosotros? —Preguntó cuando se



encontraban en el dormitorio—. No sé si te has dado cuenta, pero últimamente parece un poco alicaída. Estoy segura de que un cambio de aires le sentaría bien.

William, por toda respuesta, la miró con la ternura que ella le inspiraba y posó sus labios sobre los suyos.

—Siempre pendiente de todo y de todos —susurró mientras mordisqueaba su cuello con delicadeza—. Se lo diremos, si así lo quieres.

El Escorial, España,  
agosto de 2015

Cuando el taxi se detuvo ante la verja de entrada a Villa Robledo, Jamie salió corriendo para contemplarlo todo, riendo regocijado. ¡Le encantaba!

Beatriz y William se miraron con complicidad. La vetusta casona, a lo lejos, parecía recibirlos con alegría. La hierba estaba recién cortada, los parterres de flores lucían esplendorosos y tan solo se escuchaba el trinar de los pájaros. Hacía un día caluroso.

El niño descubrió el columpio situado en la parte posterior y se subió a él, impulsándose entre carcajadas. Lo dejaron allí mientras penetraban en el interior. Todo estaba impoluto y olía a limpio, como recién ventilado. Un matrimonio del pueblo se encargaba de mantenerlo en perfecto estado. Mensualmente, Beatriz hacía un giro bancario a su cuenta. Sin embargo, no se conocían personalmente. Habían avisado de su llegada, pero ninguno de los dos se encontraba allí en esos momentos.

Tan pronto como Jamie se aburrió del columpio, corrió tras los pasos de sus padres, exclamando con admiración a cada nueva estancia que descubría, por lo que para él tenía de novedoso. En la biblioteca, que siempre había sido la preferida de su madre, se detuvo pasmado ante las estanterías que ocupaban las cuatro paredes desde el suelo hasta el techo. Cogió un libro al azar y se sentó en una de las dos butacas orejeras que había frente a la chimenea, comenzando a leer completamente abstraído. Por suerte, su educación era bilingüe, y tanto se manejaba en inglés como en español. Desde el umbral, Beatriz lo observaba pensando que le recordaba mucho a ella misma cuando llegó a aquella casa años atrás. ¡Su hijo se le parecía tanto en algunos aspectos!

Luego cerró los ojos unos instantes con pesadumbre. Sabía que volver era necesario, que no podría estar siempre huyendo del pasado, pero había tantas cosas que le dolían aún... Echaba en falta a su tata Carmen, que la había cuidado con esmero desde pequeña, y que ahora vivía en un geriátrico de Avilés, de donde era oriunda, aquejada de alzheimer. Pero la prueba de fuego la constituyó entrar en la que fuera la alcoba de su madre, Sabela, y recordar sus gritos de desesperación cuando unos enfermeros la conducían a la residencia psiquiátrica de la que ya no saldría con vida. Todavía olía a lilas allí. ¿Cómo era posible? Pareciera que su perfume hubiera impregnado la habitación para siempre. Recordó cuántos sinsabores, cuántos días preocupada por ella, cómo tuvo que verse obligada a madurar de golpe para atenderla y entenderla. Pero, en lugar de guardarle rencor por ello, lo que sintió fue una enorme tristeza porque las cosas hubieran sido como fueron.

William no quería perturbar las añoranzas de Beatriz, que conocía a medias, y se limitaba a acompañarla con discreción. Tampoco la última vez que él había estado allí la recordaba con especial cariño. Había decidido darle una sorpresa el día de su cumpleaños, viajando desde Londres sin advertirla de su llegada, pero el que recibió una sorpresa que le dejó el corazón helado fue él. Beatriz no estaba en la casona, sino en otro chalet cercano de unos amigos que le habían preparado una fiesta sorpresa. La vio bajar las escaleras, ofuscada, y a un tipo que la seguía enarbolando un dedo amenazante, pronunciando palabras que prefería no recordar. Vio clara la situación y se marchó de allí, confundido y ofendido. Ella había salido corriendo tras él para explicarle que las cosas no eran como creía. Que Víctor no quiso darse por vencido cuando ella había dado por terminada la relación tiempo atrás, mucho antes de conocerle a él,

decepcionada por su actitud en un momento tan duro y triste como había sido la muerte de su madre. Ella no volvió a nombrarlo jamás y William trató de olvidar el incidente, aunque aquella escena todavía lo asaltaba de vez en cuando en sus pesadillas.

Pasada revista a la casa, bajaron al pueblo a comer. Había muchos turistas que, como ellos, paseaban buscando las sombras que procuraban los árboles. El niño insistió en visitar el Monasterio, pero a esas horas estaba cerrado. Le prometieron ir en otro momento.

Tras la siesta, salieron a caminar por los alrededores. El frescor de la tarde se agradecía, después del intenso calor del mediodía.

El paseo los llevó a las inmediaciones del chalet de Víctor. William escudriñaba cualquier gesto que Beatriz pudiera esbozar al encontrarse en un lugar que a ninguno de los dos le traía buenos recuerdos, a cada uno por una razón diferente, mas no apreció ningún cambio en el semblante de su mujer. Un niño de pocos años pulsaba la manilla para salir de allí en ese momento, y un hombre lo cogía en volandas regañándole por su intento escapista. El padre no se parecía en absoluto a aquel innombrable. Beatriz también se percató de ello y supuso que habrían vendido o alquilado la casa. Suspiró aliviada. William se dio cuenta y frunció la boca con amargura, seguro de que todavía se acordaba de él y tal vez lo añorase. Durante los siguientes minutos no pronunció palabra, esperando que ella se diese cuenta de su silencio. Luego dio marcha atrás. Si no conseguía disimular su disgusto por una simple nadería, todo su entrenamiento no habría servido para nada. Se obligó a sonreír y, aparentando naturalidad, observó:

—Parece que hay muchos chalets en alquiler por aquí.

—Sí, eso mismo estaba yo pensando —convino Beatriz.

Eso dejó a William más pensativo y preocupado aún.

Al día siguiente se encontraron con el padre de Beatriz en Madrid, que lamentó sinceramente que Anna no se hubiera decidido finalmente a acompañarlos.

—Me habría encantado verla —reconoció—. Tendré que ir yo a Devonshire un día de estos. —Luego sonrió a Jamie, evaluó lo que había crecido desde la última vez que lo había visto y le puso en la disyuntiva de elegir entre el Museo del Prado o un parque acuático.

—Al museo, por supuesto —decidió el niño sin asomo de duda.

—¡Pues no hay nada más que hablar! —Dijo Javier, cogiéndolo en volandas.

Jamie se pasmaba ante cada lienzo, hacía observaciones que había aprendido en el colegio o, sencillamente, sacaba sus propias conclusiones.

—¿Por qué ese señor está comiéndose a un niño? No me gusta.

Javier le habló de la etapa negra de Goya, y, en concreto, de la alegoría representada en ese cuadro que significaba que el dios del tiempo tenía que devorar a sus hijos para no ser destronado. Jamie se encogió de hombros y lo miró con estupefacción, como si su abuelo fuese responsable de semejante absurdo.

Beatriz hubiera querido preguntarle a su padre si estaba bien, aunque se veía a todas luces que sí. Por eso no lo hizo. Se despidieron cordialmente y él prometió devolverles la visita en Devonshire tan pronto le fuera posible. Beatriz sabía que tardaría en hacerlo, y también que la distancia física muchas veces hacía perder el apego y la complicidad. La actual vida privada de su padre era un misterio para ella, aunque suponía que no estaría solo. Sería impensable, después

de tanto tiempo. Claro que tampoco ella le confiaba sus sentimientos cuando hablaban por teléfono o *Skype*. Y bien que habría podido sincerarse con él y contarle lo preocupada que estaba por William y su nueva ocupación. No poder desahogarse con nadie le estaba generando un indudable malestar emocional, si bien su fortaleza mental lo ocultaba hasta el punto de llegar a pensar en algunas ocasiones que era más dura de lo que jamás hubiera supuesto.

\*\*\*\*\*

Dos días antes de regresar a Londres, Jamie encontró a *Mickey*. Cuando lo descubrió, fue corriendo al cuarto de sus padres a contárselo. Dormían profundamente y se escabulló con sigilo. Mejor sería bajar a la cocina y prepararle una cena suculenta. Dejó un plato repleto de manjares al lado de su cama y trató de no conciliar el sueño en toda la noche, pero no pudo evitar dormirse. Por la mañana había indicios de que el ratón había comido. Entonces ya no pudo menos que despertarlos.

—¡He visto a *Mickey*! —Exclamó, zarandeando a su madre sin miramientos—. ¡Era cierto!

Beatriz se desperezó y lo miró con gesto divertido. Evidentemente no podía ser él, pero el hecho de que su hijo lo creyera así lo convertía en algo muy excitante.

—¿Quieres presentármelo?

—No creo que él quiera. Es muy tímido, ¿sabes? Pero, mamá, ¿qué pasará con él cuando nos vayamos? ¿No podemos llevarlo? ¡Es mi amigo!

Beatriz acarició la cabeza de su hijo y lo apretó contra sí.

—Yo creo que *Mickey* sabe que esta es su casa y seguramente no querrá irse de aquí. Pero siempre aguardará a que tú vengas a verlo.

—Vale —concedió Jamie con gesto disgustado y al borde del llanto—. Pero prométeme que vendremos cada año para que yo pueda verlo.

—Prometido —asintió su madre, cruzando los dedos tras de sí con superstición, porque no estaba muy segura de poder complacerle.

Universidad de Oxford, Inglaterra,  
septiembre de 2015

La suplencia de Charles Blumer como profesor de Derecho Comparado había terminado el curso anterior con nulos resultados en cuanto a averiguación de conductas anómalas por parte de sus alumnos; en especial, los dos cuya vigilancia se le había encomendado. Algo que no se podría achacar a su negligencia sino a la falta de actividad, o exceso de celo, por parte de ellos. Ahora se le había asignado el puesto de encargado de la consultoría de estudiantes. Eso suponía que tendría acceso a sus expedientes personales y académicos, y que podría llamarlos a su despacho con cualquier excusa. No obstante, tendría que ser cauto. Se le recomendó desde instancias superiores que, ahora que ya no tenía ascendiente sobre ellos, tratase de intimar en la medida de lo posible de forma casual. Obviamente, no sería invitado a la fiesta de presentación en el *college*, dado que eso quedaba reservado a los alumnos y era un evento privado. Tampoco se le ofrecía ninguna alternativa ni sugerencia, que quedaría a su arbitrio e imaginación. Solo se le ocurría una opción, y esa pasaba por hacerse el encontradizo en alguno de los pubs cercanos a la Universidad y cruzar los dedos para que estuvieran allí. Teniendo en cuenta que Hassam Abdullah era árabe, sería difícil que lo hallase tomando una pinta de cerveza por cuanto su religión prohibía tajantemente el alcohol. Aunque cabía en lo posible que, en aras de mimetizarse, como tantos otros terroristas habían hecho, dejase a un lado sus prevenciones y tratase de pasar por un occidental más. En cuanto a Liam, era más que probable que tomar unas cervezas no solo no le causase ningún problema de conciencia, sino que además disfrutase haciéndolo, habida cuenta la afición de los irlandeses por el zumo de cebada fermentada.

Charles Blumer sabía que después de la segunda cerveza la lengua se desataba con facilidad.

Los pubs más frecuentados por los alumnos en un radio de quince millas se reducían a cinco. Charles Blumer cambió su indumentaria por otra más informal y eligió el primero de ellos para comenzar. Si no aparecían por allí, continuaría hasta completar el recorrido. Y así los días sucesivos.

El miércoles empezó a aburrirse. Estaba cansado de sentarse en la barra de los diversos garitos, contemplar las filas de botellas perfectamente alineadas frente a él y escuchar siempre las mismas canciones, que variaban en función de las preferencias del local en cuestión. Pero el jueves, cuando había abonado su consumición y se disponía a bajar del taburete para marcharse al apartamento, un grupo de jóvenes entrando en el local le hizo fijarse con atención en el que armaba más alboroto. Su cabellera pelirroja era inconfundible. La pandilla se sentó cerca de la entrada, y Liam, ya más que achispado, pedía a gritos una ronda para todos ellos. Charles Blumer le indicó al camarero que la pagaría él. Tan pronto como los chicos chocaron sus jarras en un brindis y aquel alzó la suya mirándole, el irlandés se acercó para agradecerle el detalle, al tiempo que guiñaba los ojos tratando de focalizar. Cuando lo hubo hecho, retrocediendo y avanzando el cuerpo sin mover los pies del sitio, en signo inequívoco de encontrarse en serias dificultades para mantener el equilibrio, le palmeó la espalda reconociéndolo.

—¡Un profesor por aquí! —Silabeó con esfuerzo—. Esto sí que es nuevo. ¿Quiere unirse a nosotros?

Charles Blumer se mordió el labio y rehusó la invitación.

—En otra ocasión tal vez —dijo—. No quiero ser inoportuno. Yo solamente estaba tomando una cerveza para olvidar mis problemas.

A continuación, apoyó la cabeza en la barra y la enterró en sus manos, en una actitud ciertamente deprimida.

Liam posó una mano en su hombro.

—Venga, profe, anímese, que no hay nada tan gordo que no puedan arreglar un par de pintas.

Por toda respuesta, Blumer permaneció en la misma posición, dando a entender que estaba tan hecho polvo que nada podría hacerle cambiar de parecer. Liam parecía preocupado. Pidió otra cerveza al camarero y bebió dos sorbos, sin moverse de allí y sin pronunciar palabra. Sus amigos estaban levantándose y le hicieron un gesto con la mano para que los siguiera. Él manifestó su deseo de quedarse. Cuando salió el último, Blumer emergió de su letargo.

—Gracias —dijo—. Espero que no te vayas de la lengua y cuentes que viste a tu profesor aquí, ciertamente perjudicado.

—Nunca haría eso.

Si a Liam Brennan le sorprendió que su profesor del curso anterior remocicase con cada nuevo trago, evitó exteriorizarlo.

Ambos terminaron contándose confidencias al albur de la borrachera que el irlandés tenía y Blumer simplemente simulaba.

—Así que, como puedes comprender, estoy tan harto de la vida que no me importaría perderla por una causa, digamos, justa —concluyó Blumer jugándose todo a una carta.

Brennan cerró los ojos momentáneamente. Estaba muy borracho, bastante en realidad, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que todo esto le parecía una puesta en escena patética. Y él, cómo no, casi cae en la emboscada. ¡Maldito alcohol!

—¿Hasta qué punto estaría dispuesto a perderla? —preguntó, ahora ya no con un gesto de camaradería sino retador.

Blumer lo miró con ojos vidriosos, queriendo resultar conmovedor y convincente.

—Hasta el final.

El irlandés no era tonto. Acompañó al profesor a su edificio y luego se dirigió al suyo. Hassam no estaba en su departamento porque timbró dos veces y este no respondió. Deslizó una nota por debajo de la puerta:

*Cuidado con Blumer. No me fío de él.*

\*\*\*\*\*

Charles Blumer meditó en lo ocurrido la noche anterior y sospechó que su actuación no había tenido el resultado esperado. Incluso cabía en lo posible que Brennan, pese a su evidente estado etílico, se hubiera dado cuenta de ello. Estaba claro que él no había nacido para esto. Por más entrenamiento que le hubieran dado para repeler agresiones físicas, el cuerpo a cuerpo mental era infinitamente más difícil. ¿Acaso no podría llevar a la práctica tantas enseñanzas y dejar a un lado su propia personalidad? Tendría que intentarlo a partir de ahora. Dejar la mente en blanco y actuar de forma fría. Se propuso hacerlo y el lunes llamó a su despacho a Liam Brennan.

Este abrió la puerta con displicencia y se sentó antes de que Blumer le invitase a hacerlo.

—Vuelva a salir y pida permiso para entrar —exigió el profesor—. Las familiaridades

sobran aquí.

El irlandés alzó las cejas hasta el infinito, soltó un par de blasfemias que solo él pudo escuchar y obedeció.

—Bien, ahora puede sentarse —autorizó Blumer.

Una vez lo tuvo a su merced, relajó el gesto y bajó la voz.

—Lo siento —se excusó—. No quería que pensase que no tenía la menor autoridad, sobre todo después de las confidencias de la otra noche. Claro que estaba un poco borracho, y ya se sabe que solo en ese estado uno es capaz de sincerarse o de decir tonterías. En cualquier caso, nuestra conversación me dio esperanzas.

—¿Esperanzas de qué? —Pregunto Liam con perplejidad.

—Pues de dar un sentido a mi vida, por ejemplo —dijo Blumer—. Ya estoy tan harto de todo... Creo que se lo dije.

—¿Por qué me cuenta a mí esto? Si quiere dar sentido a su vida, enrólase en una ONG, yo qué sé.

—¿Una ONG? —Blumer soltó una risotada—. No, yo prefiero algo que ponga el mundo patas arriba, no sé si sabe lo que quiero decir.

—Creo que esta conversación no conduce a ninguna parte —zanjó Liam—. Si no hay ninguna otra cuestión, me voy a descansar.

—Tiene razón. Esto no conduce a ninguna parte. Me equivoqué de interlocutor.

Brennan se dirigió a la puerta. Antes de traspasar el umbral, se giró y escrutó al profesor. Este parecía abatido, como desbordado y desesperado. Tenía la vista extraviada.

Cuando salió, Blumer soltó un bufido. Había estado a punto de fastidiarlo todo. A partir de ese momento, tendría que ser más prudente y no querer avanzar demasiado deprisa.

Durante las dos siguientes semanas no se dejó ver. Al término de la tercera, recaló de nuevo en el pub donde había tenido el encuentro con el pelirrojo. Lo vio entrar acompañado de tres amigos más y sentarse en la misma mesa de la otra vez, él siempre de frente a la puerta. Ese era un signo indicativo de cautela que tanto valía para policías como para delincuentes. Pese a que lo observaba a través del espejo frente a la barra donde se encontraba apostado, no dio muestras de haberlo reconocido. Mantuvo una actitud taciturna, pegando tragos a su cerveza sin alcohol y aguardó acontecimientos. No pasó nada. Percibió claramente que Brennan lo miraba, pero no se acercó a saludarle.

Nuevamente dejó pasar un tiempo prudencial antes de volver al mismo local.

Días después, fue él el que apareció más tarde que el irlandés, que ya se encontraba sentado donde acostumbraba, solo que en esta ocasión estaba solo. Extraño. Blumer se encaminó hacia la barra y pidió al camarero una cerveza. En voz baja añadió que fuera sin alcohol. Nadie podría saberlo desde cierta distancia porque el color del brebaje era el mismo. Adoptó la misma actitud taciturna y contó los minutos antes de que su alumno se dirigiese a él. Sabía que lo tenía a sus espaldas instantes antes de que le hablase. Esta vez guardó cierta distancia. Blumer simuló encontrarse ensimismado y no percatarse.

—El otro día me dejó un poco pensativo con aquello que dijo de darle un sentido a su vida —dijo Brennan, dando un trago a su pinta—. ¿Tan bajo tiene el ánimo?

—¿Importa mucho? —Preguntó Blumer—. Hay cuestiones que un joven como usted nunca podría comprender y que sería inútil explicar. Porque es un niño de papá, imagino. De lo contrario, no estaría estudiando en una Universidad tan elitista como esta.

—¿Qué sabrá usted!

—Yo no sé nada. Explíquemelo.

—¿Le suenan de algo las becas?

—Por supuesto.

—Bien. Pues eso es lo que ha hecho posible que estudie en Oxford. Tengo un historial brillante, aunque me esté mal decirlo. Y gracias a eso estoy aquí. Mi padre no me ha regalado nada. Es un ser autoritario al que odio.

Blumer tuvo que reprimir las ganas de preguntarle por qué, con tan excelentes calificaciones, había decidido hipotecar su vida y darle un vuelco en aras de no se sabía qué ideales estúpidos que quienquiera que fuese le había metido en la cabeza. Porque aparte de su expediente parecía un chico inteligente. Algo no debía de funcionar bien en su cabeza, estaba claro. Tendría que presionarle un poco más.

—Yo también estudié con becas —mintió el profesor—. Pero eso no consiguió que olvidase mis orígenes. Si yo las obtenía, no era solo un premio por mi dedicación al estudio, sino una manera de que el imperialismo me devolviera lo que me quitó; en realidad, lo que nos quitó a todos. —Hizo una pausa dramática y dio un trago a la cerveza que el irlandés ignoraba fuese sin alcohol—. Provengo de una familia irlandesa que la policía inglesa dejó sin tres de sus miembros: mi madre y mis dos hermanos. La excusa fue que estos eran miembros del IRA. ¡Mentira! Tan solo apoyaban la causa, pero en ningún momento llegaron a participar en algún atentado. Entraron en casa con sus metralletas y dispararon a todo lo que se movía. Apenas contaba dos o tres años de edad entonces, y tuve que ser acogido por una hermana de mi padre, que había muerto por un accidente en la mina cuando yo apenas era un bebé. Por eso, cuando Gerry Adams preconizó el desarme, tuve que tragar mucha bilis. Desde entonces, mi vida no tiene otro objetivo que la venganza. Sueño con organizar un ejército internacional que reivindique tantas afrentas. Pero sé que no soy nadie, ni tengo el más mínimo poder o contactos para hacerlo. Aún así, debo intentarlo. No sé cómo ni cuándo, pero mi conciencia estará más tranquila si lo intento. Probablemente, a través de las redes sociales conseguiré adeptos a mi causa. No descarto recabar el apoyo de yihadistas y nacionalistas vascos que no están conformes tampoco con el desarme de ETA.

Soltada la soflama, Blumer se puso en pie con un equilibrio tambaleante.

—Banner, esta conversación no ha tenido lugar o me verá obligado a llamarlo a mi despacho mañana para una corrección que, sin duda, no merece. Siento haberle aburrido con tanta disquisición filosófica acerca de lo que me gustaría hacer o no. Le ruego discreción. No creo que la dirección del Centro entendiera muy bien mi opinión ni mis intenciones. Simplemente pensé que, como irlandés que es usted también, tal vez compartiésemos los mismos ideales. Ahora veo que no. Buenas noches y que descanse.

El pelirrojo aún permaneció media hora más en el pub, justo hasta que terminó su pinta. Lo cierto era que la disertación del profesor le había dejado estupefacto. No obstante, seguía sin fiarse de él. Por eso envió un mensaje a Hassam Abdullah desde uno de los móviles prepago y de imposible localización que les facilitaba la organización.

Este no tardó en responder. Precisamente estaba reunido con el jefe del comando, por lo que pudo trasladarle sus órdenes casi a tiempo real: debería dejar caer que en tal lugar y hora habría un encuentro clandestino de los cabecillas de zona para organizar un ataque.

A las nueve de la mañana, el irlandés dio dos toques a la puerta y fue invitado a entrar en el



despacho de Blumer. Este dio muestras de encontrarse todavía bajo los efectos de la resaca. Movi6 la mano con cansancio y le indic6 se sentase frente a él. Luego frunci6 el entrecejo.

—Siento, una vez más, tener que recibirle en este estado calamitoso. Le aseguro que no volverá a pasar. Pero, dígame, ¿qué le trae por aquí?

Liam Banner se estruj6 las manos con gesto nervioso y finalmente habló:

—Tal vez me haya inspirado confianza, o tal vez es que lo que yo he vivido me recuerda mucho a lo que me contó anoche. Lo cierto es que lo que dijo no dista mucho de algo que se está fraguando, y me gustaría que lo supiese. Espero que sea capaz de guardar el secreto: mañana hay una reunión para preparar lo que puede resultar un auténtico mazazo. Nada de aviones estampándose contra un rascacielos ni mochilas-bomba para cargarse un convoy de trenes. Esto es mucho más sofisticado, aunque tampoco nuevo porque ya se ha puesto en práctica en diversas ocasiones y con los resultados esperados, salvo por los efectos colaterales, claro está. Pero ese es un inconveniente inevitable y asumible.

Charles Blumer sabía que no podría averiguar nada preguntándole datos precisos, así que se limitó a asentir con gesto vago. Visto que no le tiraba de la lengua, Banner soltó sedal.

—Solo espero que no haya mucha chusma por los alrededores de Finsbury.

Blumer vio el cielo abierto para poder decir algo que no supusiese un interés desmesurado por conocer el sitio exacto.

—Yo no lo tendría tan claro. Es uno de los barrios más conflictivos de Londres.

—Pero el escondite es seguro. Está en los bajos de un restaurante árabe de comida rápida que más bien funciona como tapadera. La pasma ni se acerca.

—Siendo así, me deja más tranquilo —repuso Blumer. Luego, tras lo que parecía un titubeo, añadió—: Sé que no podrá contarme nada más, ni ahora ni después, pero me gustaría saber que todo transcurrió sin incidencias. En fin, muchas gracias por la confianza. No sabe hasta qué punto me sosiega saber que todavía hay gente que sabe lo que tiene que hacer y está decidida a hacerlo a toda costa. ¡Mucha suerte, compañero!

Tan pronto como Liam Brennan abandonó su despacho, Charles Blumer envió a Tyler Watts por el conducto habitual la grabación de la conversación. Su superior le confirmó que no debería acudir bajo ningún concepto.

«Es una trampa. Nosotros nos encargaremos.»

\*\*\*\*\*

No tuvo noticias del irlandés los días sucesivos. Transcurrida una semana, leyó el informe encriptado, que confirmaba sus peores sospechas. El tugurio del que le habló Banner realmente existía. Después de una criba de locales igualmente oscuros, la atención se centró en uno llamado El Capricho de Alá. El antro se sometió a discreta vigilancia desde la madrugada del día D y hasta el amanecer del siguiente. Allí no había tenido lugar ninguna reunión. De hecho, no había entrado un solo cliente en todo el día. Los agentes encargados de acecharlo constataron que carecía de otra entrada o salida que no fuera la principal, por lo que se descartaba que hubiesen podido acceder por algún sitio oculto. El cebo era evidente.

Blumer suspiró, estirándose en el sillón para desentumecer los músculos, que se le habían agarrado por la tensión. Cabía en lo posible que ahora Banner confiase un poco más en él, aunque no podría bajar la guardia porque probablemente diera un paso más con el fin de seguir

tanteándole. En cuanto al árabe, seguía siendo un misterio para él. Todavía no habían tenido el menor contacto. Valoró cómo atraerlo, y para ello barajó algunas hipótesis. Finalmente se decantó por la más plausible: haría que lo suspendieran de forma injusta y que no le quedase otro remedio que presentar una reclamación formal. En caso de que no lo hiciera, lo citaría para aclarar el asunto, alegando haberse enterado del incidente. Para ello habría que manipular las bases informáticas de la Universidad. Le trasladó la sugerencia a Tyler y esperó la respuesta con impaciencia. Esta no tardó demasiado y era afirmativa.

\*\*\*\*\*

Hassam Abdullah había obtenido la máxima calificación, que por obra y gracia de los hackers a sueldo del MI5 se había convertido en un cero rotundo. Esto podía significar dos cosas: que el examen hubiera sido absolutamente pésimo o que no se hubiera presentado. Era de esperar que bramase al conocer la nota. Sin embargo, no daba señales de vida. Ni constaba reclamación al respecto, ni había pedido cita con él o el profesor encargado de la asignatura. Eso le hizo suponer a Blumer que era bastante más cauteloso que su colega Banner. Y también más astuto. Aún aguardó un día más, por darle un margen. Nada. De manera que lo hizo llamar.

Se presentó a la hora indicada, mostrándose correcto en todo momento. Blumer comprobó que era una persona absolutamente hermética y con un autocontrol a prueba de bomba.

«Un tipo peligroso», pensó.

Tras el saludo de rigor, Charles Blumer le preguntó cómo era posible que su calificación fuese tan baja, teniendo en cuenta el nivel óptimo que había mantenido durante el curso previo, en el que había tenido el placer de impartirle una asignatura.

El árabe arqueó levemente las cejas.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo—. Pero lo averiguaré.

—¿Ha pedido una revisión del examen? —inquirió Blumer.

—Acabo de hacerlo, pero al parecer la papeleta no aparece. Algo sumamente extraño.

—Lo es, pero no se preocupe. Hablaré con el profesor Hastings para que lo ponga todo patas arriba hasta encontrarlo. En cualquier caso, tal vez él recuerde si la nota responde a la realidad o se trata de un desafortunado error. Confío en que todo se aclare a la mayor brevedad.

—Yo también lo espero —convino poniéndose en pie, dando por zanjada la conversación y tendiéndole una mano que apenas rozó sus dedos antes de salir.

Cuando hubo cerrado la puerta, dejó en el aire muy malas vibraciones. Cualquier otro estudiante habría enrojecido a causa de la indignación. Él, por el contrario, se limitó a manifestar su perplejidad ante un hecho anómalo con un semblante completamente inexpresivo. Como si en realidad no le incumbiese. Y es que tal vez no le importase, puesto que solo estaba cubriendo el expediente mientras se dedicaba a sus *otros* quehaceres. Por ejemplo: ¿inmolarse con un cinturón de explosivos para matar a cuantos más occidentales infieles pudiese? No cabía descartarlo. También el piloto que estampó el avión contra las Torres Gemelas de Manhattan en 2.001 estaba aparentemente integrado en la sociedad y procedía de una familia saudí acomodada.

Blumer supo que por ese camino no iría a ninguna parte. Si acaso, había servido para tenerlo de frente y cruzar unas palabras. Las suficientes para confirmar que era una persona a la que habría que vigilar de forma estrecha. Le trasladaría a Tyler la necesidad de resolver el asunto haciendo que apareciese de forma milagrosa su hoja de examen y volviendo a colgar en la base

de datos la nota real. En un par de horas estaría resuelto y lo convocaría a su despacho para darle cumplida información. No obstante, dudaba que el árabe acudiese a agradecerle su interés en la rápida resolución del entuerto.

Se equivocó de plano.

Apenas habían transcurrido diez minutos desde que le confirmaran el desenredo cuando supo que los dos toques en la puerta solicitando permiso para entrar los había dado él. Esta vez fue el primero en hablar, esbozando una sonrisa que a Blumer le resultaba difícil de catalogar. ¿Prepotencia?, ¿Arrogancia? Puede que una conjunción de ambas.

—Solo quería *avisarle* (el tono al pronunciar esta palabra parecía encerrar una connotación amenazadora) de que ya se ha solucionado. Al parecer, solo fue un *inoportuno* (también esto sonó desafiante) error informático.

Blumer esbozó una sonrisa amplia sin darse por enterado del mensaje implícito. Mejor, mucho mejor que pensase que era estúpido.

—Me satisface saberlo —dijo, ensanchando aún más la sonrisa—. Estoy a su disposición para cualquier otra incidencia que pudiera presentarse a lo largo del curso, aunque presumo que esto ha sido un hecho puntual y no volverá a ocurrir nada parecido.

—Así lo creo —dijo el muchacho con rictus serio.

Tan pronto como abandonó el despacho, Blumer quedó pensativo. ¿Cómo era posible que se hubiera enterado casi al mismo tiempo que él? Inmediatamente llamó a Tyler Watts por una línea segura para participarle sus temores: era evidente que *ellos* también contaban con su propia red de hackers, y que estos habían rastreado todo el sistema para llegar a la conclusión de que el supuesto fallo había sido premeditado.

Tyler convino con él en que se enfrentaban a un enemigo realmente peligroso, y le apercibió de que debería mostrar la máxima cautela. Por de pronto, estaban creando una identidad falsa de Blumer que pudiera comprobarse fácilmente en Internet y que confirmase la versión que le había dado de su vida al irlandés. Era complicado introducir enlaces en los buscadores que datasen de una antigüedad suficiente como para ahuyentar cualquier desconfianza, pero no imposible. Mientras tanto, bajo ningún concepto debería dejarse ver más allá de su cometido profesional, y mucho menos hacerse el enconradizo por el momento con Banner.

Le dieron una semana de permiso mientras todo se fraguaba. De cara a la Universidad, había contraído la gripe y estaría de baja esos días.

\*\*\*\*\*

Llegar a Devonshire le hizo suspirar aliviado. Desde hacía demasiado tiempo, su excusa para no pernoctar en casa era siempre la misma: problemas y más problemas que lo retenían en Londres y cuya resolución acababa tan tarde que ya no merecía la pena volver para regresar pocas horas después al Ministerio.

Jamie estaba dormido. Lo besó en la cabeza y se dirigió a su dormitorio. Beatriz leía en la cama. Agrandó los ojos al verlo y dejó el libro apoyado en la mesilla de noche. William sintió que nada valía tanto la pena como verla. Se acercó a ella, que agarró su corbata para atraerlo hacia sí. Aunque venía cansado y tenso, Beatriz le hizo olvidar las preocupaciones.

Al día siguiente, comentó durante el desayuno que disponía de un breve descanso que podrían aprovechar para visitar a Philip y Olivia en Escocia. Y que lamentaba no habérselo dicho

con más anticipación, pero no lo había sabido hasta ahora. Beatriz terminó de untar la mermelada en el panecillo con parsimonia antes de responder. Era una propuesta altamente sugestiva. Le dijo que tendría que comprobar cómo tenía organizada la agenda de citas, para lo cual debería acudir esa mañana inexcusablemente a la consulta. A mediodía le daría una respuesta. William le propuso acompañarla y dar un paseo mientras ella atendía a los pacientes. Nada lo retenía en Devonshire si ella no estaba allí, ni siquiera salir a cabalgar. Beatriz accedió complacida.

Cansado de deambular por las inmediaciones de la City, decidió esperarla en la consulta. No podría tardar mucho más en dar por finalizada la jornada de esa mañana.

Cuando abrió la puerta, una vez atendido el último paciente, su esposa dio unas indicaciones a la recepcionista y se acercó a William con una sonrisa de oreja a oreja.

—Todo arreglado —informó—. Meghan se encargará de posponer las citas de los próximos días, que por fortuna son rutinarias. ¡No sabes cuánto me apetece pasar unos días en Escocia! ¿Ya los avisaste de nuestra visita?

—Todavía no —reconoció William—. No antes de saber que podrías.

—Pues venga, no lo demores —dijo Beatriz, colgándose de su brazo alegremente mientras salían a la calle para almorzar.

Northeasthills, Castle Rock, Escocia, septiembre de 2015

Philip y Olivia los esperaban en el aeropuerto de Edimburgo visiblemente contentos de verlos, aunque en el rictus de Olivia, Beatriz adivinó cierta preocupación. Sabía que no se debía a su visita, sino a algo que al principio no pudo precisar pero que después confirmó tras su inocente pregunta.

—¿Qué tal está Henry?

Olivia frunció la boca y cerró los ojos unos instantes, los suficientes para que Beatriz se percatase de que esa era la razón de su adivinado disgusto.

—Está bien... creemos —dijo.

—El niño está pasando unos días en una institución especializada en problemas como el suyo —terció Philip—. Lo cierto es que últimamente lo veíamos más nervioso de lo habitual y quisimos probar una nueva terapia. Al parecer, y como no es demasiado profundo, parece que pueden conseguir alguna mejoría.

Olivia meneó la cabeza con aflicción. A Beatriz no le llevó ni dos segundos darse cuenta de que tal decisión había originado un cisma entre ellos. De hecho, se palpaba la tensión que mantenían.

Philip, apercebido de su agudeza, se explicó mejor:

—El niño no es normal, no hace falta que os lo diga porque ya lo sabéis. Olivia pensaba que todo se iría solucionando; yo no. Por eso, tan pronto como supe de ese método novedoso, le propuse probarlo. Supongo que os daréis cuenta de que eso nos ha hecho discutir al respecto. Ella —la señaló con un movimiento de barbilla— pertenece a la vieja escuela. Piensa que si el niño es feliz en casa, no importa si se conduce a veces de una forma, digamos, distinta. Yo opino lo contrario: cuando surge un problema, hay que intentar corregirlo antes de que se agrave. Sobre todo, conociendo lo crueles que pueden llegar a ser los compañeros de colegio, como parece haber sido el caso.

Llegado este punto, Olivia bajó la cabeza. Posiblemente en su fuero interno le diese la razón a su marido. Pero también consideraba que Henry era demasiado pequeño aún para alejarlo de su familia y de su entorno. Aunque fuese solo por unos días.

Durante el trayecto hasta Northeasthills no hablaron mucho más. William barruntaba egoístamente que no había sido buena idea ir en ese momento, si lo que se iban a encontrar eran caras largas y no poder disfrutar de un breve asueto que le permitiese olvidar temporalmente sus propias preocupaciones. Ciertamente quería profundamente a Henry, y le constaba la estrecha unión que tenía con su hijo Jamie. Sin embargo, no podía por menos que refunfuñar en su fuero interno. Beatriz intuyó lo que estaba pensando y le apretó la mano con disimulo. A ella tampoco le resultaría fácil desconectar por unos días, máxime cuando podría aportar soluciones que estaba en su mano dar en base a sus conocimientos profesionales.

Durante la cena, el ambiente se distendió bastante. El hecho de tenerlos allí, siquiera fuese por poco tiempo, relajó algo la tirantez entre Philip y Olivia. A decir de Beatriz, ambos tenían su parte de razón. Ahora bien, desde un punto de vista estrictamente profesional, no podía sino coincidir con la iniciativa del primero. Había que intentarlo todo antes de darse por vencido. Cruzó los dedos para que la terapia diese los resultados esperados.

Philip les preguntó qué les gustaría hacer los días siguientes.

—Solamente gozar de vuestra compañía un par de días —dijo Beatriz, consciente de que

tenían algo más de una semana por delante, que no apurarían allí—. No hace falta que organicéis ninguna excursión, con veros nos basta.

Una vez en el dormitorio, y mientras la desvestía lentamente, William quiso saber por qué había dicho que solo estarían dos días. Su esposa lo besó en los labios atrayéndolo hacia sí. Solo después, cuando ambos yacían boca arriba en la cama, satisfechos y pletóricos, ella dijo:

—No podemos quedarnos más, amor. Ellos tienen que resolver sus problemas sin interferencias. Y tú y yo necesitamos unos días para nosotros solos. Tampoco tenemos muchas oportunidades.

—Sabes que te amo, ¿verdad? ¿Lo sabes? ¡Claro que lo sabes! —Dijo, preguntó, afirmó William—. ¿Cómo consigues siempre leerme el pensamiento y anticiparte a lo que quiero?

—No es muy difícil —dijo Beatriz, rozándole la mejilla con los dedos—. Eres un libro abierto para mí. Recuerda que me dedico a eso. Tú también podrías leer mi mente si hubieras estudiado lo mismo.

—No —reconoció William—. Imposible. Tu mente siempre seguirá siendo un misterio para mí.

—No digas eso —rogó Beatriz, apenada—. Sabes que no es así. No hay ningún misterio aquí dentro —añadió señalándose la frente.

—¿Y qué planes tienes para después? —quiso saber su marido.

—Eso depende de con cuánto tiempo contemos.

—Pongamos cinco días a partir de nuestra marcha de aquí, tal vez seis.

—¿Qué tal una escapada a París? —propuso ella—. Siempre he querido ir.

—No se me ocurre lugar mejor donde perdernos.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente, tío Philip estaba de un humor inmejorable. Olivia parecía todavía un poco alicaída, pero se esforzó por sonreír. Durante el desayuno, aquel les propuso conocer la antigua pista de aterrizaje de Crail, que no distaba mucho de Castle Rock. El joven matrimonio acogió con agrado la propuesta.

El vehículo que utilizaron para realizar el trayecto era un MG de 1.964 que condujo el propio Philip. Olivia y Beatriz ocuparon los asientos traseros, más reducidos que los delanteros y en los que las largas piernas de William no habrían entrado ni a martillazos.

Hacía una mañana soleada, aunque un poco fresca. Pese a ello, las chicas rehusaron ir con la capota puesta. El aire les sentaría bien.

Construido por la Royal Air Force en 1.918, en plena Primera Guerra Mundial, como sede de una escuadrilla de reconocimiento aéreo, centro de entrenamiento y estación de radio, su extensión era de unas 150 hectáreas junto al mar y contenía cuatro pistas de aterrizaje, barracones, hangares, edificios auxiliares y torre de control.

Tras la Segunda Guerra Mundial, pasó a utilizarse como academia militar, que gozó de fama por ser una de las más duras del país. Y tras diversos avatares y transformaciones, actualmente se

dedicaba a eventos deportivos y como escenario de películas. Por no mencionar que en la década de los ochenta del pasado siglo fue vendida a un ganadero local que la había destinado durante un tiempo a granja porcina.

Las pistas de aterrizaje se encontraban todavía operativas, aunque era necesario, a decir de los pilotos que ponían comentarios en alguna página web, asegurarse de tomar tierra con precaución porque no era inusual que hubiera en ellas pacas de heno o neumáticos viejos.

Dedicaron buena parte de la mañana a recorrer la vasta extensión de terreno. Todavía se conservaban algunas edificaciones originales junto a otras de más reciente construcción.

Beatriz y William caminaban con las manos entrelazadas, disfrutando del paseo y de los pormenores de la historia del lugar que Philip iba desgranando. Habida cuenta la cercanía a uno de los campos de golf más antiguos del mundo, el Crail Society Golf, se dirigieron a tomar una cerveza allí, tras lo cual regresaron al castillo para almorzar. El resto de la tarde lo dedicaron a charlar distendidamente en la terraza acristalada situada en la parte trasera, desde la que se podía contemplar una enorme zona ajardinada que invitaba al relax. Se les sirvió una cena temprana, a cuyos postres Olivia buscó disimuladamente la compañía de Beatriz para participarle sus temores respecto a Henry. Ella la tranquilizó, aduciendo que, aunque le costase asumirlo, la decisión de Philip tal vez fuera lo más conveniente. Olivia meditó unos instantes y después apretó el brazo de su sobrina política con afecto.

Cuando ambas entraban de nuevo en la sala, ya William la buscaba con ansiedad en la mirada. Lo cierto era que quería apurar el tiempo con ella todo lo que este pudiera expresarse. Su mujer esbozó una sonrisa de entendimiento. También ella estaba deseando abrazarlo sin prisas.

Saint Andrews fue a donde se dirigieron a la mañana siguiente. Aunque todos ellos ya lo conocían, disfrutaron enormemente paseando por las ruinas de la catedral y por el campus de la Universidad. Comieron en el Forgan's y después tomaron un té en la casa-club del campo de golf más afamado del mundo.

De vuelta al castillo, tuvieron que detener el MG para subir la capota, ya que comenzó a llover torrencialmente. Cuando llegaron a Fortheasthills, Beatriz reía a carcajadas con el cabello completamente empapado. Olivia la secundó, si bien más tímidamente. Ella no era muy proclive a las demostraciones expansivas, pero se sintió contagiada por la espontaneidad de su sobrina política. Ambas fueron a ducharse antes de bajar de nuevo para tomar una cena temprana, que se prolongó a los postres charlando.

—Gracias por haber venido, sobrinos —dijo Philip cuando ya se despedían hacia la medianoche—. No sabéis el soplo de aire fresco que habéis traído. Pronto nos veremos en Devonshire.

Olivia asintió, compartiendo las palabras de su esposo. Luego le apretó el brazo como una niña pequeña temerosa de enfrentarse al mundo. Beatriz comprendía bien a qué se debía aquel gesto. Estaba segura de que en su fuero interno, Olivia no dejaba de pensar que Philip tenía razón en el planteamiento, si bien le costase separarse de su pequeño y hacerle pasar por tal trance. Una vez asimilado esto, ratificado por la opinión que quiso recabar de Beatriz, no podía menos que volver al mutuo entendimiento que ambos habían tenido siempre.

Beatriz suspiró. Le satisfizo pensar que, aunque breve la visita, había valido para algo. De no haber estado allí, lo más probable sería que ambos se hubieran enquistado en sus puntos de vista inamovibles y que eso hubiera originado una auténtica tormenta conyugal. Les pidió que

los mantuviesen informados respecto a la evolución de Henry y se despidieron hasta pronto, rogándoles que no madrugasen porque saldrían muy temprano hacia el aeropuerto de Edimburgo. Philip protestó, pero no hubo más que hablar al respecto.



Universidad de Oxford, Inglaterra,  
noviembre de 2015

Charles Blumer se aburría soberanamente desarrollando su trabajo-tapadera como consultor de estudiantes. La nueva orden de no acercarse a los sospechosos por el momento, que constituía el leitmotiv de su destino, había vaciado de contenido su objetivo. Ningún otro alumno acudía a él para resolver cualquier cuestión, de donde se deducía que no había situaciones anormales que precisasen de su intervención. Ese era un tanto a favor de la Universidad, que parecía funcionar sin sobresaltos. Cansado de leer todos los periódicos diariamente, su única distracción consistía en escribir poesía, afición que arrastraba desde la adolescencia y que en los últimos años había ido dejando de lado. Antaño gustaba de hacerlo a mano, e invariablemente sus poemas le parecían tan malos que arrugaba el papel tirándolo a la papelera de su alcoba. Eso no podría hacerlo ahora, porque un simple despiste dejaría pistas que alguien podría ver, a poco que atase cabos. Eso sería catastrófico. Así que se veía obligado a hacerlo en el ordenador, lo cual le inspiraba bastante menos. La ventaja era que, con pulsar una tecla, el archivo desaparecía sin dejar rastro.

Quedarse contemplando el campus desde la ventana le producía una satisfacción momentánea. Después quedaban muchas horas por delante, demasiadas para poder resistirlo. Lo bueno era que podía volver a casa cada tarde. Llegar a tiempo para dar un beso de buenas noches a Jamie y esperar despierto a su esposa era realmente agradable. Cruzó los dedos para que la situación se prolongase de forma indefinida.

Un par de toques en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Tan pronto como dio autorización para acceder, un muchacho de veintipocos años (en cualquier caso, mayor que la media de sus estudiantes) se cuadró ante la puerta. Algo inusual porque él no era militar y, por lo tanto, nadie le debía deferencia a causa de un mayor rango. Tensó sus músculos, preparado para activar el protocolo de emergencia.

—Permiso para entrar —dijo el desconocido.

—Permiso concedido —dijo Blumer, tanteando a continuación—: ¿Nombre en clave?

—Hobbit.

—Bien, siéntese —invitó Blumer—. Es insólito que no me hayan advertido de su llegada. Permítame que lo verifique.

Blumer envió un mensaje por línea segura a su superior para recibir instrucciones, que llegaron encriptadas al momento.

*«El tiempo es soleado en Londres. Sara se quedará una temporada allí para conocer a tus amigos.»*

Confirmada la procedencia de confianza del visitante, aún le pidió con un gesto de la mano que aguardase unos instantes para neutralizar cualquier tipo de frecuencia que pudiera estar operando sin su conocimiento. Hecho esto, le invitó a presentarse.

—Capitán Steve Jones, de Scotland Yard. Nombre en clave: Hobbit —repitió.

Blumer sonrió. Resultaba evidente que el alias era una chanza paradójica porque Steve Jones era casi tan alto como él, que rondaba el metro noventa.

—¿Misión? —preguntó.

—Infiltrarme como alumno y trabar amistad con Banner y Abdullah. Se supone que me incorporo tarde al curso por un molesto accidente de coche que me ha mantenido ingresado en el hospital hasta hace una semana aproximadamente. Durante unos días tendré que cojear levemente —añadió con un rictus jocoso.

Blumer le devolvió la sonrisa; no obstante, arqueó una ceja, dubitativo. Él no lo había conseguido, y el entusiasta agente que tenía ante sí tampoco lo lograría. ¿Es que en el MI5 no contaban con gente más bajita, morena y con pinta de árabe que Jones o que él mismo para mimetizarse?

—No va a ser fácil, se lo aseguro. Con el irlandés es posible que consiga mantener una conversación. Con el otro resultará imposible, salvo que tenga guardado algún as en la manga.

—Puede ser —dijo Jones, apostillando con socarronería—: Tengo ciertos antecedentes convenientemente manipulados que me convierten en un vasco de generaciones. Aunque aprender euskera resultó complicado, estoy seguro de hablarlo mejor que muchos de ellos. Mi nombre durante este servicio será Aitor Kutxa.

—Tendré que hacer un esfuerzo para memorizarlo. Es complicado de pronunciar para un anglosajón —Blumer sonrió de medio lado—. Sin embargo, le advierto que esos dos elementos son absolutamente herméticos. Banner habla por los codos, pero solo para sonsacar a su interlocutor. Es extremadamente desconfiado, aunque no lo aparente. En cuanto a Abdullah, es harina de otro costal. Mucho peor, sin duda.

Jones chasqueó la lengua mientras sacaba del bolsillo de su cazadora un minúsculo artilugio que colocó entre sus dedos pulgar e índice para mostrárselo a Blumer, a escasos centímetros de sus ojos.

Este arqueó las cejas.

—¿No será...?

—Lo es —asintió Jones—. El dron más perfecto y diminuto que existe hoy por hoy. Un prototipo de última generación. Nadie podría verlo salvo que estuviese sobre aviso. Si no fuera porque no emite sonido alguno, podría pasar por una mosca molesta. Puede colarse por cualquier resquicio y su funcionamiento es más sencillo que un videojuego; una vez que sabes cómo hacerlo, claro está. Y lo más importante: lleva incorporado un sistema anti-detección inaccesible a cualquier inhibidor.

—Interesante —apreció Blumer—. ¿Dónde estará situado el control operativo?

Jones se levantó para situarse junto a la ventana a la que daba la espalda Blumer, que giró el cuello, y señaló un puesto ambulante de perritos calientes pacíficamente estacionado junto a una acera tras el último edificio del campus y que apenas se veía debido a la distancia.

—Irás cambiando de ubicación en función de las circunstancias —explicó—. Pero tiene un alcance de varios kilómetros, así que es más bien por una cuestión estratégica que logística. No conviene estar mucho tiempo en el mismo sitio.

—Lo sé. Tiene permiso para empezar, capitán.

El joven agente de Scotland Yard le estrechó la mano con aire marcial y salió.

Blumer cabeceó, ciertamente complacido por las novedades. El muchacho tenía arrestos y ganas de trabajar. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que el peso que gravitaba sobre su cabeza se hacía más liviano. Le vendría de perlas tener un ayudante tan eficaz. No habían hablado acerca de la manera que utilizarían para comunicarse e intercambiar información, señal inequívoca de que esta se produciría por los conductos habituales.

París,  
septiembre de 2015

William y Beatriz parecían dos adolescentes rumbo a París. Tanto tiempo hacía que no disfrutaban a solas, que tan pronto desembarcaron en el aeropuerto Charles Degaulle no tenían otra cosa en la cabeza que disfrutar de su mutua compañía.

Como era temprano aún, dejaron el escueto equipaje en el hotel y salieron a callejear. La ciudad bullía de actividad. Se propusieron ver dos o tres cosas interesantes, sin estresarse inútilmente en una carrera contrarreloj. Prevaliéndose de sus contactos, William habría podido conseguir que visitasen el Louvre fuera de los horarios habituales de apertura al público, pero decidieron hacerlo como dos turistas más. Guardando cola, si fuera preciso, que lo fue. También les habría sido factible subir al último piso de la Tour Eiffel por un acceso restringido. Pero lo que querían precisamente era disfrutar sin privilegios.

Agotados tras ese primer día, se sentaron en una terraza frente a Notre Dame, tomando un té mientras contemplaban las evoluciones de un grupo de hip-hop que bailaba sobre patines en un difícil equilibrio. Luego caminaron sin rumbo hasta encontrar un *bistro* donde cenaron, cruzando miradas que hablaban por sí solas.

Si había una pareja enamorada, esa era la que formaban ambos. Apenas discutían. Beatriz nunca encontraba razones para hacerlo. William era tan adorable que jamás habría podido buscar un motivo. En cuanto a él, su mujer era lo que más quería en el mundo, aparte de su hijo. Desde que la conociera, años atrás, siempre lo había sabido y nada podría hacerle cambiar de opinión.

Daría la vida por ella sin dudarlo. Aunque estaba encantado de encontrarse en París, a él le importaba un comino el lugar, con tal de estar juntos. ¿París? París sería. ¿China? Si era su voluntad, contento también.

Los dos siguientes días apenas salieron del hotel. Todos sus esfuerzos se dedicaban a recuperar a marchas forzadas el tiempo perdido. Los camareros les traían el desayuno, la comida y la cena a la habitación. Las horas pasaban tan rápido... Cuando habían terminado de amarse, volvían a empezar otra vez.

La víspera del regreso, fue Beatriz la que propuso que salieran un rato de su encierro voluntario. Tal vez pensase que así sería más llevadero el trance cuando se enfrentasen de nuevo a la rutina diaria y a las separaciones intermitentes. William no lo veía así. Por él se habría quedado en esa habitación para siempre. Era consciente de lo loco que estaba por ella, y dudaba que dejase de estarlo alguna vez.

Permaneció tumbado sobre la cama boca arriba, mirándola con un gesto que no dejaba lugar a dudas respecto a sus intenciones. Beatriz le sonrió, pero no sucumbió a la tentación. Cuando fuesen viejecitos, tendrían que recordar algo más de París que no fuesen solo sus sesiones extenuantes, por más gratas y placenteras que resultasen.

Universidad de Oxford,  
diciembre de 2015

El dron reposaba en la esquina de un cuadro que colgaba de la pared situada a espaldas del ordenador, como una imperceptible motita de polvo. Para introducirlo en la habitación, Steve Jones había tenido que ejecutar una compleja secuencia de movimientos, buscando en primer lugar un resquicio por donde colarlo y después dirigiéndolo hacia su objetivo por pequeños tramos, en ausencia de su ocupante. El árabe entró en su cuarto y encendió el equipo. Mientras reiniciaba, sacó una alfombra del armario y la extendió en el centro de la estancia. Se hincó de rodillas y comenzó a rezar la Oración del Asr, que coincidía a la hora del crepúsculo. Finalizado el momento de recogimiento, enrolló la alfombra y volvió a introducirla en el armario. Rotó el cuello para aliviar las vértebras, soltando un chasquido que el sofisticado dron captó y los agentes escucharon claramente en la base.

Abrió su cuenta de correo electrónico, descartando directamente dos emails que envió directamente a la bandeja de spams. La cámara incorporada al dron aumentó el zoom para visualizar el contenido del único que aparecía como «no leído». El mensaje estaba en árabe y era muy breve, apenas una línea.

En el puesto de control operativo, un traductor lo transcribió de forma simultánea.

«Me dejé la mochila olvidada. Si tú la encuentras, dámela cuando apriete el calor donde la diosa cabalga en su carroza».

En pocos minutos, los agentes mimetizados en el carro ambulante de perritos calientes sabían ya lo que significaba: atentado en primavera o verano. No obstante, quedaban meses para eso. El lugar parecía claro: Madrid, inmediaciones de Cibeles. Se miraron con preocupación. Esta gente no solía preparar los ataques con tanta antelación, lo que solo podía evidenciar que sería una auténtica masacre. Alguien apuntó entonces que precisamente en esas fechas podría jugarse la final de la Champions League cualquier año próximo, o incluso la Fiesta del Orgullo Gay. Cursaron aviso a Europol a fin de prevenirlos. Desde hacía unos años, la policía europea estaba debidamente interconectada entre sí y con la CIA norteamericana, para aunar fuerzas en la lucha contra el terrorismo internacional, que últimamente parecía tener como objetivo prioritario la vieja Europa.

Abdullah apagó el ordenador, tomó una ducha y se acostó. Probablemente, a esas horas Brennan estaría tomando unas pintas con sus colegas.

\*\*\*\*\*

Las dos estudiantes de Máster en Ciencias Políticas entraron en el pub tiritando de frío y agradeciendo entre risas el calor que hacía dentro. Su aspecto llamativo (rubia la una, castaña la otra) hizo girarse a su paso hacia el fondo de la barra varias cabezas masculinas, entre las que se encontraban los que formaban el grupo del irlandés. Alguno fue más directo y soltó un silbido aprobador.

La rubia pidió una cerveza, la otra un batido de chocolate, que tomaron a pequeños sorbos mientras conversaban alegremente, ajenas al revuelo que su irrupción había provocado.

No tardó mucho en acercarse el pelirrojo, si bien de forma sutil. Atrajo la atención del barman para pedirle que sirviera otra ronda al grupo y en ese momento simuló percatarse de su presencia. Como quiera que las chicas le ignoraban ostensiblemente, carraspeó antes de presentarse.

—Buenas noches. Nunca os había visto por aquí. ¿Estáis en el campus?

Ambas se miraron poniendo los ojos en blanco. Otro ligón más. La rubia se giró hacia él y soltó una carcajada.

—No. Estamos en el King's Arms —dijo, como si no fuera evidente.

El irlandés sonrió de medio lado encajando el golpe con deportividad. Tendría que ser un poco más original si quería entablar conversación con ellas. Lo cierto era que, pese a su facilidad de palabra, no se le ocurría gran cosa que no fuera babear. La rubia era una auténtica belleza y, por lo que parecía, muy segura de sí misma. La del pelo castaño, aunque poseía al igual que la otra un cuerpo estilizado, vista de cerca no era tan interesante. Por lo tanto, toda su atención se concentró en aquella, aunque por cortesía primero les preguntó sus nombres a ambas (Mary y Brooke) y dijo el suyo.

«Vaya, vaya, así que Mary. Demasiado popular para una chica tan poco corriente.»

Dos cervezas después, que solo tomaron Mary y él, ya que Brooke seguía con su batido de chocolate y rehusó beber nada más, ya se habían hecho amigos. Brennan, para entonces, estaba más que convencido de que Cupido le había dado en toda la diana. Al fin y al cabo, que tuviese novia no habría de interferir en sus otras ocupaciones. Sin embargo, Mary no mostraba el mismo entusiasmo, más allá de la camaradería.

Odió a Brooke cuando esta bostezó con aburrimiento y se puso en pie evidenciando su intención de marcharse. Sabía que su amiga no la dejaría volver sola al *college*, así que se ofreció a invitarla a un taxi, esperando que aceptase y Mary no se viera obligada a acompañarla. ¡Todavía era temprano!

Pero como no podía ser de otra manera, habían venido juntas y juntas se irían. Así lo dijo Mary. En la puerta la hizo prometer que volvería por allí. Ella no dijo ni que sí ni que no.

Volvió a la mesa donde seguían algunos de sus colegas, que lo recibieron entre chanzas. Banner les recriminó que no se hubiesen acercado para dar charla a la sosita de Brooke, y así dejarle más margen de maniobra para poder seguir intimidando con Mary. Un poco más y la habría tenido en el bote.

Thames House, Millbank, Londres,  
7 de diciembre de 2015

William sospechó que la reunión a la que lo había convocado Tyler no tendría por objeto simplemente tomar el té, como decía su mensaje. Barajó la posibilidad de que hubieran decidido apartarlo del servicio habida cuenta su falta de éxito y que, por cortesía, quisiera decírselo en persona.

Tyler lo saludó con un apretón de manos contundente y le invitó a sentarse. Fue al grano.

—El análisis de perfiles de los sospechosos que has hecho nos ha dado pie a valorar algunas modificaciones en nuestra línea de actuación que quisiera comentar contigo.

Antes de continuar con la exposición, pulsó un timbre y al momento apareció un conserje portando un carrito auxiliar en el que reposaban un juego completo de té y una bandeja de apetitosos pastelitos. Le sugirió se sirviese él mismo, sin protocolos, mientras él prefería comenzar la mañana con un trago de escocés. Tyler era de esas personas que empezaban a beber desde por la mañana pero que nunca veías con síntomas de embriaguez. Puede que su hígado estuviese demasiado acostumbrado o que sus dosis fuesen tan espaciadas a lo largo del día que su organismo las metabolizase sin problemas. No estaría donde estaba si fuese un alcohólico recalcitrante.

—El asunto es grave —dijo tras esa breve pausa—. No se trata tan solo de dos estudiantes chalados que pretenden cambiar el mundo como nuestros padres quisieron hacerlo en mayo del 68. Estos dos individuos forman parte de una organización internacional que, por medio de comandos de diferentes nacionalidades, se ponen de acuerdo frente a lo que ellos consideran un enemigo común: la civilización occidental. En el caso de Abdullah es más fácil de entender debido al lavado de cerebro al que someten a los jóvenes musulmanes, haciéndoles creer en ese premio absolutamente estúpido de ganar el Cielo y tener a su disposición no sé cuántas vírgenes para ellos solos. Lo de Brennan es más sorprendente porque, según tus informaciones, es un tipo normal que estudia, se divierte y, por lo que sabemos y sabrás tú a continuación, tampoco descarta otros placeres mundanos, que no supraterráneos.

William asintió. Era consciente de ello.

—Además de a Steve Jones, al cual ya conoces, hemos decidido introducir en el equipo a Mary Davis, experta en el manejo de armas y una mujer fascinante a la que Brennan ya ha echado el ojo.

Pulsó una tecla del intercomunicador. Segundos después apareció la aludida en el despacho, enfundada en un traje sastre azul celeste que hacía juego con sus ojos. Estrechó la mano de ambos y se sentó a la mesa. Tyler le sirvió té y ella cogió delicadamente un pastelito, si bien solo mordió una pequeña porción.

Tan pronto vio a William, sufrió una conmoción que disimuló porque su entrenamiento para neutralizar sus emociones era excelente. En cuanto a este, apreció que los comentarios de su superior respecto a ella eran perfectamente certeros. Pero, a pesar de reconocer en su fuero interno que Mary era en verdad una mujer deslumbrante y encantadora, la vio como una mera colaboradora y no dedicó más tiempo a profundizar en lo que podría ocurrir de no adorar hasta el delirio a su mujer. En ese momento la sorprendió mirándole con interés. Estaba seguro de que Mary calibraba hasta qué punto lo había subyugado. William movió la cabeza en un gesto reflejo, ahuyentando tales pensamientos. La cosa no iría bien si desde el primer momento había

desconfianza o malos entendidos. Como viera en los ojos de ella un destello inquietante, se dijo que ante cualquier sospecha de acercamiento por su parte lo abortaría de plano.

Durante algo más de una hora, los tres contrastaron la información de la que disponían y trazaron los planes más inmediatos, cuyo objetivo próximo pasaba por lograr que Banner cayese rendido a los pies de Mary. Algo que, al parecer, ya había empezado a conseguir la víspera, tan pronto como se topó con él de forma no tan fortuita como el irlandés suponía. Tardaría unos días en volver a hacerse la encontradiza, para que la comezón lo fuese minando y estuviese aún más receptivo la vez siguiente.

\*\*\*\*\*

No muy lejos de allí, Jake Morrison aguardaba en la sala de espera para ser atendido por su psiquiatra. Acudía a la consulta con regularidad desde hacía aproximadamente un mes, a razón de una o dos visitas semanales. Hasta el momento se había conducido con total corrección. Era consciente, y así se lo había manifestado a su terapeuta, de que algo en su cabeza no funcionaba del todo bien y deseaba mantener a raya cualquier posible brote.

Hoy, sin embargo, estaba sumamente alterado. Ya Beatriz lo percibió cuando al alargar la mano para estrechársela y saludarle con un cordial «Buenos días, Jake, ¿cómo estás hoy?», él respondió bruscamente, exigiendo le llamase Jackson. Era evidente que hablaba por él su personalidad tóxica. Al menos, por ahora solo había hecho acto de presencia esa sola. Pero teniendo en cuenta la predisposición del paciente, no sería improbable que fuese aflorando alguna más, si su subconsciente determinaba que con la real y la supuesta no tenía suficiente. Lo normal en casos de trastorno de personalidad disociativa como el suyo. Era importante, pues, centrarse en reforzar la auténtica para que llevase la voz cantante y neutralizase a las demás. Un asunto realmente complicado.

Cuando dio por finalizada la charla, Morrison parecía más tranquilo y volvía a ser Jake, pero Beatriz estaba extenuada. Esas sesiones le absorbían demasiada energía, y aún tenía por delante dos pacientes más que atender, tras una pausa de una hora para tomar un ligero refrigerio.

Su sorpresa fue mayúscula tan pronto se puso el abrigo y esperaba el ascensor. Antes de darle tiempo a pulsar el botón, este se detuvo en su planta y de él salieron Nina y su marido Juan.

—¡No me digas que te ibas ya! —Dijo su amiga al tiempo que la abrazaba efusivamente—. Perdona que no te haya telefoneado antes, pero acabamos de llegar a Londres y se me ocurrió sobre la marcha que podríamos acercarnos a saludarte. Solo estaremos hasta mañana por la noche. Vamos camino de Estocolmo, a un congreso internacional de cardiología.

Aprovecharon la interrupción en el trabajo de Beatriz para almorzar en un pub cercano a la clínica.

—Una hora es poco tiempo —se lamentó esta—. ¿Por qué no venís mañana a comer a Devonshire? Creo que podré reajustar las citas para tener la tarde libre.

No consideró necesario consultárselo previamente a Anna porque sabía que no pondría la menor objeción. No obstante, luego la llamaría para recabar su aquiescencia, que era más bien un formalismo convencional. En cuanto a William, cuando él llegase, sus amigos ya se habrían marchado. Como tampoco pretendía ocultárselo, por la noche le hablaría de su encuentro casual y la invitación improvisada. Aunque su marido no tenía nada contra ellos, Nina no dejaba de ser la hermana de Víctor, al que William aborrecía profundamente por haber significado algo para

Beatriz en el pasado.



King's Arms,  
14 de diciembre de 2015

Mary Davis hizo su entrada triunfal en el pub hacia las ocho de la tarde. No le había costado mucho convencer a Trevor, un compañero de clase del Máster en Ciencias Políticas que bebía los vientos por ella, para que la acompañase, con la excusa de relajarse un poco tomando un trago después de haber estado toda la tarde preparando un trabajo conjunto. Presentarse sola no habría sido buena idea. Banner podría crecerse pensando que estaba interesada en él o incluso desconfiar de ella. Cuando alguien anda metido en asuntos oscuros, cualquiera se vuelve un potencial sospechoso. Se percatase o no Trevor de que no tenía nada que hacer con Mary, y que tal vez lo utilizase simplemente como mero guardaespaldas para espantarle a los moscones, eso no le impidió esbozar una sonrisa de oreja a oreja, agradecido por su atención. Lo cierto era que, delgado como un junco y de estatura no demasiado alta, como matón de barrio no valía. De hecho, Mary le sacaba una cabeza, y sus maneras eran tan delicadas que al principio ella pensaba que podría ser gay. Tan pronto como fue consciente de su arrobamiento casi infantil para con ella, descartó la hipótesis. Lo apreciaba sinceramente, pero mantenía las distancias, consciente del riesgo que su ocupación podría entrañar para terceras personas. Con Brooke compartía habitación en el *college*, aunque ambas estudiaban en distintos departamentos. Se llevaba bien con ella, y su carácter tímido e introvertido le resultaba beneficioso. No era muy aficionada a salir, pero tampoco se negaba cuando Mary se lo proponía. Una amiga realmente cómoda para utilizar a conveniencia.

Llevaba varios días algo cardíaca desde su encuentro con William Brandon, alias Blumer en la Universidad, alias Lancaster para los mensajes cifrados. Con él sí que no habría tenido ningún reparo en avanzar más que con el pobre Trevor. Sabía que estaba casado, felizmente casado, según el detallado memorándum que se le había facilitado antes de la reunión, así como que gozaba del rango de Lord y residía en un castillo en Devonshire, a pocas millas de Londres. Envidió a su esposa. Esta debía de ser alguien muy especial para tenerlo tan enamorado. Pensó que estaría bien conocerla para calibrar hasta qué punto podría ser una adversaria irreductible. Como una travesura, se planteó pedir cita en su consulta por algún problema menor y sonrió internamente. Nadie se enteraría porque, obviamente, lo haría bajo un nombre supuesto. «Muy pronto», se dijo. Y volvió a sonreír mordiéndose el labio.

Sus cálculos habían fallado. Ni rastro de Banner. Una hora después de charla intrascendente con Trevor, le propuso tomar la última en el White Horse. Él aceptó encantado. Caminar junto a semejante belleza le hacía sentirse envidiado y le subía el ego.

El White Horse estaba más concurrido que el King's Arms. Mary tomó nota para sucesivas veces. El público solía ser caprichoso y acudir según las horas y los días a un sitio u otro.

Y ahí estaba el irlandés, solo que esta ocasión no lo rodeaba su pandilla sino que conversaba en tono confidencial con un joven moreno que supuso sería el famoso Abdullah. Fue este el que la vio primero y esbozó una mueca hostil. Probablemente censurase su vestimenta moderna y que no hiciese cubrir su cuerpo con un burka. Ella no dio muestras de percatarse de la presencia de Banner, al que tan solo observó por el rabillo del ojo mientras se reía de forma innecesariamente ostensible a un comentario de Trevor que, por otra parte, no era ni siquiera gracioso. Se había limitado a decir: «Vaya, parece que este sitio está bastante más animado que el otro».

A instancias de Mary, se sentaron al fondo, frente a un espejo que ocupaba toda la pared y que le permitía ver lo que se cocía a sus espaldas. Ahora tendría que buscar una excusa plausible para desembarazarse de Trevor que no fuese abiertamente un desplante. Tras mucho meditar, decidió apelar a su complicidad y le dijo que acababa de ver a un chico que le gustaba, pero que si la veía con él nunca se le acercaría. Él encajó la indirecta y preguntó por mera retórica si prefería que se marchase. Mary le abrazó, pensando que al tiempo que le agradecía su generosa comprensión, serviría de señuelo para alentar los celos del pelirrojo. Trevor se marchó, no sin antes hacerle prometer que tomaría un taxi para volver a la residencia y que le contaría cómo había ido la cosa. Salió con rictus serio y tan triste que, cuando no se sintió observado, le costó sofocar las lágrimas. Era un muchacho sensible y acababan de partirle el corazón.

A través del espejo, Mary Davis vio claramente que Banner y Abdullah se ponían en pie con ánimo de despedirse. Y que el irlandés caminaba con paso firme hacia ella.

—Cuando dos se encuentran por primera vez puede ser casualidad. Cuando se encuentran una segunda, es suerte —dijo enigmáticamente por todo saludo.

—Yo también me alegro de verte —respondió Mary en un tono ambiguo que no permitía discernir si estaba de guasa o realmente lo pensaba.

Luego se encogió sobre la barra y simuló tirar con una escopeta de caza a las botellas que se encontraban alineadas tras el mostrador.

—Buen estilo —apreció Banner—. No me digas que sabes disparar.

—A todo lo que se me ponga por delante —dijo Mary, para añadir a continuación con una carcajada—. Pero solo si son botellas.

Banner se mordió el labio. Solo faltaría que la chica, además de ser lo más bonito que había visto nunca, también fuese una experta tiradora. Cerró los ojos unos instantes. No estaría nada mal como compañera a todos los efectos. Tal vez, si consiguiera llegar a conocerla un poco mejor, podría atraerla a su causa. Sería una manera estupenda de aunar ocio y negocio, porque la soledad en su cometido era algo que le resultaba insufrible. «Como Sr y Sra Smith», pensó divertido.

Londres,  
22 de diciembre de 2015

Mary Davis solo tuvo que esperar quince minutos hasta que la invitaron a pasar a la consulta.

Su rival desvió los ojos de la pantalla del monitor y se incorporó en la silla, alargando una mano estilizada que le tendió para estrechar la suya.

—Margaret Zelle —Leyó Beatriz en la hoja de planning, esbozando una sonrisa cordial—. Un placer tenerla aquí, aunque espero que su visita no obedezca a nada importante.

—El placer es mío —admitió Mary, sonriendo también antes de añadir—: ¡Espero que no lo sea!

—¿Se sentiría más cómoda si nos sentamos allí? —ofreció Beatriz, señalando unas butacas al fondo que parecían formar parte de una sala de estar. La mayoría de los pacientes prefería sincerarse en ellos antes que a través de la mesa. Así se sentían más confidentes que enfermos.

—Creo que no será necesario porque mi problema tal vez no sea tan grave. De hecho, no le haré perder mucho tiempo.

—De acuerdo, como quiera —convino Beatriz para después inquirir—: ¿Quiere que la tutee o seguimos tratándonos de usted?

—Por mí no hay problema en el tuteo. Supongo que así se establece una conexión más directa, ¿no?

—Eso pienso. Bien, dime entonces qué te preocupa y veré la manera de solucionarlo.

«Si tú supieras», pensó Mary Davis. En cierto modo, y aunque sabía que no podría ser de ninguna de las maneras, habría deseado encontrarse a una mujer más vulgar y menos atrayente. Si a ella la había seducido con su sola presencia y un mero intercambio de frases, cómo no suponer que William Brandon estuviese verdaderamente hechizado. Se sintió ruin al dejarse llevar por un arrebato, y más mezquina aún por haber maquinado aquel encuentro fortuito con ánimo de buscar flancos débiles que le permitieran conquistar al marido de la mujer encantadora que tenía enfrente. No solo encantadora, también bella, pese a la ausencia total de maquillaje, salvo un discreto brillo labial. Sus ojos eran lo mejor, no solo porque destilaban inteligencia sino por su color pardo, a veces verde, otras, gris, en función de la iluminación.

—¿Eres descendiente de Mata Hari? —Preguntó Beatriz con un guiño por romper el hielo, ya que su paciente tardaba más de lo esperado en hablar.

«¡Y encima culta y perspicaz!», se dijo Mary. Cabeceó. Decididamente, no había sido buena idea venir. Bueno, tal vez sí lo fuera, si con ello se quitaba de la cabeza esa intención con la que había acudido.

—¿Lo dice por mi nombre? —Aparentó sorprenderse Mary. La elección del mismo le había parecido el colmo de la sutilidad, pero se había equivocado—. No, la verdad es que mi apellido es de origen holandés; y, en cuanto al nombre, es muy corriente. Nada que ver. ¡Ya me gustaría!

Beatriz no hizo ningún comentario. Tan solo sonrió de nuevo para darle pie a que le contase el motivo de su visita.

—Últimamente no duermo bien. No tengo ninguna preocupación, así que seguramente se deba al estrés de mi trabajo. Soy broker —mintió—. Tal vez podría haber ido simplemente a una farmacia para comprar un ansiolítico, pero la verdad es que prefiero que me lo pauten un psiquiatra y no automedicarme.

Beatriz cruzó los dedos bajo su mentón, mirándola. Por algún motivo que no alcanzaba a entender, le parecía que la joven que tenía frente a ella no estaba siendo del todo sincera. Aparte de la tensión laboral, intuía que algo más pasaba por su cabeza. No obstante, si ella no veía conveniente contárselo, no había nada que hacer.

—Puedo recetarte algo ligero que te irá bien. Si no es así y el problema persiste, no dudes en volver para diseñar un tratamiento personalizado o, incluso, hacerte un estudio de sueño. Entiéndeme, no me gusta prescribir fármacos alegremente, y menos cuando es un trastorno pasajero. A la larga, más que aliviar, pueden perjudicar y crear adicción.

—Lo entiendo. Si veo que no mejoro con ello, volveré.

Al despedirse, Beatriz apretó su mano de una manera que a Mary le pareció excepcionalmente personal y cálida. Como transmitiéndole apoyo moral. Y se odió una vez más por haber intentado interferir en una pareja que parecía funcionar a la perfección. Una debilidad estúpida en la que no volvería a incurrir. A partir de ese momento, para ella, su compañero William sería simplemente eso: su compañero William. Y un amor platónico también. Pero nada más.

Devonshire,  
23 de diciembre de 2015

Anna volvía a ser Anna. La invitación para pasar la Navidad en el castillo incluía a un buen número de amigos, todos ellos antiguos y muy queridos. Los años anteriores no se había encontrado con arrestos para organizar una fiesta como las que solía hacer antaño y las habían pasado simplemente en familia. Sin embargo, este estaba bastante más animada. Tal vez hubiera influido en ello el hecho de que Javier la telefonara en fechas previas para celebrarla con ellos. De repente consideró imprescindible ir a su peluquero de Londres para que le arreglase el pelo y renovar su vestuario de fiesta. Philip y Olivia habían confirmado su asistencia, así como otros imprescindibles.

Cuando estos llegaron, se apreciaba una indudable mejoría en el estado de Henry: él y Jamie miraban el enorme árbol adornado con guirnaldas de la entrada y aquel no se balanceaba de alguna de las ramas para tumbarlo a continuación, como había ocurrido en ocasiones anteriores.

Anna quiso ir a recoger sola a Javier al aeropuerto. Tan pronto se reunió con él tras aterrizar y se fundieron en un abrazo, ella supo que todo podría comenzar de nuevo. Y cuando él alabó su buen aspecto y volvió a abrazarla, fue consciente de que sucumbiría sin remisión. Pero no debería ilusionarse. Había transcurrido demasiado tiempo e ignoraba lo que había sido de su vida amorosa desde entonces.

—Siempre resulta grato volver a los lugares queridos —dijo Javier cuando Jameson abrió su portezuela para que saliera del Rolls, a la entrada del castillo.

Anna se colgó de su brazo y entraron. El roce le provocó una corriente electrizante, algo que creía perdido y olvidado. Y cuando Javier, al comprobar que el comedor estaba desierto ya, habida cuenta la hora tardía, le dijo con sonrisa pícaro que estaba cansado y prefería retirarse, emulando tiempos pretéritos en los que aquello tenía una simbología clara, provocó en ella una excitación ignota desde hacía mucho. Anna le siguió el juego, diciéndole que Allison podría llevarle a la habitación algún refrigerio para que pudiese descansar a continuación. Él la atrajo hacia sí, besándola en el cuello, y le dijo cuánto la había echado de menos.

Al día siguiente, Anna se sentía mucho más joven de lo que recordaba haber sido en mucho tiempo, si bien todo fue mucho más tranquilo y reposado que entonces. De momento, no quería plantearse por qué precisamente ahora y no antes lo veía a él tan receptivo. ¿Habría roto con su última novia, en el caso de que la hubiera tenido, y deseaba retomar su extinta relación? Desechó cualquier elucubración al respecto y decidió disfrutar sin más de su presencia. Después, cuando se hubiese marchado, tendría ocasión de reflexionar.

\*\*\*\*\*

Invitar a Charlene y Daniel fue idea de Beatriz, que guardó el secreto para sorprender a William. Hacía más de un año que no se veían. Ambos estaban siempre muy ocupados y había resultado imposible hacer coincidir las fechas, aunque se mantenían en contacto. Esta vez, Beatriz quiso asegurarse de que acudirían, avisándoles con tiempo suficiente para que pudiesen organizar sus agendas. Además, no iba a ser como los últimos años, en los que, por diversas

razones, Anna mostraba poco interés en devolver al castillo el esplendor de sus fiestas de antaño, tan comentadas en los diarios locales.

Charlene era consultora en una firma importante radicada en Australia con delegación en Londres, donde ella ejercía su trabajo, si bien se veía obligada a viajar allí al menos dos veces al año. De hecho, salía desde hacía unos meses con un australiano que poseía un rancho cerca de Sidney, lo que le estaba haciendo plantearse mudarse a vivir con él al otro lado del mundo. Era una decisión difícil, y ella era demasiado reflexiva para tirarse de cabeza a un cambio tan radical. Prefería dejarlo madurar mientras la relación se afianzaba.

En cuanto a Daniel, arquitecto de prestigio, ya a estas alturas sus amigos eran conscientes de su condición homosexual. Siempre había sido bastante reservado y en su etapa adulta continuaba siéndolo, todo ello con un aura de sofisticación que lo hacía una persona muy interesante y de maneras exquisitas.

Recordaron viejos tiempos de adolescencia aquella mañana, cabalgando los cuatro hasta el claro donde solían retarse en una carrera por todo el perímetro que invariablemente ganaba Daniel. Esta vez también, para no perder la costumbre. Habría sido un jockey excelente de no exceder la estatura máxima reglamentaria.

\*\*\*\*\*

Mientras se arreglaban para la cena de Nochebuena, Beatriz comentó divertida que Charlene debería haber venido provista de algún somnífero para poder dormir esa noche y la siguiente, ya que cuando ambas compartían habitación en Devonshire en el pasado, le había confesado su incapacidad para conciliar el sueño porque temía se le apareciese el fantasma de Catherine. William soltó una carcajada franca. Entonces, Beatriz, aprovechando el momento distendido, vio la oportunidad de contarle que unos días atrás habían estado comiendo allí Nina y Juan, algo que no había tenido ocasión de decirle porque precisamente esa noche él llegó tan tarde que la encontró adormilada. Luego, por una cosa o por otra, no surgió. Era algo sin importancia, pero podría acabar por tenerla si él descubría que se lo había ocultado.

Sin embargo, William se dirigió al vestidor para elegir la corbata en ese instante y tampoco pudo hacerlo. Beatriz se encogió de hombros.

Preparados ambos, bajaron al comedor. Todavía los comensales departían de pie en grupos, con copas de jerez en las manos.

La cena fue soberbia y se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Anna lucía magnífica en su papel de anfitriona, colgada del brazo de Javier, repartiendo sonrisas a todos los invitados.

—Maravillosa fiesta, Anna —dijo Beatriz con una sonrisa.

—Gracias, querida niña —repuso ella—. Ha sido como volver a recordar tiempos felices. Por cierto, podrías haber invitado a Nina y Juan. Una pareja encantadora.

Dicho esto, se alejaron para seguir conversando con otros convidados. A Beatriz se le desataron todas las alarmas. El comentario, con ser inocente, no podría haber resultado más inoportuno. Percibió como William se envaraba y aflojaba la presión de su mano para mirarla con estupefacción.

—¿Acaso se conocen? —Preguntó disimulando su irritación.

—Sí, Will. Hace días vinieron a saludarme a la consulta por sorpresa. De hecho, yo salía para comer algo y nos encontramos en el ascensor. Un minuto más y no habríamos coincidido.

Resulta que habían hecho una parada técnica de camino a Estocolmo para un congreso de cardiología y tuvieron el detalle de acercarse a verme. Como apenas tenía tiempo, se me ocurrió invitarlos a almorzar aquí al día siguiente por cortesía, habida cuenta la molestia que se habían tomado. Y la verdad es que esos dos días llegaste tan tarde que no tuve ocasión de decírtelo y luego se me olvidó.

¿Por qué tenía la impresión de que tanta aclaración le debía de estar pareciendo a su marido una burda excusa para justificar su tardía explicación e imperdonable olvido? Y es que él siempre se mostraba infantilmente susceptible a todo lo que tuviera que ver con esa familia.

William no dijo nada. Se llevó la mano a la corbata en un gesto inconsciente, tratando de aflojarla un poco. Beatriz lo abrazó por la cintura y apretó su cuerpo contra el suyo. Inútil empeño porque él seguía rígido.

—Estoy cansado y me voy a dormir —dijo tras consultar su reloj por pura inercia—. Tú quédate si quieres.

Beatriz sopesó si seguirle o tomar al pie de la letra su sugerencia envenenada. Se decantó por esto último. De haberse replegado, no estaría sino dándole la razón con sus sospechas infundadas, que no sería sino una manera de demostrarle que él tenía razón. Se quedaría un rato más, a lo sumo media hora, tiempo suficiente para que recapacitase acerca de lo absurdo de su proceder.

Cuando entró en la habitación, su esposo dormía o simulaba hacerlo. Ella sabía que más bien sería lo segundo. Se tomó su tiempo para desvestirse junto a la cama, cuidando de no hacer ruido por si estuviera equivocada, y desmaquillarse en el cuarto de baño anexo con la puerta abierta. Finalizado el ritual, se deslizó en la cama y echó el brazo sobre él, que lo apartó con un ligero movimiento de incomodidad. Tal vez fuera producto del sueño, pero Beatriz sabía que no era así. En una escala del uno al diez en el grado de satisfacción de su matrimonio, ella le daría un nueve. El uno por ciento restante lo reservaba para esas actitudes absurdas de desconfianza que, por fortuna, eran infrecuentes.

Ofuscada, le dio la espalda y se alejó tanto como daba de sí la cama. Apenas pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Por la mañana estaba tan cansada que, si no fuera porque había que atender a los invitados, se habría quedado reclusa en su cuarto todo el día.

—Son las diez —dijo William—. Supongo que no tienes intención de salir a montar hoy.

Ella lo miró con pesadumbre. Saltó de la cama como propulsada por un resorte, tomó una ducha y se puso el traje de amazona. Su marido ya había bajado a desayunar sin esperarla. Beatriz frunció la boca y movió la cabeza con incredulidad. Esto no podía estar pasando. Entró en el comedor, donde tan solo se encontraban William, Charlene y Daniel, charlando alegremente. Se impuso mostrarse cordial, como si nada la perturbase. Y también ignorar a su marido.

Durante la cabalgada, se mantuvo alejada de él a propósito, meditando en que las únicas veces que habían tenido algún cambio de impresiones amargo se había debido siempre a lo mismo: los celos por su pasado, pese a que entonces no lo conocía a él. También sopesó el hecho de que estaba sometido a mucha presión en su trabajo y tal vez eso le pasase factura. Seguía sin conocer la índole de ese nuevo cometido suyo. Algo barruntaba, pero nunca podría preguntárselo abiertamente. Mientras el viento le acariciaba el rostro, se sintió mejor. Solo un poco.

Confiaba en que un rato después, él volvería a ser el mismo de siempre. Que le pediría perdón y todo se reconduciría.

Cuando entraron en la habitación con la intención de cambiarse para el almuerzo, William

seguía manteniendo un silencio cerril. Pero, poco después, se introdujo en la ducha en la que ella ya estaba y comenzó a enjabonarle la espalda. Le hizo el amor allí mismo.



Universidad de Oxford,  
23 de diciembre de 2015

Mary Davis corría por la pista de atletismo del campus, un poco por mantener la forma física y otro poco por fiscalizar el entorno. No había muchos estudiantes que lo hicieran ese día, no en vano era víspera de Navidad y la mayoría se había ido ya a sus casas para pasar las fiestas. Ella se marcharía también al día siguiente. Casi a punto de terminar el recorrido, vio a un chico que en ese momento se acuclillaba. Se acercó, pensando que tal vez hubiese sufrido un mareo. El muchacho comenzó a hacer genuflexiones sin reparar en ella. Esos estiramientos le parecieron de lo más peculiares hasta que se percató de quién era y de que lo que hacía no eran precisamente ejercicios de calentamiento. Mary mantuvo un gesto hierático por el momento.

—Perdona, ¿estás bien? —Preguntó con gesto de rubia estúpida que no se entera de nada.

Abdullah se incorporó, mirándola con desprecio.

—Has interrumpido mi oración, idiota —dijo—. ¿Acaso te he preguntado yo a ti lo que se te había perdido corriendo hoy aquí?

—No me lo has preguntado. Pero tampoco te habría respondido, maleducado —dijo Mary volviendo a retomar la carrera, ignorándole.

El árabe la alcanzó a los pocos metros, manteniéndose a su altura.

—¿Puedes bajar el ritmo? —pidió él—. Estoy agotado.

—No sé por qué tendría que hacerlo.

Mary Davis siguió recorriendo el perímetro de la pista. Después de completar dos vueltas más, el árabe seguía sentado en el mismo sitio donde lo dejó. A punto de terminar la tercera, se detuvo a cierta distancia para masajearse los gemelos. No tardó mucho en acercarse Abdullah.

—Te aconsejo que les pongas una bolsa de hielo. Alivia bastante las distensiones musculares.

—Oh, ¿en serio? Primera vez que escucho algo parecido —ironizó ella.

Sonrió de forma petulante y se alejó de allí sin tan siquiera despedirse. Por hoy era suficiente. La próxima vez que se encontrasen, ya no podría decirse que fuesen desconocidos, aunque era consciente de que trabar amistad con ese ser engreído y desagradable no sería tan fácil como con el irlandés.

Universidad de Oxford,  
13 de enero de 2016

Era viernes, día que William dedicaba a revolver un poco el apartamento antes de marcharse a casa. Apenas había transcurrido una semana desde su incorporación tras la Navidad y, por fortuna, resultó tranquila y sin sobresaltos.

Introdujo en el lector de su coche el usb donde tenía grabados sus temas preferidos y que invariablemente le acompañaban en el trayecto hasta Devonshire. Recorridas unas veinte millas, se percató de que un automóvil le seguía porque se mantenía a una distancia sospechosamente cercana al suyo. Tal vez solo fueran figuraciones. No obstante, dio un volantazo sorpresivo hacia la derecha para tomar otra dirección. El coche, un monovolumen de color oscuro, continuó su marcha por la inercia, aparentemente ajeno a la maniobra. Suspiró aliviado y elevó el volumen de la música. Poco después, al acceder de nuevo a la carretera principal por la que venía circulando antes del cambio de sentido, se percató de que el mismo vehículo se situaba tras él. Imposible distinguir a su conductor a causa de los cristales tintados. Minoró la velocidad para asegurarse de que bajo el asiento del copiloto seguía la SA80, y en la guantera, una réplica del mítico Smith&Wesson debidamente trucado. Un giro más y se vería en la necesidad de derrapar para enfrentarse a su perseguidor.

Tomó deliberadamente una carretera secundaria a la salida de una curva pronunciada, confiando en haberlo despistado. Se detuvo, aguardando acontecimientos. Menos de un minuto después, el monovolumen sobrepasaba a toda velocidad la desviación para detenerse a continuación con un frenazo seco.

Desde donde se encontraba, oculto tras un matorral espeso, vio que un todoterreno interceptaba el paso de aquel cuando pretendía dar la vuelta, habiéndose percatado probablemente de su artimaña. Y que alguien había salido del primero y apuntaba con lo que parecía un fusil de asalto al otro, acercándose despacio. Dos figuras oscuras salieron de este por la puerta lateral y corrieron hacia el bosque. La persona que los apuntaba disparó varias veces, tratando en vano de alcanzarlos. Se la escuchaba claramente hablar por un dispositivo móvil pidiendo refuerzos. Luego caminó hacia el lugar donde se encontraba William y se despojó de la capucha.

—Creo que alguien te seguía, Lancaster —ironizó Mary Davis.

—Eso me ha parecido —dijo él. Luego esbozó una sonrisa y le agradeció la rapidez de su intervención.

Y aunque Mary hubiese deseado besarlo con frenesí, viéndolo frente a ella, tan guapo, tan alto, con ese flequillo lacio que le caía por un lado de la frente, en un lugar desierto sin testigos incómodos, tan solo fue capaz de esbozar una mueca como de estar de vuelta de todo y decir:

—Solo hago mi trabajo. Eso sí, la próxima vez cambia tu itinerario o, al menos, ten a mano tu arma reglamentaria. Puede que no siempre sea tu ángel de la guarda.

Aún tuvieron que esperar media hora hasta que llegaron los agentes para llevarse al depósito el monovolumen, al objeto de rastrear cualesquiera vestigios que pudiera conducirlos a la localización de sus ocupantes.

Durante ese lapso de tiempo, William trató de explicarle que sí llevaba su arma reglamentaria con él, solo que no había tenido oportunidad de sacarla porque ella se le había adelantado. Mary Davis sonrió con suficiencia. ¡Era tan adorable este William! No se lo

imaginaba apuntando con un arma a nadie, y mucho menos disparando a matar. Ella sí que estaba dispuesta a hacerlo si la ocasión lo requería. De hecho, se habría sentido muy satisfecha de haber conseguido dar en el blanco. Y tampoco le habría temblado el pulso si hubiera tenido que rematarlos en el suelo.

William llegó a Devonshire visiblemente alterado. No solo porque una mujer hubiera tenido que guardarle las espaldas y sacarle las castañas del fuego, sino porque era consciente de que, pese a la instrucción recibida, estaba muy lejos de mostrar la sangre fría que ella había demostrado tener. Esta había sido la primera vez que se viera en una situación así, pero podría volver a ocurrir. Consideró una vez más que seguía sin estar preparado, y que probablemente nunca lo estaría. El espionaje de salón podía llegar a ser divertido y excitante, pero la lucha cuerpo a cuerpo seguía resultándole ingrata y desagradable, por muy odioso que fuese el adversario.

Cuando estacionó frente a la entrada principal del castillo, se tomó unos minutos para acompañar la respiración. De ninguna manera quería que Beatriz lo viera así. Le habría preguntado a qué se debía su agitación y él no sería capaz de mentir. Pero, dadas las horas, presumiblemente dormiría.

No se equivocó. Ella estaba entregada al sueño con un rictus apacible, la melena desplegada sobre la almohada y una mano extendida sobre el sitio que él solía ocupar en la cama, en un intento de abrazar su ausencia. Sintió una honda ternura al verla. Depositó un beso fugaz sobre su frente y fue a ducharse, cuidando de no hacer ruido. Luego se tumbó junto a ella. No había cenado, pero le daba igual.

Le costó dormir. Durante toda la noche se removió inquieto, despertando de forma intermitente a causa de las pesadillas y de ideas recurrentes. Se levantó casi al alba, con intención de marcharse antes de que lo hiciera Beatriz. Pero primero garabateó una sencilla frase en un papel que depositó en la almohada, parafraseando el poema *Annabel Lee* de Edgar A. Poe, para que fuese lo primero que viera cuando abriese los ojos.

«Mi siempre querida, mi vida, mi esposa»

Y era cierto. Pero, ¡cuántos secretos entre ellos! Cuánto tiempo perdido en los mejores años de sus vidas, cuando precisamente deberían dedicarlos a amarse sin más, para acumular recuerdos que los acompañarían al albur de su todavía lejana vejez. No, decididamente no le gustaba en absoluto el cariz que estaba tomando su existencia, porque nadie vivía eternamente para lamentarse después de las malas decisiones tomadas cuando aún se podía cambiar el rumbo. Sin embargo, se estaba dejando llevar.

Mientras desayunaba solo, decidió que bastaría un revés más para renunciar. No necesitaba eso. Nunca había sido un amante de la adrenalina ni del riesgo innecesario.

*Duke* olfateó las migajas del suelo y gruñó a *Daf*, que se había acercado con timidez, pensando que su hermano tal vez quisiera compartirlas.

William los llamó e hizo que se sentaran juntos frente a él. Apoyó una mano sobre la cabeza de cada uno y los amonestó:

—De ahora en adelante, esto se ha acabado. No tenéis que luchar por la comida, ni tampoco

llevaros tan mal. Los dos sois importantes para nosotros y os queremos por igual. Ya basta, ¿de acuerdo?

*Daf* lo entendió y se tumbó con las orejas gachas, pese a que nunca era el elemento discordante. *Duke* no tanto, porque él se consideraba el favorito y no tenía que rendir cuentas.

Mientras ambos se gruñían con cordial antipatía, William salió para conducir de vuelta a Oxford. Dudaba que fueran a tomar en serio sus reconvenciones, pero tampoco parecía que fueran a despedazarse por el momento.

Thames House, Millbank, Londres,  
17 de enero de 2016

La reunión se presentaba tensa. Tyler Watts no se anduvo con preámbulos cuando tuvo a los tres reunidos. Hasta que no hubo llegado el último, no dio comienzo formal a la restringida asamblea.

—Quiero que vean esto —dijo, invitándoles a seguir el desarrollo en diferido de una grabación de vídeo.

En ella se veía al árabe fijando la vista con concentración en una motita de polvo minúscula fijada en el marco de la puerta, que atrapó con un movimiento de muñeca asombrosamente rápido y luego estrujó entre sus dedos.

—Sorprendente, ¿no? —Preguntó, por mera retórica, Tyler, deteniendo el avance de la visualización—. Ha ocurrido hace apenas media hora.

Steve Jones casi lloraba al ver aplastado a su querido dron.

—Ese tipo debe de tener rayos láser en los ojos. Lo dejé en *stand by* mientras venía hacia aquí —se lamentó, intentando justificar su imperdonable negligencia.

—En consecuencia, Hassam Abdullah se ha largado tan pronto comprobó que *esa cosita* le estaba vigilando —informó Tyler Watts con gesto serio, sin entrar a valorar las explicaciones de Jones—. Creo que hemos sido demasiado pacientes con el enemigo. Y, lo que es peor, constato que va un paso por delante de nosotros. Jones, tienes que estar preparado para salir en su búsqueda de inmediato. Nuestros agentes están tratando de localizarlo. No puede andar muy lejos.

Mary alzó la mano, postulándose también.

—Tú no. Tienes una misión aquí para mantener a raya a Brennan —dijo Watts.

—Le haré pagar muy caro el haberse cargado a *Puck* —amenazó Jones—. Puede parecer una tontería, pero había llegado a tomar cariño a ese pequeño aparatito. No se lo perdonaré en la vida, así lo pague con la mía.

Steve Jones tenía la virtud de arrancar una sonrisa a la concurrencia. Pero parecía muy decidido también a ejecutar lo que decía.

William se sintió verdaderamente incómodo. Sus compañeros habían dado un paso adelante. ¿Y él? Simplemente había vacilado. Intentaría quedarse a solas con Tyler cuando ellos dos se hubieran marchado para plantearle una retirada honrosa, algo que llevaba barruntando largo tiempo. Nunca contaría nada de lo que hubiera visto, le diría, pero resultaba evidente que no poseía la suficiente sangre fría como para actuar como agente del MI5 y percibía que no estaba siendo de mucha utilidad.

No tuvo tiempo de participarle a Tyler su decisión.

—Nos hemos quedado solos —dijo este—. Tus compañeros son buenos, no dudo que conseguirán el objetivo. En cambio, tengo la impresión de que dudas del tuyo.

William lo miró expectante. Había dado en el clavo.

—Seguramente te sigas preguntando muchas cosas —prosiguió Watts—. Pero hay una que no debes plantearte, y esa es que eres un agente clave. No, no pongas cara de perplejidad. Tu misión la estás cumpliendo a la perfección. Dejemos que los otros se dejen la piel en acciones más arriesgadas. Lo tuyo es más sutil. Supongo que tampoco ahora querrás aceptar un trago del mejor escocés, ¿me equivoco?

—Te equivocas, Tyler. Y cárgalo como el tuyo, a poder ser.

—Bien —dijo este tras llenar los vasos a un nivel que podría considerarse aceptable para primera hora de la mañana—. Tienes vía libre para volver a contactar con Banner de forma, ya sabes, casual. Toda la información que puedas obtener acerca de su colega huido será bienvenida. Ya, ya sé que no es una tarea fácil, pero *Poppins* está poniéndolo todo de su parte para allanar el camino. Parece que tiene al tipo en el bote.

William soltó una carcajada discreta tan pronto escuchó el nombre en clave de Mary Davis. También sintió una vibración similar a una corriente eléctrica cuando supo que se refería a ella. La desechó como se desechan los pensamientos enojosos.

—¿Debo seguir insistiendo en mi postura de hombre atormentado y vengativo o puedo cambiar de rol? —inquirió.

—Tendrás que improvisar según las circunstancias —aconsejó Tyler, para paladear después el escocés y preguntarle si era de su gusto—. Es bueno, ¿no?

—Demasiado bueno —reconoció William. Luego le asaltó otra cuestión que no dudó en participarle a Tyler—: ¿Te parece conveniente que vuelva a mencionar el tema de organizar algo?

—Valóralo tú.

—De acuerdo.

Salió de allí intranquilo, porque su intención había sido trasladarle a Tyler la escasa fe que tenía en sí mismo para continuar y no lo hizo. Bastaron las palabras de aliento de este para que se mordiese la lengua, postergando su decisión. Tal vez estuviese equivocado al respecto y su contribución tuviese más importancia que la que él se atribuía. De hecho, no era la primera vez que su superior así se lo había hecho saber, dejando muy claro que para la acción que entrañase cierto peligro había otros agentes más entrenados y experimentados. Y que todo sumaba en el éxito de un operativo. Tendría que dejar de reconcomerse entonces y afrontar el reto de la forma más eficiente que pudiera. Cuando esto terminase, podría volver a plantearse dejarlo. ¿Pero alguna vez tendría fin? Lo dudó. Podrían desarticular un comando o abortar un atentado antes de que ocurriese... y luego habría otras alertas a las que también habría que poner freno.

Todavía era temprano. Aprovechando que estaba en Londres, podría acercarse a ver a su mujer a la consulta antes de dirigirse a Oxford. Inmediatamente lo descartó: ella se extrañaría. Además, con seguridad estaría atendiendo a algún paciente. Lo mejor sería ir directamente a su despacho para aburrirse soberanamente. Una vez allí, meditaría cómo entrarle nuevamente a Banner sin suscitar suspicacias por su parte.

Mientras conducía hacia el campus, tuvo una idea que consideró brillante.

Universidad de Oxford,  
17 de enero de 2016, 10 h.

Eufórico por su ocurrencia, Blumer requirió la presencia de Banner a través del bedel jefe a las once, aprovechando el receso de media hora antes de la siguiente clase.

El irlandés apenas tardó siete minutos en presentarse, y su expresión era de aparente perplejidad.

—Siéntese, Banner —invitó de forma conminatoria Blumer.

—Me está preocupando, profesor —ironizó el pelirrojo—. Le aseguro que no he copiado en ningún examen.

Blumer ignoró el comentario sarcástico y simuló seguir concentrado en los papeles que tenía sobre la mesa.

—No le he llamado por eso —dijo finalmente, alzando la vista para fijarla en los ojos de su interlocutor—. Investigamos la extraña desaparición de un compañero suyo de curso. Tememos que pueda haberle pasado algo.

—¿De quién estamos hablando?

—Disculpe. Me refiero a Hassam Abdullah. Al parecer, ha faltado a la primera clase, y no consta en Secretaría que haya justificado su ausencia formalmente, lo cual parece bastante insólito y preocupante porque nunca lo ha hecho hasta el momento. Estamos hablando con todos los alumnos para ver si pueden arrojar alguna luz al respecto. ¿A usted le comentó algo?

—No tengo la menor idea —dijo, frunciendo la boca en un gesto exageradamente ostensible—. No somos íntimos ni estoy al tanto de su vida.

—Ajá. Disculpe entonces la molestia —se disculpó Blumer, tachando algo en un papel—. Podría haberle ocurrido algo y nunca nos perdonaríamos no haber investigado lo suficiente para remediarlo. En fin, si recordase cualquier cosa que pudiera sernos de utilidad, no dude en acudir a mí. Lamento haberlo entretenido en su descanso.

Tan pronto abandonó el despacho, Blumer requirió nuevamente la diligencia del bedel para que fuese avisando al resto de los compañeros de curso de Abdullah, a fin de que a intervalos de cinco minutos se fuesen presentando. Era un lapso idóneo para cubrir el expediente sin hacerles perder el tiempo innecesariamente y que el irlandés no sospechase que se le había llamado solo a él. Cualquier precaución era poca.

Delante de su mesa fueron desfilando alumnos, uno tras otro, a los que despachó con un par de preguntas. La mayoría ni siquiera sabían de quién se trataba. Alguno apuntó que lo conocía de vista, pero que era muy reservado y apenas interactuaba con nadie.

Suficiente. En el caso de que Banner le preguntase a los demás si habían sido llamados a su despacho, todos le responderían que sí y desearía cualquier sospecha que pudiera albergar, si es que la testosterona le permitía pensar en algo más que no fuera la agente *Poppins*.

Kings' Arms,  
17 de enero de 2016, 20 h.

Antes de acudir al pub, Blumer se afeitó la perilla que había dejado crecer los últimos meses. Nada de cambiar su aspecto ni de contar confidencias al amparo de una supuesta borrachera que en ningún momento había sido real. Tyler le había dejado muy claro que no debería guiarse sino por su instinto. Y su instinto le decía en este momento que sería mejor comportarse con naturalidad. Por supuesto, no le iba a confesar a Banner, en el supuesto de que se encontrasen, que él en realidad era un espía a sueldo de los servicios de información británicos. Pero tampoco volvería a adoptar el papel de profesor angustiado por su terrible pasado que maquinaba venganzas. Simplemente actuaría de forma espontánea, en función de las circunstancias. Esa táctica daría mejor resultado. De arrogarse un papel que no casaba con su manera de ser, el contrincante siempre podría pillarlo en un renuncio. En cambio, si se conducía de acuerdo a su auténtica personalidad, la coherencia estaba asegurada. Sin contar con que entonces el otro se desorientaría y dudaría de que lo que parecía ser, pudiera no serlo. Algo que aprendió de la teoría de la psicología inversa, y que en ningún caso significaba que tuviera que renunciar a la falsa identidad creada ex profeso para él ni a sus supuestos antecedentes vitales. Esos se los sabía de memoria y estaba convencido de no incurrir en contradicciones.

El pub estaba abarrotado, tanto que le costó encontrar un hueco al final de la barra. Si Banner y sus colegas estaban allí, no los vio.

Tyler estaba al tanto de sus pesquisas de la mañana y también de que ahora se encontraba en el Kings' Arms. Recibió un mensaje encriptado en el que este le informaba de que pronto llovería. Eso significaba que *Poppins* acudiría al pub. Se removió inquieto en el taburete.

Se percató de que ella entraba, acompañada de una amiga, por el revuelo que ocasionaron. Simuló no verle y se acodaron ambas al otro extremo para pedir unas cervezas.

Media hora más tarde, y visto que el pelirrojo no aparecía, las chicas dieron muestras de marcharse. En el momento en el que salían, se toparon con él, cuyo entusiasmo por ver a Mary no pudo disimular. Blumer reculó, volviendo a su sitio en la barra, afortunadamente todavía libre. Les dio la espalda deliberadamente, tan pronto fue consciente de que se sentaban todos ellos en la mesa más próxima a la entrada.

—Dame charla, a ver si se encela —susurró Mary con disimulo al pasar a su lado poco después, de camino al baño.

A su regreso, la retuvo agarrándole el brazo con suavidad. Por el espejo observaba como el rostro del irlandés adquiría un color púrpura debido a la indignación.

—Esto va bien, parece que surte efecto —dijo Mary, soltando a continuación una carcajada complacida—. Acércate para decirme algo al oído. No hace falta que sea nada importante. Lo que tiene que parecer es que me encanta que me hables, nada más.

Cuando ambos reían al unísono, Banner se levantó bruscamente y avanzó hacia ellos, visiblemente irritado.

—¿Te está molestando este tipo? —Preguntó antes de percatarse de quién era—. Perdón, profesor, creía que estaba incordiando a mi chica.

Al decir esto, Mary lo miró de hito en hito.

—¿Tu chica? ¿Cómo has supuesto semejante cosa, muchacho? Yo no soy la chica de nadie. Blumer puso las palmas de las manos boca arriba, en un intento de echar balones fuera.



—Perdone, pero solo le pregunté si tenía hora. Si es su novia, me disculpo por el atrevimiento.

—Está disculpado, profesor. No, no es mi novia... todavía.

Mary simuló sonrojarse, y a continuación soltó la artillería pesada con un ligero ronroneo.

—Me gustas, Liam, y lo sabes. Pero no puedes impedirme que hable con quien quiera y cuando me apetezca.

A continuación, se puso mohína. Brennan le echó un brazo sobre los hombros y se despidió atropelladamente de Blumer, empujándola hacia la salida del pub.

—Brooke parece que ha congeniado con Bob. ¿Qué te parece si vamos a otro sitio donde podemos pasarlo bien? —propuso, sin molestarse en bajar el tono de voz, probablemente para que Blumer lo escuchase.

Este supuso que esa noche Mary redoblaría todos sus esfuerzos para dejar k.o. a Banner. No quiso reconocer en su fuero interno que ese pensamiento le desagradaba. Pero si era capaz de llevar la fidelidad al MI5 hasta esos extremos, él no era nadie para cuestionarlo.

Residencia de estudiantes, Oxford,  
17 de enero de 2016, 10 h.

Aunque estaba prohibido en el *college* que los residentes metieran personas ajenas al mismo en sus habitaciones, la observancia de la regla no era estricta. Habitualmente, el portero hacía la vista gorda, sobre todo si después recibía algún tipo de gratificación en pago por su discreción. Al fin y al cabo, ¿qué daño podía causar que los jóvenes disfrutasen un poco?

El dormitorio era un auténtico barullo. Banner se excusó y comenzó a recoger prendas de ropa desperdigadas por todas partes para hacer una bola con ellas y lanzarlas dentro de un armario. Mary, que era una maniática del orden, arqueó una ceja con disgusto pero no hizo el menor comentario al respecto.

Mientras el irlandés trataba de devolver a la estancia un aspecto medianamente pulcro, ella observó con mirada fotográfica cada rincón en busca de algo llamativo. No encontró nada diferente de lo que podría hallarse en la habitación de un estudiante cualquiera. Pero, evidentemente, lo que pudiera haber, no estaría a la vista. Y para dar con ello tenía opciones.

Al principio se hizo la tímida, tan pronto como Banner, con los ojos ardiendo en llamas, se acercó a ella y comenzó a besarla.

—Vas demasiado rápido —protestó, apoyando las manos en su tórax para apartarlo ligeramente—. Creía que solo íbamos a escuchar música y a charlar un rato.

—Venga, no te irás a hacer ahora la estrecha —dijo él—. Lo deseas tanto como yo.

—Pero no de esta forma, como si fuera una fulana. ¿No tienes algo de beber por ahí? Vamos, estoy segura de que guardas un alijo de birras —lo alentó, prometiéndole el paraíso con un aleteo de pestañas decididamente perturbador.

El pelirrojo le guiñó un ojo y extrajo de una neverita sendos botellines de cerveza. Le tendió uno y dio un trago largo al suyo. Mary bebió también y luego dijo que tenía que ir al lavabo un momento. Se llevó la botella consigo y vertió en ella un líquido incoloro e insaboro. Cuando regresó, la depositó en la mesita de noche junto a la cama donde Banner se había tumbado boca arriba, con los brazos bajo la nuca.

—¿Has ido al baño para pintarte los labios? Sabes que no era necesario.

—No solo para eso —dijo Mary frunciendo la boca. Y a continuación se despojó de la gabardina, quedando completamente desnuda frente a él.

—Me vuelves loco —confesó Banner, resoplando.

—Lo sé.

Mary se acercó de forma deliberadamente lenta, contoneándose. El irlandés no podía contener la excitación. Juguetona, le acercó el botellín adulterado para que bebiese. Por fortuna, bastaban unas gotas para que el narcótico surtiera efecto.

Se colocó a horcajadas sobre él, que para entonces estaba completamente enardecido. Ni siquiera tuvo que penetrarla antes de llegar al clímax porque inmediatamente cayó aturdido. El estupefaciente tenía una duración de tres o cuatro horas aproximadamente, dependiendo de la complejión del individuo. Tiempo más que suficiente para copiar el disco duro de su ordenador.

Introdujo el dispositivo en su bolso, así como el botellín del que había bebido, volvió a vestirse y se marchó. Cuando salió de allí, no quedaba ningún vestigio de su visita.

Banner roncaba como un rinoceronte, con un rictus de felicidad en el semblante. Mary lo miró unos instantes con gesto indefinible antes de cerrar la puerta tras de sí.



Thames House, Millbank, Londres,  
24 de enero de 2016

Los equipos informáticos echaban fuego. Había resultado infructuoso hasta el momento acceder al disco duro de Banner pese a los esfuerzos del personal, que a duras penas se mantenía en pie durmiendo dos horas al día y comiendo un bocadillo a intervalos regulares.

—Es imposible —afirmó Alan—. La contraseña es tan segura que no soy capaz de descifrarla.

—¡Nada es imposible! —Bramó Watts—. Llevamos días de retraso. ¡Buscad la manera de conseguirlo o saltaremos todos por los aires!

Connor, que apenas contaba dieciocho años, se levantó de la silla tras dar un trago a su Coca-Cola y apuntó la posibilidad de recabar el apoyo de otros piratas informáticos que, según él, eran los mejores del mundo.

—Puedo intentar entrar en cierto portal —dijo—. Hace tiempo que participo en un foro allí como invitado externo y creo que he hecho algunos amigos con los que he intercambiado conocimientos que podrían facilitarme el acceso. No les mueve ningún interés comercial, tan solo entran en sitios que teóricamente son inexpugnables por mera diversión. ¿Quiere que lo intente?

Tyler no sabía si agradecerse efusivamente o meterle un derechazo directo a la mandíbula.

—Ya estás tardando. Lástima que no se te hubiese ocurrido antes —refunfuñó.

Luego meditó en que lo que había comentado Connor instantes antes era la pura realidad: los piratas informáticos vivían en un mundo paralelo. No se planteaban si la información que obtenían era realmente tan importante para la seguridad nacional, porque para ellos se trataba solo de un juego. Pues bien, llegaba el momento de explicarle a este adolescente que así era, y tratar de convencerlo de que dejaría un mundo mejor si se implicase lo suficiente. Y, por supuesto, prometerle una gratificación interesante de conseguir algo gracias a su colaboración y a la de sus amigos.

Connor se enchufó los auriculares y estuvo hablando largo y tendido al tiempo que tecleaba. Después de una hora que a Tyler se le hizo más larga que un día entero sin probar el whisky, el hacker soltó el pinganillo de su oreja, enarboló el pulgar y sonrió.

—Me dicen que en media hora puede estar el problema resuelto. Y que cuánto están dispuestos a pagar.

—Diles que llegaremos a cualquier cifra de cinco ceros. Pero que, cada día que pase, se rebajará uno.

Connor se giró en la silla para trasladárselo a sus colegas.

A las once de la noche, el algoritmo dio sus frutos: el disco duro de Brennan había sido desbloqueado, y borrado cualquier rastro de la incursión. *Poppins* haría el resto, manteniéndolo entretenido.

—Me voy a dormir —anuncio Tyler—. Espero tener a primera hora de la mañana un informe completo.

Bilbao, España,  
21 de enero de 2016

Steve Jones tomó el vuelo siguiente a aquel en el que Abdullah se había embarcado. Las pesquisas de los servicios secretos habían dado sus frutos justo cuando su avión acababa de despegar. Eso suponía que le llevaba unas horas de ventaja. Pero, al menos, no días, porque desde que se tuvo constancia de su desaparición, se sospechó que se mantenía oculto en algún lugar en las inmediaciones de Londres. De haber abandonado el país inmediatamente, su captura habría resultado muy fácil. Y el árabe no era tonto. Ya había dado buena muestra de ello.

La información sobre ciudadanos árabes que se hubiesen registrado en hoteles, albergues o casas rurales ese día en Bilbao no había obtenido los resultados esperados. Lo más probable era que hubiese encontrado alojamiento clandestino.

Solo cabía recurrir a los contactos, algo que Jones consideraba extremadamente peligroso y en lo que debería mostrarse muy cauto. Tiró de antiguos amigos, a los que dijo que venía solo un par de días por pura nostalgia de pisar su tierra y conocer de primera mano cualesquiera noticias de interés en la lucha común. Después de las saluciones de rigor, les dejó caer que, en realidad, bajo esa excusa subyacía otro motivo más importante: tantear la posibilidad de reorganizarse. Todos ellos creían a pies juntillas que realmente trabajaba en una plataforma petrolífera en el Mar del Norte, motivo por el cual apenas recalaba por allí de Pascuas a Ramos, argumento muy convincente que resultaría hartamente complicado desmontar. Sin darles tiempo para procesar toda la información que les daba en unas pocas frases lacónicas, imitando el estilo euzkaldún, soltaba el resto: un traidor que se hacía pasar por árabe, tenía intención de infiltrarse para dar al traste con todo. Aún así, las pesquisas resultaron infructuosas porque nadie parecía conocer las andanzas de Abdullah. Solo restaba pasarse por las *herriko tabernas* y tratar de obtener algún testimonio confidencial. En esos tugurios era donde generalmente se obtenía más información. Jones se había disfrazado convenientemente para no llamar la atención: pantalón vaquero pitillo, camiseta negra con leyenda revolucionaria, pañuelo rojo al cuello, pendiente en la oreja y peinado abertzale.

En el Akelarre vio la luz. El tabernero, al que conocía de alguna incursión anterior, lo saludó con familiaridad.

—Hostia, Aitor, cuánto tiempo sin verte por aquí. ¿Qué te pongo?

—¡Ahí va la hostia! Ponme un txacolí<sup>[1]</sup> de la casa, Gorka. ¿Y qué te cuentas? Yo vengo siguiendo a un txakurra<sup>[2]</sup>.

—¿Y cómo es eso, pues?

—No me fío un pelo de él. Para mí, que se ha infiltrado con la intención de jodernos. Supongo que no será muy difícil encontrarlo, pero no tengo la menor idea de dónde se oculta. No se ha puesto en contacto con los chicos y nadie sabe nada, lo cual me hace desconfiar más aún. Se hace pasar por árabe, pero no lo es. Esta es su fotografía.

Gorka le guiñó un ojo y cogió el teléfono para hacer un par de llamadas. Cuando colgó la última, soltó sobre la barra el vaso de vino y una nota manuscrita en un papel.

—Puede que el traidor esté en esta dirección, aunque no te lo aseguro. Movimientos raros por allí, ya sabes cómo son estas cosas. Métele un tiro en la nuca de mi parte si lo ves. Y dile que no queremos gentuza como él con nosotros. ¡Salud, compañero!

—¡Salud, Gorka! ¡Gora ETA! —exclamó Aitor levantando el pocillo en un brindis y

bebiéndoselo de un trago antes de salir del local.

\*\*\*\*\*

Steve Jones, alias Aitor Kutxa, era respetado en los ambientes abertzales porque, pese a ir por libre, en alguna ocasión había dado chivatazos para alertarlos de operaciones policiales. Y aunque no pertenecía a ningún comando, todos le tenían por un tipo fiable. Sabían que compartía su mismo objetivo desestabilizador, y que en las revueltas callejeras era el que más papeleras o autobuses incendiaba y el que vociferaba con más ímpetu. Sin contar con que había sido detenido en innumerables ocasiones y nunca había delatado a ningún compañero de la kale borroka. O eso creían ellos. Aparte de esto, era de los que se habían mostrado más contrarios al abandono de la lucha armada. Sus alegatos siempre obtenían vítores entusiastas, pero era la Organización la que mandaba y ellos tenían que obedecer. Ni la voz discordante de Aitor Kutxa, ni la de los acólitos que lo secundaban, tenían peso específico para cambiar la estrategia de la cúpula. No obstante, era palmario que muchos militantes y simpatizantes no estaban de acuerdo con esa nueva política. Si durante más de cincuenta años no habían logrado la independencia y la instauración de un estado comunista en el País Vasco mediante la lucha armada, ¿cómo iban a lograrlo solo con palabras y ateniéndose a las reglas del juego democrático? Por eso, su misión había consistido en ir inoculando con cuentagotas un germen para reunir a su alrededor a los elementos más involucionistas y disconformes, con el fin de reorganizarse de forma independiente y ejecutar atentados selectivos. Con esto, él conseguía tener controlados a los individuos más potencialmente peligrosos y rebeldes a los dictados de la Organización. Si sabía quiénes eran todos y cada uno de ellos, sería más fácil reducirlos a la nada. Nunca nadie cuestionó su capacidad de liderazgo.

Antes de acercarse a la dirección que le había facilitado Gorka, pidió instrucciones a su superior. Este le indicó que, por el momento, solo se mantuviese vigilante y no lo perdiese de vista si daba con él. Cuando Jones le informó de que el escondrijo del árabe podría ser un caserío sito a las afueras de Bilbao, Tyler tan solo le dijo que se las apañase para dormir en el monte o en una cueva, lo que prefiriese, siempre y cuando tuviese visión panorámica sobre la madriguera de Abdullah. Jones sonrió. «Nada que ver con el glamour de las películas de Bond», se dijo. Tampoco le importaba. Pese a su juventud, era un tipo curtido ya en mil batallas y una incomodidad más o menos le daba igual. Se aprovisionó de un buen alijo de comida en lata y de una tienda de campaña esmirriada como las que sirven para resguardarse del sol en la playa. Buscó un punto desde donde pudiera observar cualquier movimiento en el caserío sin ser visto y programó el sensor de su reloj de pulsera para que lo despertase en el caso de que comenzase a cabecear. En ese momento pensó que habría sido deseable tener junto a él a otro compañero para turnarse en las guardias, puesto que podría sucumbir al sueño. Así se lo trasladó a Tyler, que inmediatamente contestó que valorarían esa posibilidad pero que, mientras tanto, se mantuviese alerta, así tuviese que recurrir a la cafeína concentrada. El seguro médico se haría cargo en el caso de que la falta de sueño le provocase un infarto.

Jones soltó una leve carcajada gutural al recibir el mensaje. Estaba claro que al MI5 le daba

igual su bienestar. Había invertido demasiado tiempo y dinero en su entrenamiento como para no confiar en que sabría aguantar. Él también estaba seguro de ello.

Caía la noche, fría y desapacible. Pero lo peor era la humedad, que se le colaba hasta los huesos pese a llevar una camiseta interior térmica y dos gruesos jerséis de lana escocesa. Se frotó las manos para desentumecerlas y abrió una lata de estofado que devoró sin posibilidad de calentarla al fuego, lo que habría originado una humareda poco conveniente a sus fines. Sin desviar la mirada del caserío, tomó los prismáticos de visión nocturna y se acodó tras la roca que le servía de parapeto en lo alto del promontorio donde había ubicado su campamento. El sueño lo invitaba dulcemente y los ojos se le cerraban, pero no se permitió claudicar. Tomó una pastilla concentrada de cafeína y la masticó lentamente, esperando no aburrirse demasiado durante la vigilia.

Escuchó el aullido lejano de un lobo, y pronto otros le respondieron desde otro punto. Jones no mostró el menor síntoma de miedo o preocupación. Dudaba que se acercasen a su refugio, pero en el caso de que lo hicieran, sabía que no habría nada que temer porque el lobo reconoce la superioridad del humano y rara vez se le enfrenta. Y porque Jones no conocía el miedo.

Sin embargo, algo en ese sonido le hizo aguzar sus sentidos en estado de máxima alerta. Contó mentalmente los minutos que transcurrirían hasta que hubiese movimiento allí abajo. Fueron exactamente diez y tres segundos, según su marcador. La puerta del villorrio se abrió, y una silueta se recortó en la oscuridad para dar paso a dos figuras que emergieron desde la parte posterior, cerrando después a cal y canto. El agente soltó a la hermana pequeña de *Puck*, que revoloteó graciosamente en el aire hasta que mediante control remoto fue aproximándola al lugar. «No me falles, palomita», le dijo con el pensamiento.

El caserón tenía huecos más que suficientes por donde colarla. De hecho, se encontraba en un estado ruinoso. Desde una de las vigas de la buhardilla tenía visión panorámica sobre el piso inferior, ya que existían innumerables grietas en el techado.

En el interior de esa planta se encontraban ahora Abdullah, los dos hombres que había visto penetrar momentos antes y que vestían ropas oscuras con capucha de la que se despojaban en ese instante, y el que a todas luces parecía el anfitrión y posiblemente propietario del caserío, un tipo fornido de cara ancha y mejillas rubicundas: un euzkaldún de pura cepa que respondía al nombre de Antxon, como lo llamó el árabe para rogarle lo dejase solo con sus invitados.

Tan pronto el vasco se ausentó, los tres intercambiaron impresiones en voz tan baja que Jones no pudo escucharlas. No obstante, el dron registraba la conversación, que era transferida de forma simultánea al puesto operativo para su oportuna transcripción.

Antes de dar por finalizado el encuentro, los allí reunidos se acuclillaron para rezar unos instantes y después proferir una loa encendida a Alá que no precisaba de traducción. Salieron de la estancia directamente a la puerta exterior y desaparecieron en la noche.

Una vez a solas Abdullah y Antxon, apenas cruzaron palabra alguna. Este colocó unos platos sobre una mesa maciza de madera y depositó después un guiso humeante del que sirvió a su huésped una ración generosa.

Se despidieron nada más terminar de deglutir. El dron siguió a Abdullah a una habitación cercana a la que hacía las veces de comedor. Sin muchos preámbulos, se desvistió y acostó en un jergón para dormir.

Jones dejó que el dron reposara en posición de descanso durante toda la noche a una altura considerable, para evitar que lo descubriese como al malogrado *Puck*, y se mantuvo vigilante hasta el alba. Para conseguirlo tuvo que meterse dos pastillas más de cafeína concentrada.

Notaba claramente el efecto que estaba produciendo en su cuerpo: un ritmo cardíaco acelerado y un principio de sudoración a pesar del frío ambiental.

A las ocho de la mañana siguiente, un coche vino a recoger al árabe. El dron captó el número de matrícula, pero Jones no se hizo ilusiones al respecto: posiblemente estuviese trucada. Su seguimiento competía ahora a otros agentes desplegados en la zona, a los que avisó a través de su superior.

Durmió un par de horas, recogió el campamento y regresó a Londres.



Universidad de Oxford,  
24 de enero de 2016

Mary buscó a Banner en la cafetería de su facultad. Sabía que justo a esa hora era el descanso más largo entre clases. Desde hacía días, no habían vuelto a tener contacto. Ni se habían intercambiado sus teléfonos móviles ni Mary había aparecido por el Kings' Arms, algo que a él lo tenía completamente desencajado. Por eso, cuando la vio allí, tomándose un café en una mesa alejada de la entrada, avanzó hacia ella con las fosas nasales venteándole con violencia y apoyó los brazos en su silla para susurrarle al oído con un toque de advertencia:

—No debiste irte sin más. Te he echado de menos.

—Yo también. Por eso estoy aquí, ¿no?

—No sé a qué atenerme contigo.

Mary dejó de remover la cucharilla del café y lo miró de forma seductora.

—No le des tantas vueltas porque la cosa está clara: tú me gustas, y creo que yo a ti también.

Banner posó una mano sobre su cuello y lo acarició lentamente.

—No sabes cuánto. Estos días han sido una tortura para mí.

Mary retiró el brazo del irlandés y se giró.

—Solo que tal vez te hayas confundido conmigo. Me atraes, sí, pero no me gustaría que me utilizaras para dejarme tirada después de haberte quedado satisfecho. Nunca he sido una chica fácil, y si eso es lo único que pretendes de mí, puedes irte por donde has venido.

El irlandés abrió unos ojos como platos. Nunca habría considerado esa posibilidad. Mary le gustaba de verdad. Todo lo que pudiera decirle sería poco para transmitirle el impacto que le había provocado nada más verla.

—No, nunca. Jamás le dije esto a alguien, pero la verdad es que me interesas más de lo que creía pudiera interesarme nunca una mujer.

Thames House, Millbank, Londres,  
25 de enero de 2016

Tyler Watts se removía inquieto en la silla. No hacía más que girarla hacia el ventanal que tenía a su espalda y volver a dejarla frente a su mesa, donde reposaban los informes confidenciales que había recibido esa misma mañana. Sintetizando, había varias cuestiones esenciales; una, que se preparaba un atentado en Madrid, probablemente entre primavera y verano de 2017, tal vez coincidiendo con un partido importante de fútbol, evento que aglutinaba invariablemente a miles de personas y donde los terroristas sabían que su acción podría causar más daño; dos, que el puto árabe, tras su paso por Bilbao, se había evaporado como por ensalmo; tres, que las huellas en el monovolumen que había seguido a William Brandon, alias Lancaster, eran de todo punto inexistentes: lo habían alquilado bajo falsa identidad y en su interior no habían hallado ningún vestigio que permitiese seguirles la pista, salvo un cabello que podría ser de alguno de los terroristas... o de cualquiera que hubiese alquilado el vehículo con anterioridad, y que en cualquier caso no guardaba coincidencias genéticas con las almacenadas en la base de datos policiales; y cuatro: que en el disco duro del irlandés no había nada que pudiera considerarse ilegal o inquietante, más allá de alguna página de contactos. O el pelirrojo era muy listo, o habían errado el punto de mira.

Tyler Watts decidió recurrir al whisky para que le ilustrase respecto al camino a seguir. Después del primer trago, seguía sin saber qué hacer. Al menos tenía un probable mes: mayo, tal vez junio. El año seguía siendo incierto. Pues bien, si no había nada más, a eso habría que agarrarse y seguir en contacto permanente con Interpol para coordinar esfuerzos. Poca cosa. Ante amenazas tan inconcretas, no había mucho que hacer, más allá de la estrecha vigilancia que observaban todos los cuerpos policiales desde que el terrorismo internacional había vuelto el mundo del revés.

Cuando dio el segundo trago a su whisky, empezó a barruntar que el irlandés poco o nada tenía que ver con conspiraciones internacionales. La agente *Poppins* tendría que dar un paso adelante para despejar la incógnita de una vez por todas y concentrarse en el siguiente. Le envió un mensaje para que acudiese al centro operativo a la mayor brevedad. Lo que tenía que decirle, prefería hacerlo en persona, por más confianza que tuviese en las líneas seguras de comunicación.

Mary Davis apenas tardó cuarenta y cinco minutos en presentarse ante su superior. Este la puso al tanto de sus elucubraciones tan pronto como le sirvió un té y ella bebió un sorbo.

—No te excedas en tu intento de seducción con Banner —dijo—. Me da la impresión de que está al margen de todo esto, y no quisiera que tu integridad física o mental se viera comprometida más allá de lo necesario. Puede que tengas que reservar tus energías para otros menesteres.

Mary arqueó las cejas y se llevó la taza de té a los labios, esperando más explicaciones de Tyler.

—Seré breve y conciso —prometió el mayor Watts—. Creo que el irlandés no está metido en este asunto, ni acaso en ningún otro, más allá de haber trabado cierta relación de

compañerismo, que no amistad, con Abdullah. No hay ninguna pista que nos conduzca a él de forma directa o indirecta. Tan solo contábamos con aquella extraña coincidencia de ambos en las inmediaciones de ese atentado, que bien pudiera ser una emboscada del árabe para llevarlo allí y hacer recaer sobre él alguna sospecha y desviarla de él mismo.

—Tu teoría es razonable, Tyler —dijo Mary—. De hecho, y por lo poco que llevo tratándole, no le creo capaz de pertenecer a un comando terrorista. Es demasiado vehemente como para poder disimular. De todas formas, sabes que tengo maneras de hacerle cantar.

—Lo sé. Si puede ser, no lo demores más allá de un día o dos. Y si se confirma que está limpio, desaparece de escena.

Residencia de estudiantes,  
26 de enero de 2016

El bedel estaba concentrado tras el mostrador de recepción viendo una película cuando Mary, debidamente disfrazada con una peluca morena de pelo corto y labios pintados en rojo fuego, solicitó permiso para darle una sorpresa a uno de los estudiantes. Antes de que aquel pudiera abrir la boca para negarle el acceso, soltó tres billetes que le hicieron arquear las cejas y darle el pase sin cuestionar nada. El precio de su silencio era demasiado jugoso como para despreciarlo.

Mary llamó a la puerta de Banner, pero nadie respondió. Volvió a intentarlo, en vano. Sacó de su mochila la llave maestra y penetró sin dificultad en la habitación. Evidentemente, si fuera un terrorista, tendría que guardar unas medidas de seguridad estrictas o estar más atento ante una posible irrupción. Nada de eso: el irlandés dormía a pierna suelta con la televisión encendida. Mary sintió algo parecido a la simpatía. Aún así, sabía que no tenía tiempo que perder. Con extrema suavidad palpó la vena para inyectarle una solución de tiopetanto de sodio, el conocido vulgarmente como suero de la verdad.

Minutos después, le cacheteó los mofletes para comprobar si estaba en condiciones óptimas de confesar. Su primera reacción fue ensanchar una sonrisa de oreja a oreja al verla.

Mary le hizo preguntas rutinarias del estilo de dime tu nombre, tu edad, qué estudias, y cosas parecidas. A todas respondió con coherencia. Cuando quiso saber por qué era un terrorista y qué motivos le habían impulsado a ello, Banner arqueó las cejas con estupefacción y se bloqueó, sin saber qué contestar. Tan solo se llevó las manos a la cabeza como protegiéndose de algo o de alguien.

Mary dedujo que no había mucho más que escarbar allí, y así se lo trasladó a Tyler Watts por vía encriptada a través del dispositivo móvil, sin molestarse en disimular en su presencia. Cuando Banner metabolizase la sustancia y despertase del letargo, no recordaría nada. Ya no sentía desprecio, odio o conmiseración, sino una honda simpatía por ese muchacho que parecía tenerla en tanta estima y al que había correspondido con tal deslealtad. «Gajes del oficio», se dijo con una mueca.

Tras el interrogatorio, Banner durmió profundamente un par de horas. Mary se tumbó a su lado, controlando su respiración pausada. A ella también le entró el sueño, pero trató de vencerlo. A las seis de la mañana sucumbió. A las siete, el irlandés la despertó besándole el cuello de forma realmente agradable. Mary se desperezó y lo vio a horcajadas sobre ella.

—Oh, Dios —dijo él, estrechándola entre sus brazos—. Justo estaba soñando contigo y aquí estás. Dime que nada es mentira.

—Nada es mentira —repitió Mary, soltando esos brazos que la aprisionaban—. Pero dime tú también que todo lo que me has contado es cierto. No quisiera que el futuro padre de mis hijos tuviera nada que ocultar.

—¿El futuro padre de tus hijos?

—Pudiera ser. Alguien tendrá que serlo. ¿Por qué no tú?

—Nada me gustaría más. Pero, dime, ¿cuándo lo has decidido?

—Hace un momento. Claro que puedo cambiar de opinión.

Banner la abrazó, colmándola de besos y estrujándola antes de acoplarse sobre ella.

—No lo hagas. Solo dime que me quieres. Yo te quiero desde el primer momento en el que

te vi. Y sí, tendremos dos, tres, cinco o veinticinco hijos, los que tú quieras.

Mary soltó una carcajada mientras adaptaba su movimiento de caderas al de él. Nadie la obligaba a ello, sencillamente se dejó llevar. Cada vez le disgustaba menos el irlandés.

Castillo de Devonshire,  
marzo de 2016

William tenía unos días de vacaciones que nunca le anunciaban antes y que ahora se veía forzado a coger. Probablemente para que la tensión no le pasase factura y pudiese incorporarse después con nuevos bríos. Antes de que llegase Beatriz del trabajo, se tomó su tiempo para confraternizar con su madre, a la que tenía bastante abandonada últimamente en el plano afectivo. Anna se encontraba leyendo en la terraza acristalada. Se sentó en el butacón anexo al suyo. Ella levantó la vista del libro y extendió el brazo para rozar el suyo.

—¿Todo bien, hijo?

—Todo bien, mamá. ¿Una tarde tranquila?

—Demasiado tranquila, diría yo. Jamie lleva toda la tarde estudiando. ¿Puedes creerte que lo echo de menos cuando no está por aquí incordiando? Oh, no me malinterpretes, no quise decir exactamente eso. Me refería a que habitualmente requiere mucha atención. Pero hoy no. Probablemente, cada vez necesite menos. ¿Te has dado cuenta de que ya se va haciendo mayor? Antes de que nos queramos dar cuenta, nos traerá a casa una jovencita de la que se confesará perdidamente enamorado.

William sopesó el comentario y lo que ello llevaba implícito. Supuso que eso mismo fue lo que pensó su madre cuando, años ha, él había invitado a Beatriz a Devonshire por primera vez.

Se limitó a sonreír. Todo lo que había pasado desde entonces estaba claro. Y si su hijo Jamie, todavía demasiado joven para pensar en novias, un buen día le presentaba a alguna, tendría que valorar si era adecuada para él. Ni más ni menos que lo que su madre había hecho en su día.

El crepúsculo inundaba de luz la terraza. Anna cerró definitivamente el libro y se levantó. Antes de desaparecer de escena, se inclinó sobre él y posó un beso fugaz en su frente.

William todavía permaneció un rato más allí. ¡El paisaje era tan bello!

Luego consideró conveniente ir a la alcoba para aguardar el regreso de su esposa. Ella se sorprendió gratamente al verlo, ya que nunca sabía cuándo vendría a casa. Apenas escuchó como estacionaba su vehículo ante la entrada del castillo, esperó a que entrase para darle por sorpresa un abrazo enamorado. Beatriz ensanchó una sonrisa complacida y le echó los brazos al cuello.

—Hoy llegaste pronto —dijo.

—Y tengo una semana por delante de permiso.

Beatriz lo abrazó con morosidad. «Ojalá», pensó, «Ojalá durase siempre».

William le hubiera preguntado en ese momento qué le apetecería hacer los próximos días, pero se mordió la lengua porque evidentemente ella tendría que ir a la consulta. Qué estupidez eso de trabajar los dos, teniendo como tenían medios más que suficientes para vivir con desahogo. Pero ella lo había querido así en su inicio, y a él lo habían inducido a hacer algo parecido después. Meneó la cabeza, molesto. Ella se dio cuenta de su manifiesto disgusto, mas evitó decir nada. En parte era culpa suya esta situación.

—Al menos, podremos disfrutar de las cabalgadas del fin de semana —repuso William mientras la desnudaba lentamente y besaba su cuello, como preludio de lo que vendría a continuación.

Piso franco de Lavapiés, Madrid,  
mayo de 2017

El calor comenzaba a resultar asfixiante en el pequeño apartamento, ocupado por más personas de las que sus escasos cincuenta metros cuadrados hacían aconsejable.

La incomodidad de la convivencia en un espacio tan reducido, unida a la falta de climatización, era el caldo de cultivo perfecto para que alguno de ellos, o la mayoría incluso, empezase a dar muestras de irascibilidad e impaciencia, por más entrenamiento que tuviesen. El objetivo, pergeñado maquiavélicamente por el agente Jones, era precisamente ese.

Ignorando el malestar general por el encierro, colocó sobre la pequeña mesa del comedor varias empanadas, tortillas y ensaladas que previamente había encargado. Esperaba que saltasen sobre ellas como panteras y no se equivocó. El hambre es el primer indicador de que algo no va bien, pero no el único; hay quien se mueve simplemente por razones absurdas que tienen más que ver con el hastío que con los padecimientos. A este tipo pertenecía Hassam Abdullah, rico de nacimiento, cuyo progenitor era propietario de pozos petrolíferos en Arabia Saudí y de una cuadra de caballos árabes ganadores de todas las carreras en las que competían.

En los días que Steve Jones, alias Aitor Kutxa, llevaba conviviendo con Abdullah, quiso preguntarle muchas veces por qué. Y, de paso, darle un puñetazo por haberse cargado a *Puck*. No lo hizo. Para él estaba claro que no habría respuesta posible. Ese muchacho estaba loco, era un sociópata, no valía la pena indagar en sus intenciones, tan solo neutralizarlo cuando lo cogiera *in fraganti* para que no pudiera volver a ver la luz del sol. Intentó no socializar con él, en la medida de lo posible. No es que le hubiese importado; de hecho, también confraternizaba con colegas euzkaldunes que en las distancias cortas eran de lo más simpáticos y agradables y, sin embargo, nunca le tembló el pulso a la hora de defenestrarlos, por supuesto, desde el anonimato que le confería su pertenencia a los servicios secretos.

Los allí presentes eran las cabezas visibles de diversos comandos descontentos con el rumbo que el terrorismo internacional estaba tomando en los últimos tiempos. Algunas organizaciones habían decidido pactar con los gobiernos y dejar las armas. En otros casos, era la presión de la policía la que los tenía maniatados. Pero todos ellos eran conscientes de que no resultaba tan difícil eludir la vigilancia y provocar un golpe de efecto. El germen de ese movimiento internacional, con células radicadas en distintos puntos del planeta, era seguido muy de cerca por los países que colaboraban de forma estrecha en su erradicación antes de que lograsen llevar a término cualquier atentado. A Aitor Kutxa le cabía la satisfacción de haber conseguido aglutinarlos a todos, postulándose sibilinamente como uno de esos líderes y erigiéndose en cabeza visible de la revolución para poder desarticularlos desde dentro.

Durante la misión de vigilancia en Bilbao, en enero de 2016, aprovechó para mostrar su disponibilidad en los ambientes abertzales a la hora de colaborar en un hipotético atentado. Jugaba a su favor el hecho de no figurar en las listas de terroristas más buscados por Interpol. Sus únicos contactos con la policía no habían pasado de algún interrogatorio por desórdenes públicos tras los cuales salió en libertad sin cargos. No era considerado por los mandos policiales un cabecilla, solo un joven rebelde y algo travieso con las ideas equivocadas. Al menos, eso era lo que les constaba a sus correligionarios. Por otra parte, los largos períodos de vacaciones de la plataforma petrolífera, que de cara a la galería constituía su trabajo legal, eran muy convenientes para poder dedicar ese tiempo a otros menesteres.

Tras soltar sedal aquí y allá por las diferentes *herriko tabernas*, entre *pintxo* y *txacolí*, contactaron con él para proponerle se encargase de todo el tinglado. Su interlocutor, un tipo enjuto de barba tupida y canosa que respondía al alias de El Cura, le dio dos palmadas en la espalda cuando terminaron la reunión y, tras mirarle fijamente a los ojos, le dijo: «Confiamos en ti. Si esto sale bien, puede que te conviertas en una leyenda».

Aitor Kutxa se limitó a asentir levemente con la cabeza tras las palabras del dirigente local. Era consciente de que los euzkaldunes eran más bien prosaicos en cuestión de demostraciones afectivas. Lo que probablemente ignorase El Cura era que los ingleses tenían la misma fama. Además, El Cura ignoraba su procedencia británica.

El tema del alquiler recayó en sus manos. Resultó sencillo, gracias al apoyo logístico del MI5, que tenía la virtud de resolver cuestiones prácticas sin dejar rastro alguno. De agrupar en el piso franco a los diferentes *ciervos*<sup>[3]</sup> se encargaron otros. Él solo tuvo que ejercer de maestro de ceremonias conforme iban llegando y franquearles el paso tras decir la contraseña convenida.

Simuló muy bien su estupor cuando uno de los primeros resultó ser Hassam Abdullah. Desde el año anterior, se le había perdido la pista por completo. Los servicios secretos suponían que, sabiéndose vigilado, habría regresado a Arabia Saudí. En cualquier caso, no había dejado la menor huella de su huída, tal vez perpetrada bajo nombre supuesto. Los demás integrantes eran de lo más variopinto: dos marroquíes, tres iraníes y una mujer catarí de apenas veinte años. A esta última se le destinó uno de los dos dormitorios independientes, aunque el resto tuviese que compartir el otro o dormir en el suelo en la escueta sala de estar. Sería cuestión de ir turnándose entre ambas estancias.



Thames House, Millbank,  
enero de 2017

William se mostraba visiblemente preocupado cuando salió esa mañana hacia Londres. Beatriz había decidido quedarse en la cama un rato más, alegando cierto malestar al que restó importancia. Habrían podido desayunar juntos, algo que no solía ocurrir a diario, pero ella manifestó padecer un cansancio inhabitual y lo despidió con un beso cariñoso para después abrazar la almohada y caer presa de un sueño profundo.

William no pudo contener su desasosiego mientras arrancaba el coche. Tan pronto regresase por la noche, le sugeriría hacerse un chequeo médico para descartar una posible anemia o un bajón causado por el estrés. Él la acompañaría, porque su bienestar era su prioridad. Incluso, si sus ocupaciones se lo permitían, se acercaría a media mañana a la consulta para ver cómo se encontraba. Y tanto le daría si ella se mostraba sorprendida por su irrupción intempestiva.

Tyler lo había citado en el cuartel general, algo que solo podía suponer que habría novedades, por cuanto las reuniones personales eran infrecuentes salvo en casos así.

Como de costumbre, su instinto no le falló.

—¿Té, café, whisky? —inquirió por todo saludo.

—Té, por favor.

El mayor Watts le sirvió té, y él tomó un sorbo de lo último. El café quedó proscrito por el momento.

—Supongo que un cambio de escenario siempre resulta motivador —dijo su superior.

—Depende de dónde esté ubicado el escenario —respondió William, todavía sin alejar de él la sensación de inquietud por la salud de su esposa y temiendo al tiempo que lo pudiesen mandar a Afganistán o a Irak.

Nada más lejos de la realidad.

—Muy cerca de aquí. En Westminster. Habíamos pensado en infiltrarte en la Cámara de los Lores porque tienes derecho hereditario a formar parte, pero, como sabes, el acceso ahora está muy restringido y no queremos causar alarma alguna que induzca a la prensa amarilla a investigar más de la cuenta. Así que te incorporarás de forma inmediata a la asesoría jurídica del Parlamento. Tu misión consistirá en relacionarte con Fred Martin, el líder de Socialismo en Libertad, que, como sabrás, es un partido emergente que cuenta ya con dos diputados, aparte de él mismo. Aquí tienes un completo dossier suyo para que te vayas instruyendo e inspirando. Al parecer, juega al golf, algo absolutamente incongruente con sus ideas, más cercanas al comunismo radical que a su pretendido socialismo. Por lo visto, su padre fue caddy, y él mamó ese deporte desde que era un tierno infante. En cualquier caso, un contrasentido que lo practique, teniendo en cuenta que, según él, es un deporte elitista. Pero ya estamos acostumbrados a la incoherencia de los populistas, ¿no es cierto?

William abrió unos ojos como platos. Por lo que tenía entendido, ese deporte era de los más difíciles que existían. ¿Tendría que empezar a practicarlo por mor de las exigencias de su trabajo? Inspiró, cerrando los ojos para darse ánimos.

—¿Juegas al golf, William? —Preguntó Tyler Watts, visiblemente divertido al apercebirse de lo que había pasado en un segundo por su cabeza.

—No, nunca lo he practicado —confesó este, mordiéndose la comisura del labio.

—Pues tienes un mes para ponerte al día y conseguir un hándicap aceptable —amenazó

Tyler con sonrisa maléfica. Demasiado bien sabía él por propia experiencia que ni siquiera en diez años se podía conseguir bajar de ochenta golpes. No obstante, sus agentes tenían que lograr lo imposible. Si no, no serían los mejores.

Ante la cara de consternación de William, el mayor Watts le tendió una tarjeta de visita.

—Norman Smith ha sido el preparador de algunos de los mejores golfistas del mundo. Lo que no consiga él, no lo conseguirá nadie. Eso sí, cuando estés por debajo de un hándicap 7, tendremos que medirnos en el campo. Yo estoy todavía en un lamentable 15.

William tragó saliva. Casi preferiría perseguir al enemigo público número uno por las calles a tiros, antes que aprender a jugar al golf, deporte del que tenía unas referencias tan nefastas como que era difícil, ingrato e imposible de dominar.

Tyler, apercebido de su temor, soltó una carcajada.

—Llámalo cuanto antes. Ya está advertido de que vas a contactar con él. En cuanto a lo otro, empiezas mañana. Preséntate a Stephen Collins.

William salió de allí en extremo confundido. Tendría que trabar amistad con Fred Martin en el campo de golf, para lo cual primero debería aprender a jugar a un nivel aceptable. Luego sería cuestión de hacerse el encontradizo por los pasillos del Parlamento para buscar un punto de conexión más allá del deporte. Antes de conocerlo, decidió que sería cauto y no incurriría en errores como los que había tenido con Banner. Habría de ser Martin el que diese el primer paso, no él. Ante todo, lo primordial sería establecer unos lazos de confianza del estilo de los que solo se podían conseguir a lo largo de una partida, que podía durar más de cuatro horas y en la que los compañeros solían relajar sus tensiones laborales y hacerse confidencias. Todavía no había leído el dossier, aunque se iba formando una idea del motivo por el que tendría que ser investigado. Sin la menor duda, colijo que el diputado abrazaría ciertas ideas subversivas que lo harían relacionarse con personas poco recomendables.

Eran las once de la mañana. Sin dudarle un segundo, se dirigió hasta la consulta de su mujer, como había decidido antes. Le dijeron que estaba atendiendo a un paciente. Aguardó pacientemente en la sala de espera hasta que la vio salir para acompañarlo a la puerta. Inmediatamente, sus señales de alerta se agudizaron. Se la veía algo temblona al despedirlo. Antes de que se aperciese de su presencia, se lanzó hacia la puerta que iba a cerrarse y entró casi al tiempo que ella.

Una vez dentro, se sentó en la silla frente a su mesa y la miró a los ojos de forma interrogante. Beatriz sonrió y se masajeó el vientre, sin mostrar la menor sorpresa por verlo allí. Con probabilidad, habría supuesto que lo haría.

—¿Por ese motivo estás tan cansada últimamente? —Preguntó frunciendo el entrecejo.

—Eso parece. Acabo de tener la confirmación.

William, entonces, se mordió el labio y miró hacia la ventana. ¿Por qué no le había hecho partícipe de su sospecha? ¿No habría sido mejor que, aún antes de haberlo intuido, se lo hubiera dicho?

—Vaya, qué buena noticia —dijo, disimulando un descontento del que Beatriz se percató, que no era por la noticia en sí, que lo llenaba de felicidad, sino por la falta de confianza.

—No te enfades, amor —rogó ella—. No estaba segura y no quería darte falsas ilusiones. Sé que querías otro hijo. Por eso quise hacer la prueba para confirmarlo. Te lo habría dicho por la

noche. De hecho, tenía previsto salir más temprano hoy. ¿Tanto te disgusta?

William la miró, vio sus ojos centelleantes fijados en él y no pudo menos que reconocer que nada había en su actitud que mereciese su censura. Le agarró la mano a través de la mesa, se la llevó a los labios y la besó.

—Ya iba siendo hora de aumentar la familia —dijo, fijando en ella una mirada emocionada.

El resto de la tarde lo dedicaron a callejear hasta que a Beatriz la acometió una arcada y decidieron regresar a Devonshire. Ella se empeñó en conducir de vuelta, pese al ruego de William para que dejase su coche allí, puesto que él podría acercarla al día siguiente, en el supuesto de que se encontrase en condiciones de acudir a su consulta.

Castillo de Devonshire,  
marzo de 2016

La primavera siempre eclosionaba en Devonshire como el despertar de un nuevo día, regalando a la vista colores preciosos que iban del amarillo al malva.

Beatriz fue la primera en levantarse aquel día. Se asomó a la ventana y aspiró el aroma fragante de las flores que perfumaban el ambiente. Se sintió bien, pero algo confusa.

Impaciente por despertar a William, ideó todo tipo de estrategias. Finalmente, cuando lo cosquilleó a la altura de las rodillas, él sucumbió. Cogió sus brazos para que no siguiera torturándolo y la atrajo hacia sí.

—Te ha salido mal. Yo sé que donde tienes más cosquillas tú es en la ingle.

Unos cuantos revolcones más por la cama, y, al final, fue ella la que habló, apartándose el flequillo de la cara.

—Creo que he madurado lo suficiente como para pedirte, ahora sí, que dejemos todo de lado y nos dediquemos a nosotros.

Eso era lo que William había estado esperando día tras día, año tras año. Ahora no dejaba de ser una propuesta inoportuna. Y no sabía cómo hacerle entender a su mujer que tendría que darle un tiempo para reconducir la situación. Por eso no dijo nada. Se limitó a sonreír y apremiarla para bajar a desayunar antes de la cabalgada, difiriendo para otro momento esa conversación que tendría que esperar hasta que se le ocurriese cómo enfocarla.

Mientras aguardaban a que Paul ensillase sus monturas, seguía pensando en la mejor manera de hacerle saber que quizás ahora fuese demasiado tarde.

Beatriz no le dio oportunidad. Anticipándose a ello, dejó caer que lo dicho antes no era sino un deseo irrealizable por el momento y un autorreproche por haberlo propiciado en el pasado. Al ver la expresión dolida de su marido, que se debía tanto al cambio de parecer repentino de su esposa como a su propia impotencia para resolver la cuestión si ella hubiese insistido, le sonrió con una mirada cargada de sentimiento.

—Tal vez nos hemos complicado la vida sin necesidad —dijo, en un intento de aclarar las cosas—. Pero todavía somos muy jóvenes y hemos de rodar un poco más. Yo tengo algunos pacientes que me necesitan. De alguna manera, dependen de mí para salir adelante y resolver sus problemas. No podría dejarlos en la estacada ahora. Y tu trabajo me consta que es más importante aún. No, querido Will, dejemos las cosas de momento como están. Tal vez, más adelante podamos planteárnoslo de nuevo.

A continuación metió espuelas a *Byron* y arrancó a galopar mientras jaleaba a su marido para que intentase alcanzarla.

Así era ella: segura cuando sabía el terreno que pisaba; insegura cuando percibía cualquier mínimo indicio de contrariedad que a cualquiera le pasaría desapercibido. En esos casos, evitaba discutir. Simplemente se replegaba y decidía que había que olvidarse de ello o dejar que el tiempo pusiera las cosas en su sitio, porque ante todo anteponía la concordia y la armonía a sus propios intereses. Y siempre sacaba el lado positivo a todo.

Royal Wimbledon Golf Course, Londres,  
enero de 2017

Norman Smith era un tipo campechano y atlético para su edad, que frisaba los setenta años. Lo había citado en la cancha de prácticas y, mientras esperaba su llegada, se entretenía en lanzar bolas con su *driver*<sup>[4]</sup> a una distancia que a William le pareció descomunal. Sospechó que él nunca conseguiría nada parecido.

Le dio un apretón de manos contundente nada más verle y, sin perder tiempo en preámbulos, le dio varios consejos útiles para conseguir simplemente golpear la bola, algo que podría parecer fácil pero que no lo era en absoluto.

Tras varios intentos fallidos en los que ese artefacto esférico se mantenía irritantemente inmóvil cuando el alumno ejecutaba el swing y pasaba el palo por encima sin atinar con la distancia ni el objetivo, al final logró atizarle. Solo logró que la bola saliera rastrera unos pocos metros de forma humillante. Primera decepción y anticipo de lo imposible que resultaría el reto.

Una hora después, tras vaciar varios cubos, el profesor felicitó al neófito y lo dejó descansar por el momento.

—Tienes cualidades, y no creas que eso se lo digo a todos. Generalmente, en la primera clase pocos consiguen darle a la bola. En al menos diez ocasiones, tú lo has logrado. No te desanimes porque los intentos fallidos hayan sido superiores. Aparte de eso, tienes elasticidad y un buen giro. Te espero mañana a la misma hora. A este paso, en breve daremos la clase en el campo. Ya hablaremos del equipo que más te conviene adquirir para que sea personalizado y no tengas que seguir entrenando con estos palos de aprendizaje.

Cuando llegó a Devonshire, a William le embargaban sentimientos encontrados. Algo tenía el golf que enganchaba hasta el punto de querer seguir practicándolo. Había escuchado comentarios al respecto, pero como nunca le había llamado la atención ese deporte los ignoraba habitualmente. Ahora se veía en la tesitura de aprender sus secretos a marchas forzadas. Se vino abajo cuando golpeaba al aire sin alcanzar el objetivo en innumerables ocasiones. Sin embargo, ya casi terminando la clase, logró encontrar el punto dulce y lanzar la bola a un centenar de metros. ¿En eso consistía la adicción que a tanta gente había atrapado sin remisión? Lo cierto era que estaba deseando volver para comprobarlo. ¿Debería comentarlo con su esposa, o le parecería extraño que hubiese comenzado a practicar un nuevo deporte sin animarla a hacerlo juntos? Sería impensable que le contase que los rigores de su trabajo le obligaban a ello, porque entre los cometidos de un empleado del cuerpo jurídico del Ministerio del Interior no estaba ese precisamente. ¿Y qué pasaría cuando tuviese que adquirir un juego de palos como le había aconsejado Norman Smith? ¿Habría de ocultarlos en el maletero del coche? ¿Qué pasaría si los descubría un día por casualidad?

Si bien el trabajo de William pasaba por tener la simulación como *leit motiv*, con su esposa no era capaz de hacerlo ni quería.

Anna y Jamie jugaban al *Scrabble* antes de cenar y lo admitieron en la partida ya iniciada.

Los tres reían a carcajadas cuando Beatriz entró en la sala de estar. *Daf* se incorporó para lamerle las manos a modo de recibimiento. *Duke* gruñó a su hermano por haberle quitado protagonismo. En consecuencia, ella los acarició a los dos, apartando las cabezotas de ambos para que no se enzarzasen en la eterna lucha por el liderazgo, y se acercó a la mesa donde el grupo competía alegremente por un premio que solo era testimonial.

—¿Ya habéis cenado? —preguntó arqueando las cejas y dando a continuación un beso en la cabeza a su hijo, que apenas fue consciente por estar muy concentrado en el juego. Luego miró a William, que puso las palmas de las manos boca arriba para demostrar su absoluta falta de control en la situación.

Antes de que Beatriz terminase el giro que había comenzado a hacer para desaparecer de la estancia, habida cuenta el poco interés que su presencia había ocasionado, William se levantó de la mesa.

—Yo no he cenado todavía. Estaba esperándote.

Anna y Jamie seguían jugando, riendo a cual más.

—¿Le pedimos a Allison que nos lo suba a la habitación? —propuso William.

Beatriz asintió con un guiño de ojos.

Allison no tardó más de quince minutos en llamar a la puerta de la alcoba para dejar la cena que portaba en un carrito. Beatriz se estaba duchando en ese momento y fue William el que abrió.

—No sé si dejarte cenar antes o después —dijo este con sonrisa traviesa, una vez a solas.

—Tengo mucha hambre, te lo advierto. Pero tal vez pueda esperar un poco.

Royal Winbledon Golf Course,  
marzo de 2017

William hizo birdie<sup>[5]</sup> en el hoyo tres, un par cuatro largo y complicado, lo que lo llenó de emoción. Norman le felicitó efusivamente y le dijo que no era habitual lograrlo: los jugadores neófitos se contentaban habitualmente con hacer *doble bogey*<sup>[6]</sup>, y eso ya era mucho. En lo primero en lo que pensó fue en contárselo a Beatriz tan pronto llegase a Devonshire esa noche. ¿Pero cómo planteárselo? Apeló a su instructor para buscar soluciones, una vez ambos se hubieron duchado y degustaban una cerveza en la Casa Club.

Norman Smith entendió la zozobra que aquejaba a su alumno más aventajado y le palmeó la espalda. Al fin y al cabo, sabía de lo que estaban tratando.

—Solo tienes que proponerle dar unas clases conmigo para ver si le gusta. Conociéndola por lo que me llevas contado de ella, estoy por asegurar que se enganchará. Eso sí, tendrás que disimular que ya no eres un principiante. ¿Serás capaz?

William soltó una carcajada. Le costaría, sin duda, pero podría hacerlo.

—Bien —convino el profesor con un gesto de entendimiento.

\*\*\*\*\*

Stephen Collins era un tipo lacónico, lánguido y, en síntesis, triste. Tan pronto como William Brandon se presentó, se limitó a tenderle una mano flácida a modo de saludo y a considerar necesario conducirle a todas las estancias que debería conocer. No había el menor atisbo de alegría en su mirada ni en su ademán, pero era correcto y agradable al trato. William lo seguía un paso por detrás, valorando su interés por mostrarle la historia de cada habitáculo y explicársela. Al final, llegaron a la que albergaba la que habría de constituir su oficina en su futuro inmediato, le mostró su mesa y se despidió con un cordial apretón de manos, indicándole que estaba a su disposición para cualquier cuestión que tuviese a bien participarle.

William echó una mirada en derredor. Los pocos que había, estaban a lo suyo y no le prestaban atención, o al menos no lo parecía. Se le había quedado atrapada en la garganta la pregunta de cuál sería su cometido allí. Visto que su introductor desapareció sin decírselo, supuso que tendría que ir averiguándolo por sí mismo, como tantas veces antes había ocurrido. La incertidumbre con frecuencia agudizaba el ingenio. No tenía claro si Collins formaba parte del entramado de la Agencia y, ante la duda, sería preferible no preguntarle al respecto, no fuera a meter la pata. La comunicación con Tyler era fluida, pero tenía claro que no iba a ponerlo al corriente de todo. Su misión pasaba por cumplir las órdenes que se le iban dando sin cuestionarlas.

Ante la perspectiva de pasar varias horas mirando hacia la nada, prefirió darse una vuelta por la sala y saludar a sus compañeros. Solo había dos en ese momento: una chica que se mantenía concentrada delante de su ordenador y que apenas correspondió a su saludo levantando la mano sin mirarle, y un muchacho con gafas y barba al estilo *hipster* que se levantó para estrecharle la mano para luego volver a sentarse frente a la pantalla. Así que este era el elenco de asesores jurídicos del Parlamento Británico. Probablemente solo fueran los becarios que se encontraban

allí en ese momento. Tendría que comprobar que al día siguiente, o al otro, hubiera otros con más peso específico. No obstante, no podría minusvalorar sus aptitudes sin más. El hecho de estar allí no podía significar sino que realmente eran personas valiosas y preparadas a pesar de su juventud. ¿Acaso no era él también joven y, pese a ello, venía desarrollando una tarea crucial para la seguridad mundial?

De todas maneras, como introducción no estaba mal. Eso le permitía dedicar algo de tiempo a pensar en la mejor manera de plantearle a su mujer el tema del golf, algo que lo tenía verdaderamente preocupado. Luego relajó la tensión facial y sonrió para sí: Beatriz era muy competitiva, y un nuevo reto no haría sino aleccionarla.

Conduciendo de regreso a Devonshire, supo cuál debería ser el planteamiento.

Beatriz y Jamie acababan de entrar por la puerta trasera, ambos con atuendo de montar, y conversaban alegremente cuando los tres se encontraron en las escaleras. A ella se le ensanchó la sonrisa al verle y ambos se besaron sin demasiada vehemencia, habida cuenta la presencia de su hijo, que inmediatamente salió corriendo para cambiarse antes de la cena, algo sonrojado por las muestras de cariño de sus padres, aunque no eran inhabituales.

William ardía en deseos de contárselo a su esposa, si bien tendría que esperar el momento oportuno para que no pareciese algo provocado.

—Es absurdo —comentó mientras cenaban—, pero un compañero de trabajo me ha estado martilleando toda la mañana con las excelencias del golf. Me dijo que enganchaba absolutamente y que suponía una especie de cura de humildad porque es un deporte que nunca llegas a dominar del todo. Por supuesto, no le hice ni caso. ¡Qué estupidez!

El alegato de William surtió el efecto deseado. Beatriz se mostró interesada, algo que él captó no solo por lo que dijo a continuación, sino porque comenzaron a brillarle los ojos, síntoma que él conocía bien y que daba a entender que algo le resultaba interesante.

—A lo mejor es verdad —dijo—. No me importaría probar para ver si es cierto.

William continuó comiendo con falsa indiferencia, tomándose unos minutos para atacar de nuevo. Aprovechando que *Daf* y *Duke* parecían iniciar un nuevo desencuentro entre hermanos, los llamó a su vera con la intención de soltarles el consabido sermón de la concordia que debería presidir su relación fraternal, algo que parecieron entender muy bien... hasta el próximo conato de bronca.

—Bueno, si es algo que te apetezca, no hay nada más que hablar. Me habló muy bien de un profesor que, al parecer, ha entrenado a grandes jugadores. Si te empeñas, puedo intentar conseguir que nos dé unas clases.

Beatriz palmeó entusiasmada. La idea le gustaba. Luego frunció la boca en un gesto mohíno y se palmeó el vientre.

—Creo que voy a tener que esperar un poco hasta que este muchachito o muchachita me lo permita. Me parece que el giro del swing no será muy recomendable en mi estado. De hecho, no voy a poder volver a montar en una buena temporada. Pero tú podrías empezar ya.

Anna, que había permanecido callada durante la cena, siguiendo con disimulo la conversación como si de un partido de tenis se tratase, sonrió, si bien frunció al tiempo el entrecejo con cierta preocupación: su hijo no lo estaba contando todo. Algo en su fuero interno se lo decía a gritos. Fuese lo que fuese, e intuía qué podría ser, conseguía mantener el equilibrio. Y su nuera parecía entender a la perfección que no debería tensar la cuerda para no romperla.

Se quedó en el comedor hasta mucho después de que se hubieran retirado a descansar. Hoy les tocaba a ellos acostar a Jamie. Mientras paladeaba un whisky frente a la cristalera, reflexionó largo y tendido sobre ello y, por algún motivo, sus pensamientos derivaron hacia un tiempo



anterior que creía olvidado. Con una claridad meridiana, sospechó que su difunto marido, después de todo, tal vez no se hubiera descerrajado un tiro en la sien años atrás sin motivo aparente. Que lo hubiera hecho simplemente por hastío fue la razón que se había dado a sí misma en su momento. Ahora le parecía absurdo. En un gesto inconsciente, cruzó los dedos para que los tentáculos de la fatalidad no se cerniesen también sobre su hijo.

Castillo de Devonshire,  
marzo de 2017

El embarazo de Beatriz no estaba resultando fácil. Su ginecólogo le había aconsejado descanso en el primer trimestre, algo a lo que ella se resistía. Se encontraba bien, tan solo un poco más cansada de lo habitual. Nada realmente importante que la forzase a tomárselo en serio. No cuando sus pacientes la necesitaban. William se mostraba preocupado todo el tiempo y le rogaba bajar el ritmo de trabajo, pero ella no daba su brazo a torcer.

—Estoy embarazada, ¡no inútil! —protestaba.

William meneaba la cabeza invariablemente, molesto por su terquedad.

—Pero, Will, ¿qué problema hay porque vaya a la consulta? Sé que no voy a poder montar en los próximos meses, ni tampoco dar clases de golf. No me importa, sé que más adelante podré hacerlo. Dejar de atender a los que me necesitan ahora sí que sería catastrófico para ellos, entiéndelo.

Su marido necesitaba comprenderlo, pero no lo conseguía. Pensaba que el estrés podría pasarle factura. En ningún momento valoró la posibilidad de que ello tuviese repercusiones negativas sobre el embarazo. En su línea de prioridades, el bienestar de su esposa era lo más importante.

Pero cuando ya les habían confirmado el sexo del bebé —era una niña—, el ginecólogo insistió en que debería tomarse las cosas con más calma para evitar problemas.

Al salir de la consulta, Beatriz rompió a llorar.

—No quiero malograrlo, Will, no quiero malograrlo —soltó entre hipidos desconsolados—. Deseo esta niña tanto como tú. Pero no puedo quedarme inactiva. Sencillamente no puedo. No quiero que me pase como a mi madre. Ella... ella...

William la abrazó en la calle. Se sentía impotente para consolarla. Solo pudo estrecharla más fuerte entre sus brazos, al tiempo que le decía palabras de consuelo.

—No, mi amor, todo va a salir bien. Solo tienes que descansar, nada más. Lo que le ocurrió a ella no tiene nada que ver con esto. Por favor, no llores, no soporto verte así.

—Ella optó por desentenderse de todo... y ya conoces el final.

—Pero ella no eres tú, ni tus circunstancias son las mismas.

—Tengo su genética, ¿te parece poco?

William no supo cómo contestar a eso. Le aterraba que algo así pudiese decidir su futuro. Consiguió meterla en el coche y conducir de vuelta a Devonshire. Beatriz se dejó caer en la cama, desmadejada. Él salió al balcón para respirar.

Cuando se introdujo en el lecho, ella dormía profundamente.

Durante horas se mantuvo insomne, fijando la mirada en el techo. Que los antecedentes psicóticos de la madre de Beatriz tuviesen efecto en ella, cuyo equilibrio emocional era perfecto, lo mantuvo en vela casi toda la noche. Sería terrible que se derrumbase al recordar episodios pretéritos que probablemente guardase almacenados en su subconsciente. No tan ocultos cuando había sacado el tema, ciertamente temerosa. Al filo de la madrugada, sucumbió al sueño.

Despertó con el albur de las primeras luces del alba que se colaban por la ventana. Beatriz seguía durmiendo apaciblemente, con ambas manos apoyadas en su vientre. El primer pensamiento que tuvo William al verla en esa tesitura era que protegía a esa niña con toda la fuerza de su ser. Una fuerza que también era la suya. Si ella se venía abajo, él lo haría

igualmente.

—Nunca os pasará nada a ninguna de las dos —susurró al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Royal Winbledom Golf Course,  
abril de 2017

Los alargados tentáculos del MI5 organizaron una partida en la que William Brandon y Fred Martin eran los dos únicos integrantes. El primero ya estaba advertido, no así el segundo, que se sorprendió sobremanera al encontrarlo en la salida del hoyo 1.

—Creía que hoy jugaría solo —dijo por todo saludo, antes de tenderle la mano para presentarse—. Fred Martin.

—William Brandon. Encantado de saludarte.

—Brandon... Brandon... —repitió su compañero—. El caso es que tu nombre me suena.

—Bueno, es muy común.

—Ya, claro. Salvo que pertenezcas a la Cámara de los Lores, ¡esa cosa obsoleta! —Soltó una risotada.

William sonrió solo con los labios, disimulando el disgusto por el comentario, y comenzó a hacer estiramientos antes de golpear la bola.

—Pero no es el caso —dijo—. Por el momento, tan solo soy un mísero funcionario del Parlamento.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! Precisamente yo soy diputado en los Comunes.

—Pues lamento no conocerte, pero lo cierto es que la política no me interesa lo más mínimo.

—Por cierto, ¿qué hándicap tienes?

—Me temo que más alto que tú: 20.

—En ese caso, yo saldré primero, ya que ante todo queremos ser puristas en esto del golf y el mío es más bajo: 7.

William soltó un silbido admirativo y se guardó para sí lo petulante que le parecía su contrincante.

—Sin concesiones. Jugaremos sin hándicap, y el que pierda por golpes paga la cerveza en la Casa Club —dijo con ánimo retador.

—Me gusta tu actitud, novato —reconoció Fred Martin—. Te confieso que soy muy competitivo y nunca me salto una regla.

—Yo tampoco. Adelante.

La vuelta terminó con la victoria de William y un gesto falsamente hostil de Fred Martin, que le palmeó la espalda al terminar el recorrido.

—Esto te va a costar más de una pinta, Brandon —amenazó con sonrisa socarrona mientras ambos se dirigían a los vestuarios para tomar una ducha.

No fue difícil intimar con él. En realidad, Fred Martin era de los que fanfarroneaban mucho, y precisamente por eso era un libro abierto. Con la segunda cerveza, le narró su vida y luego quiso saber de la suya. William contó lo que pudo, que era bien poco: un contrato temporal en el Parlamento con el que poder subsistir para mantener a su madre viuda y a él mismo. En cierto modo, no mentía demasiado.

—Si vales, yo puedo conseguir que sigas ahí —dijo Fred Martin—. La política te da muchos contactos, y yo creo que los tengo. Además, ¡me caes bien, qué caramba! Y eso que tendría que odiarte porque me has ganado.

William sonrió tímidamente.

—No, no. Nunca te pondría en un apuro por mantenerme en el puesto de trabajo. Cuando

este se acabe, encontraré otro.

El diputado le miró unos instantes y luego soltó una carcajada.

—Te hace falta todavía conocer mucho mundo, Brandon. No sabes lo que hay ahí fuera aún.

En ese instante vibró su teléfono móvil, lo sacó, miró el mensaje y se puso en pie.

—Tengo que irme. Espero verte a no mucho tardar en el campo porque me lo has puesto muy difícil, y eso es un reto que me gusta. Mis compañeros habituales son bastante mediocres. Tú has dejado el listón muy alto, y además me debes la revancha. Te dejo pagada la siguiente ronda, aunque tengas que bebértela tú solo.

William condujo de vuelta a Devonshire con el ánimo más bien alto. Había conseguido ganarle a un jugador mucho más experimentado que él, y encima se había ganado su confianza. No las tenía consigo respecto a que él pudiera hacer averiguaciones, pero, visto lo visto, supuso que ni se le ocurriría. Era un riesgo evidente actuar en ese escenario bajo su nombre real, si bien parecía poco probable que Fred Martin desconfiase hasta el punto de indagar en ello. En el caso de que lo hiciese, le parecería impensable que ocupase un puesto de poca responsabilidad de ser quien su nombre le sugería. Probablemente se quedaría con la idea de que era muy común y no tenía nada que ver con el hijo del difunto Lord Brandon. Por lo que había dado a entender, estaba más interesado en otros asuntos que en indagar en sus ancestros. Y eso lo llevó a otra conclusión que no dudó en participarle a Tyler: Martin se jactaba de tener contactos gracias a la política, pero más bien parecían derivar por los derroteros de las influencias económicas que por los del terrorismo. No obstante, en sucesivas rondas de golf podría sonsacarle.

Beatriz estaba ya en casa cuando él llegó. Eso le tranquilizó. Había conseguido al menos que no condujera ella y fuese Jameson quien la llevase y trajese de vuelta cada día, amén de reducir su jornada. Era consciente de que dejar de trabajar radicalmente no le haría ningún bien a nivel psicológico, pero el hecho de que ella misma hubiese convenido en rebajar el ritmo le resultaría más saludable. No obstante, se odiaba por no poder estar más presente para ocupar esos ratos ociosos que antes dedicaba a su trabajo. Y, peor aún, que el suyo estuviese resultando tan gratificante últimamente y no poder compartirlo con ella.

—Todavía hay luz. Demos un paseo —propuso William.

Dieron un rodeo que los condujo hasta las cuadras. Beatriz saludó a todos los caballos que habitaban los boxes y los acarició a través de las rejas. *Byron* le dedicó un relincho especial de reconocimiento.

—Pronto, *Byron*, pronto —dijo. Cuando esta muchachita venga al mundo, volveremos a cabalgar.

En el box del fondo que en su día ocupó *Hugh* y que permanecía vacío, se detuvo. La mirada se le tornó lánguida. Movió la cabeza y la sacudió repetidamente para ahuyentar las lágrimas.

—Por más años que pasen, nunca podré olvidarle —confesó.

—Lo sé, querida, lo sé —dijo William abrazándola—. Por cierto, aún no hemos decidido el nombre de la futura hermana de Jamie. ¿Qué te parece Isabel?

Beatriz vaciló. Así se llamaba su madre, y temía que de llamarse igual siguiese sus mismos designios.

—No, Isabel no. Mejor Anna.

—De acuerdo. A mi madre le hará mucha ilusión.

Piso franco de Lavapiés,  
mayo de 2017

El calor y el confinamiento en un espacio tan reducido comenzó a provocar encontronazos entre los ocupantes del piso, sofocados por Aitor Kutxa sin demasiado entusiasmo. Forzar la situación tenía un claro objetivo: calibrar la capacidad de resistencia de cada uno. Salir a la terraza unos instantes era un lujo que solo les permitía en contadas ocasiones. El único que parecía mantener la calma era Hassam Abdullah, siempre distante y evitando confraternizar con los demás. No es que los otros se caracterizasen tampoco por su simpatía, pero era evidente que el saudí formaba una isla en medio de todos ellos.

Llevaban allí más de un mes y todavía Aitor Kutxa no había podido sacar nada en claro respecto a sus intenciones. El tiempo apremiaba, si se atenía a las previsiones deducidas por los servicios de inteligencia. Su tarea consistía en coordinar sus acciones individuales para que estas se produjeran de forma simultánea, pero no se explayaban demasiado. Todos desconfiaban de todos.

Los convocó en el salón a las cinco de la tarde, el momento en el que el sol entraba con más fuerza por la ventana, con la intención de soltarles una arenga que les empujase a hablar de sus proyectos de una forma más concreta.

—Estamos aquí para cumplir una misión. Tengo que deciros que la mía era valorar si estaríais preparados. Lo estáis. Habéis padecido el hacinamiento y el calor extremo sin apenas quejaros. Por eso sois los elegidos. El fin está cerca.

Mientras trataba de insuflarles entusiasmo, percibió que Abdullah salía a la terraza con disimulo, aprovechando el revuelo. Lo vio hablar sin apenas despegar los labios, pero desde donde se encontraba no podría asegurar que lo hiciese por algún dispositivo móvil. Tal vez solo estuviese rezando.

—A menos que hayáis recibido alguna instrucción distinta en la última hora, en cuyo caso tendréis que informarme de ella ahora mismo por si pudiera contravenir la que me acaba de llegar, nos atenderemos a esta última.

Nadie dijo nada. Kutxa desvió la mirada hacia la terraza. El árabe entró como si tal cosa y se quedó de pie con la espalda apoyada contra la pared.

—Necesito que estéis muy atentos —continuó, posando la vista alternativamente en la concurrencia—. Será el próximo día 31. Cada uno de nosotros portará una mochila de explosivos que nos facilitarán nuestros respectivos contactos cuarenta minutos antes, y en ese momento también nos indicarán los lugares donde deberemos situarnos, que serán una incógnita hasta entonces. Cada cual podrá elegir entre dejar la bolsa y ponerse a salvo o inmolarse con ella. En mi opinión, sería una lástima desperdiciar la posibilidad de futuros ataques, así que yo posiblemente opte por huir. Pero, repito, es una decisión personal. En cualquier caso, Madrid será un caos a la misma hora y en diferentes sitios. Y si esto sale bien, como así espero, y el equipo funciona de forma coordinada, repetiremos en otras ciudades cada cierto tiempo. Será la única manera de mantener la tensión y que el mundo empiece a tomarnos en serio de una vez por todas.

La alegría era patente en los rostros de todos esos fanáticos, que cada vez se veían más cerca de alcanzar la gloria. Solo Abdullah mantenía su impenitente gesto hierático e impermeable a las emociones.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Kutxa al verlo poco convencido.

—Por supuesto —dijo—. Eso ya está demasiado visto. Los trenes de Atocha, los aviones en las Torres Gemelas... Nada diferente ni imaginativo.

—¿Entonces he de suponer que tienes algo más impactante que sugerirnos?

—Así es.

—Instrúyenos al respecto.

—El Palacio de la Moncloa —apuntó Abdullah.

—Un magnicidio no es nada imaginativo —le corrigió Kutxa, apercibiéndose de que el saudí parecía bromear pese a que la seriedad de su semblante lo contradecía—. Y, además, imposible de perpetrar por las medidas de seguridad. En cualquier caso, podría organizarse más adelante, pero llevaría su tiempo porque requeriría infiltrarse. Y, ya puestos, yo propondría que fuese simultáneo en todos los países de la Unión Europea y en Estados Unidos. ¿Por qué no?

Ahora fue el saudí el que sospechó que el vasco pudiera estar siendo sarcástico. Este le sostuvo la mirada en una lucha de fuerzas mental y, sin esbozar la más mínima sonrisa, simuló tomarle en serio.

—Un plan demasiado ambicioso cuando contamos con tan poco margen. Centrémonos en lo que tenemos entre manos si queremos hacerlo bien, y en un futuro próximo hablaremos de ello.

La reunión se dio por disuelta y Aitor Kutxa entró en el cuarto de baño con la intención de darse una ducha. Lo hizo en menos de un minuto y dejó que el agua continuase corriendo. Necesitaba pensar. ¿A qué cojones estaba jugando el puto Abdullah? ¿Realmente estaba tan chiflado como para suponer que algo así podría llevarse a cabo sin más? Tal vez pretendiera ponerlo en práctica por su cuenta. Tal vez contase con otros recursos que él desconocía. Si desde el principio el muchacho le había provocado una gran inquietud, esa sensación no solo no disminuía, sino que se acrecentaba por momentos.

Meditó si sería conveniente comunicar a Tyler la ocurrencia del saudí y decidió hacerlo aunque estuviese convencido de que no era más que un despropósito. Pero no era de su competencia decidir qué hacer con semejante información. Que fueran sus superiores los que lo hicieran.

Castillo de Devonshire,  
mayo de 2017

Anna despertó de repente, inusualmente alterada. Miró el despertador de la mesilla, que marcaba las seis de la mañana. Demasiado temprano para sus costumbres. Intentó volver a dormir, pero no lo consiguió. Se quedó con los brazos bajo la nuca, mirando el amanecer que comenzaba a iluminar su alcoba. Los reflejos de la luz filtrándose por la ventana creaban figuras espectrales en contraste con las sombras de la habitación. Meneó la cabeza escépticamente al creer reconocer en una de ellas a Catherine, que parecía extender sus brazos hacia ella invitándola a seguirla. Meneó la cabeza repetidas veces con los ojos cerrados, convencida de estar sufriendo una alucinación. Pero cuando los abrió de nuevo, *ella* seguía allí y no parecía tener intención de moverse a menos que la hiciera caso.

Saltó como impulsada por un resorte de la cama y se dirigió al despacho de su difunto marido, guiada por ella. Esa estancia había sido inspeccionada someramente a raíz de su muerte. A partir de ese momento, quedó cerrada a cal y canto. Ella nunca había querido volver a entrar allí, y nadie lo había hecho tampoco, que supiera. La llave estaba tras el marco del cuadro más cercano, donde ella la había ocultado entonces. Lo volteó con manos temblorosas y comprobó que continuaba en el mismo sitio.

La cerradura crujió levemente para dejar paso a la habitación en penumbra. Descorrió las cortinas, dejando que la claridad del amanecer le permitiese orientarse.

Todo estaba como aquel día. Aún quedaban rastros de sangre seca sobre la mesa de escritorio, pese a la limpieza a que fue sometida.

Anna se giró sobre sí, abarcando toda la estancia, temerosa de ver a Catherine junto a ella. Estaba sola y el corazón le palpitaba con violencia. La había llevado hasta allí por algún motivo y luego se había esfumado. Catherine, Catherine... Siempre ausente y siempre presente.

Las partículas de polvo suspendidas en el aire se hacían más visibles junto a la mesa, debido a la luz del amanecer que entraba por el ventanal. Era como si se concentrasen en ese punto por algún motivo. Recordó que, cuando el difunto Lord Brandon fue hallado muerto en la silla situada tras la misma, Scotland Yard apenas había tomado muestras y concluido que todo se había debido a un desgraciado accidente, por lo que no merecía la pena investigar otras posibles causas. Y que, antes de marcharse, el equipo policial le había mostrado sus condolencias. Todo había transcurrido de forma muy rápida; demasiada, en realidad, aunque en aquellos momentos no fue consciente de lo anómalo de la situación. Nunca, hasta ahora, se había planteado que pudiera haber ocurrido otra cosa. Su marido se había comportado de forma distante casi desde que podía recordar, salvo en el comienzo de su noviazgo y en los primeros años de matrimonio, cuando era bastante más ardoroso de lo que lo fue después.

Los cajones de la mesa estaban semiabiertos. De hecho, fue lo único que inspeccionaron los agentes de Scotland Yard. Aún así, por impulso metió la mano en cada uno de ellos hasta el fondo. No parecía haber nada en ellos.

En ese momento, un fulgor que Anna achacó al resplandor del alba, se reflejó en uno en concreto, como rodeándolo de una aureola de luz. Tiró con fuerza de la manilla hasta conseguir arrancarlo. Luego introdujo el brazo hasta el final del mueble. Había un doble fondo ahí. Hurgó, pensando que no encontraría nada.

Se equivocó.



Tiró del papel con cuidado hasta conseguir extraerlo sin menoscabo. Era una carta, e iba dirigida a ella.

*Mi muy querida Anna:*

*Puede que nunca llegues a leer esto. Si es así, lo que te digo aquí morirá conmigo. Pero como te considero persona sagaz e inteligente, tengo la esperanza de que un día encuentres este mensaje. Para entonces, hará mucho tiempo ya que me fui. Puede que digan que me quité la vida o que se produjo un accidente fortuito. Nada más lejos de la realidad. Aunque parco en palabras, te quise mucho, y lamento no habértelo dicho más a menudo.*

*A punto de abandonar este mundo, solo tengo una cosa en mente, y es prevenirte contra los que procurarán por todos los medios que nuestro hijo siga mis pasos. Le tentarán con cantos de sirena, y él sucumbirá porque, aunque ahora tenga pocos años, ya percibo que es sentimental y voluntarioso, y obedecerá sus dictados a poco que lo intenten convencer.*

*Mientras tú me suponías en mi último destino como agregado de la Embajada en Argentina pasándomelo en grande, todo el día de fiesta en fiesta, ocurrieron cosas terribles que no podía contarte en ese momento. Ahora puedo decírtelo: mi misión no era tan inocente o frívola como te di a entender. No tengo tiempo de explicártelo todo porque me queda poco tiempo. Solo quiero que sepas que entre morir o ser muerto, prefiero lo primero, y que sea por mi propia mano, como un patriota.*

*No permitas que a William le pase algo parecido. Espero que esta misiva no te llegue demasiado tarde. Faltan apenas unos minutos para que vengan a por mí, y ese es el motivo por el que no he podido decírtelo en persona. Que al menos esto no llegue a manos indeseables es lo único que*

La carta quedaba interrumpida en ese punto. Junto al folio manuscrito había dos más, pero estaban en blanco. Anna se llevó las manos a la cara y sollozó. De repente se había hecho la luz en su mente.

A duras penas llegó a su alcoba, con el papel aprisionado en su mano, dudando si advertir de inmediato a su hijo del peligro. La zozobra duró apenas unos minutos. El sol estaba en su cénit y supo que sería demasiado tarde porque él ya se habría marchado.

Pasó el resto del día angustiada, aguardando pacientemente a que llegase por la tarde, si es que lo hacía, vigilando la entrada como un sabueso. Tan pronto como lo vio estacionar a la entrada del castillo, salió a su encuentro.

—Ven conmigo, hijo —le apremió—. Tengo que decirte algo importante.

Thames House, Millbank, Londres,  
mayo de 2017

William entró en tromba en el despacho, sin molestarse en llamar antes a la puerta. Vio a Tyler sentado tranquilamente tras la mesa y eso lo irritó.

—Cuéntamelo todo —exigió—. Sé que mi padre era uno de los vuestros, y que a mí no me escogisteis al azar.

El mayor Watts giró su silla hacia la ventana, dándole la espalda, se demoró unos segundos contemplando la vista que se vislumbraba desde allí y después volvió a situarse frente a él.

—Supongo que un whisky de las Highlands no será de tu agrado en este momento. ¿Un té, tal vez?

—Supones bien. Un té tampoco. Solo quiero respuestas.

—¿Respuestas a qué?

—A todo, para empezar. A por qué fui yo un elegido, por ejemplo. Venga, Tyler, seguro que puedes decirme algo.

William estaba alterado. Lo que su madre le había contado la noche anterior le había dejado estupefacto. Aunque no había tenido oportunidad de leer personalmente la misiva, el resumen que Anna le había hecho de la misma era lo suficientemente elocuente como para haberlo sacado de sus casillas.

Su superior sonrió abiertamente, al tiempo que ponía las palmas de las manos boca arriba, dando claras muestras de que su conciencia estaba tranquila y no tenía nada que ocultar.

William cerró los ojos y cabeceó unos instantes. Todo era una gran mentira, y, lo que era peor, él se había dejado atrapar en ella como en una telaraña. Sin embargo, no alcanzaba a entender el porqué.

—Ya veo que no contestas. No es que yo fuera bueno, ¿verdad?, sino que tan solo convenía a vuestros fines. Tal vez se trataba nada más de reclutar a un pardillo con un buen currículum para utilizarlo de cebo. Pues bien, el pardillo se ha dado cuenta y deja este mundo de mentiras ahora mismo.

Dicho esto, se giró con intención de largarse.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Al pronto, escuchó una carcajada discreta al fondo de la estancia.

—No es tan fácil. No puedes irte sin más.

William palideció. Aún así, sacó arrestos para enfrentársele.

—Claro que puedo. Si no abres esa puerta ahora mismo, llamaré a la policía informando de un secuestro.

El mayor Watts meneó la cabeza y puso los ojos en blanco, acompañando el gesto con una sonrisa de circunstancias.

—Siéntate y no desprecies el whisky —dijo, tendiéndole el vaso—. Te ayudará a digerir mejor lo que voy a explicarte.

William dio un sorbo y cerró los ojos con fuerza. Esperaba que lo que escuchase le convenciese porque, de lo contrario, no podría reprimir las ganas de partirle la cara al que hasta la fecha había considerado un amigo, además de su superior.

—Félix llegó a ser la mano derecha de Galtieri en La guerra de Las Malvinas. Su objetivo, el nuestro, en realidad, era que fracasase, como así fue. Entenderás que no pueda contarte los

pormenores de su cometido, pero esto debería bastarte: sus supuestos correligionarios lo consideraron un traidor y decidieron defenestrarlo. Son riesgos del oficio, y quienes se unen a nosotros son conscientes de ello.

—¿Félix era el nombre en clave de mi padre? —preguntó William, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Su ira se había apaciguado algo. La explicación del mayor Watts, si bien parca, le daba un margen a la imaginación para poder entenderlo.

—Efectivamente.

—Supongo que no podrás decirme por qué mi padre advertía a mi madre de lo peligroso que sería para mí seguir sus pasos.

—A eso no puedo contestarte. Supongo que, cuando alguien intuye que le quedan pocos minutos de vida, escribe lo que tiene por conveniente.

—Voy a ser mas directo, Tyler: ¿tengo algo de lo que preocuparme?

—El futuro es impredecible, William. Y yo no soy vidente.

William se levantó de la silla, buscando el contacto visual con su superior. Lo miró fijamente antes de lanzar una última cuestión:

—¿Tuvisteis la oportunidad de salvarlo y no lo hicisteis?

—No —repuso Watts.

Acto seguido, giró su silla nuevamente hacia el ventanal y se quedó contemplando la panorámica mientras paladeaba el escocés. El viejo tic en su bello inferior se hizo más acusado.

Kings' Arms,  
mayo de 2017

Liam Brennan estaba un poco cansado del tira y afloja con Mary. Cierto que lo de verse en el pub le ponía, y mucho, en realidad. Pero que solo se encontrasen de forma privada cuando ella lo decidía le frustraba. Había llegado un momento en el que él prefería formalizar la relación de forma más tradicional. Ella era esquivada. Eso al principio le gustaba por lo que tenía de clandestino, ahora solamente le exasperaba. Llevaban así demasiado tiempo y la cosa no avanzaba como a él le hubiera gustado. Al finalizar este curso, ambos terminarían sus estudios allí. ¿Qué pasaría después? ¿Volvería ella a Gales y él a Irlanda? ¿Dejarían de verse entonces? Tendrían que tener una charla para hablar de su futuro inmediato. Por eso la había citado en el pub.

Pasaban diez minutos de la hora prevista para el encuentro y ella no aparecía. Miró su reloj de pulsera con impaciencia. Mary era siempre muy puntual y tampoco le había avisado de una demora. Ya estaba pidiendo otra pinta en la barra cuando alguien le tapó los ojos por detrás y soltó una risita a continuación. La posible incógnita se evaporó al girarse y ver frente a él a la rubia despampanante que le tenía sorbido el seso.

—Otra para mí —pidió Mary al camarero—. Perdona la tardanza, pero tuve que ayudar a Brooke a desenrollar un collar y no te puedes imaginar lo liado que estaba.

Tan pronto como tuvieron las pintas al alcance de sus manos, las entrecocaron en un brindis.

—Queda apenas un mes para que terminemos los estudios aquí y todavía no sé a qué atenerme contigo —dijo Brennan—. ¿Has pensado en seguir *esto* después o para ti solo ha sido un pasatiempo?

Mary frunció los labios y echó la cabeza hacia atrás, en un claro intento de burla.

—¿Cuando dices *esto* te refieres a lo que pudiera haber entre tú y yo?

El irlandés asintió con la cabeza, molesto por el circunloquio.

—Ya veo que sí —dijo ella—. De acuerdo, Liam. Creo que hay algo. Pero no podemos sentar unas bases futuras sobre algo incierto. Llevamos viéndonos un tiempo y creo que ambos nos gustamos. Sin embargo, sé poco de ti y de tus amigos. De hecho, al único que conozco es a ese árabe insoportable, y no precisamente porque me lo hayas presentado tú.

—¿Te refieres a Abdullah? No es amigo mío. Es simplemente un compañero de curso. Y, por cierto, ¿de qué lo conoces tú?

—De poca cosa —dijo Mary—. Un día en que ambos corríamos por el campus, le dio un calambre e intenté ayudarlo, pero se mostró muy desagradable. Es un tipo machista y engreído.

—Ya te he dicho que no somos amigos.

—Sí, pero os he visto juntos alguna vez.

Brennan movió la cabeza repetidas veces, negando.

—Casualidad.

—No es casualidad, Liam —aseveró Mary, posando sus ojos en los de él de forma glacial—. No quiero estar contigo y saber que te juntas con gente como él. Necesito saber que puedo confiar en ti.

El irlandés puso las palmas de las manos boca arriba.

—Le negaré el saludo a partir de ahora.

—No es solo eso, Liam.

—¿Entonces qué es?

—No lo sé. Simplemente me disgusta que en tu entorno haya personas como él.

—Venga, vale, no lo discuto. A mí tampoco me gusta. ¿Contenta?

—Solo un poco.

Mary posó sus labios en los suyos, lo justo para dejarle con ganas de más.

El portero de la residencia se hizo el distraído cuando los vio entrar amartelados. Supuso que la propina se la dejarían después, pero se equivocó. Un billete de los grandes quedó sobre el mostrador antes de que la pareja desapareciera de su campo visual.

Tras cerrar la puerta de la habitación, Mary fue quitándose prendas de ropa con lentitud, ante la mirada enardecida de Brennan.

—Dile a ese puto moro que no quieres saber nada más de él o me voy ahora mismo —dijo Mary mientras se sacaba la camiseta moviéndose sensualmente y quedaba frente a él en ropa interior.

El irlandés estaba descontrolado.

—¿Ahora?

—Ahora.

Brennan cogió su móvil y envió un mensaje rápido. Mientras lo hacía, Mary seguía contoneándose. Liam tiró el teléfono al suelo y se abalanzó sobre ella. No podía más. Mary lo volvía literalmente loco. Por ella había sido capaz de hacer muchas cosas, y aún podría hacer más si se lo pedía.

Dos horas después, aún no estaba del todo satisfecho. ¿No lo saciaría nunca? Lo dudaba.

Tumbados los dos, en un momento de descanso, Mary volvió a la carga. Sabía que lo encontraría con la guardia baja. Compuso su mejor gesto de rubia tonta que se las da de lista.

—Lo siento, Liam, pero no puedo quitarme de la cabeza que ese estúpido es algo así como un terrorista integrista. ¡Tiene toda la pinta de serlo!

Brennan palideció. Mary hizo como si no se diese cuenta y siguió parlotteando como se suponía tenía que hacerlo una mujer con poco cerebro.

—Lo digo porque fue muy poco considerado conmigo. Me pareció un prepotente. —Luego, en un alarde de frivolidad e inconsistencia, hizo mariposear sus pestañas y se atusó la melena—. Voy un momento al baño y me marcho.

Una vez en el lavabo, colocó varios dispositivos debidamente ocultos. Cuando salió de allí, tenía la convicción y la esperanza, sobre todo la esperanza, de que no arrojasen resultado positivo.

Consulta de la doctora Brandon, Londres, mayo de 2017

—Hola, Jake, ¿cómo te encuentras hoy?

—Bastante bien, doctora. Creo que tengo a Jackson a raya, gracias a las pautas de comportamiento que me dio en la última sesión. Anoche intentó dominarme, pero supe sobreponerme y silenciarlo.

—¿Intentó rebelarse?

—Oh, sí, claro que lo intentó. Pero no pudo.

—Bravo por ti, Jake. ¿Cómo lo conseguiste?

—Fue difícil. Él decía que tenía poder sobre mí, que yo solo era el chico débil al que todos ninguneaban, y que si le hacía caso los dos los venceríamos. Pero recordé lo que me dijo acerca de que solo yo podría ser el líder del grupo y al final se esfumó.

—Estoy muy orgullosa de ti. Has ganado la partida, Jake. ¿Sabes lo que eso significa?

—Creo que sí, pero no estoy seguro del todo.

—Eso es que tu verdadera personalidad ha ganado a las que intentaban arrastrarla al fondo. ¡Has triunfado, Jake! Si no fuera porque estoy embarazada y no puedo beber, te invitaría a champán. Creo que por una buena temporada no tendremos más charlas, y eso me alegra. No me malinterpretes, no es por no verte, sino porque eso significa que no hay razón para ello. Eso sí, cualquier día me gustará que vengas por aquí para que me cuentes cómo te va la vida. Y, por supuesto, cualquier duda que te surja puedes comentármela por teléfono.

—Vale, doctora. Vendré cualquier día simplemente para saludarla.

Beatriz apoyó la cabeza en sus manos. Estaba moderadamente satisfecha. Ese paciente le había robado el sueño más de una noche. El trastorno de la personalidad múltiple era uno de los más complejos con los que se había topado en su trabajo, que habitualmente no pasaban de las depresiones, síndromes de angustia y otros menores. Haberlo resuelto le había devuelto la confianza en su trabajo. Y, además, llegaba oportunamente porque a no mucho tardar debería cogerse un descanso para no malograr su embarazo. William había insistido en que no era bueno para ella, ni para el bebé que venía en camino, seguir trabajando al mismo ritmo, bajo la presión del estrés. Y eso que desconocía que el ritmo cardíaco se le había disparado en las últimas semanas.

Resuelto el asunto más importante, los demás podría derivarlos a otros colegas. Por delante tenía cinco meses, que dedicaría a relajarse. Cuando se levantó de la mesa, lo hizo decidida a no volver hasta que la pequeña Anna naciese. William se llevaría una grata sorpresa cuando se lo dijese por la noche.

Condujo hasta Devonshire disfrutando hasta de los atascos, mientras escuchaba música.

Anna y Jamie cenaban en ese momento. El niño se levantó de la mesa para arrojarse en sus brazos. Beatriz lo disfrutó sabiendo que serían pocas más veces las que lo haría, ya que el niño entraría en breve en la preadolescencia y trataría de evitar tales muestras de afecto. Jamie tocó el vientre de su madre.

—¡Se ha movido mi hermana! —Exclamó.

—Y más que se va a mover si no terminas de cenar —dijo Beatriz con una sonrisa—. ¿Estás

ansioso por conocerla?

—¡Sí, mami! —Reconoció el niño.

Beatriz entró al comedor con su hijo abrazado a su vientre. Anna la saludó con afecto, pero Beatriz supo leer en su mirada que algo la perturbaba.

Royal Wimbledon,  
mayo de 2017

William no había recibido instrucciones en los días siguientes a su ácida entrevista con Tyler Watts, de manera que se limitaba a acudir a su trabajo en el Parlamento y hacer básicamente nada. Como mucho, se le pedía que estudiase alguna queja y elaborase un informe. No se veía obligado a permanecer durante un horario preestablecido allí, de manera que decidió no perder el tiempo y seguir practicando golf. Al fin y al cabo, eso formaba parte de su nuevo cometido, aunque a estas alturas dudaba de cuál fuese.

Supuso que solo la casualidad haría que se encontrase con el diputado a vigilar en el tee de salida, así que provocó el encuentro mediante una llamada a la oficina del Master Caddy. Le informaron de que Fred Martin solía jugar todos los días a partir de las dos de la tarde, salvo imprevistos.

—Perdona la intromisión —dijo cuando lo vio acercarse con la bolsa de palos al hombro—. He pedido jugar contigo porque te debo una revancha, pero si prefieres jugar solo no hay problema.

—¡Oh, sí!, ¡ahora me acuerdo de ti! —Reconoció el diputado—. Te lo voy a poner difícil. Como me ganes otra vez, creo que te haré tragar dos botellas de whisky y luego te meteré el hierro 7 por donde ya sabes. —Como quiera que William lo mirase horrorizado, Martin soltó una carcajada y le palmeó la espalda, para excusarse por su exabrupto a continuación—: Perdona que sea tan bruto. En realidad no haría nada de eso. Solo te tiraría por ese acantilado.

William sonrió guiñándole un ojo, decidiendo que tendría que adoptar su mismo tono rudo en adelante.

Volvió a ganarle. Tras finalizar el hoyo 18, Fred Martin le dio la mano con cortesía, como era habitual hacer al finalizar una partida.

—Todo un placer jugar contigo —admitió—. Pero no me puedo quitar de la cabeza las ganas de enterrarte la cabeza en la arena de un bunker y pateártela después. En fin, espero que mañana tengas ganas de volver a jugar conmigo, aunque sepas lo que te espera.

Durante la siguiente semana, William no tuvo otra cosa en la cabeza que seguir midiéndose con un jugador que teóricamente era mejor que él pero al que milagrosamente había vencido en las dos únicas rondas disputadas. Tener la mente concentrada en eso le impedía martirizarse con preguntas para las que no tenía respuesta y, lo que era peor, para las que dudaba encontrarlas. Con su madre no había vuelto a hablar de ello, ni tampoco recibió comunicación alguna de Tyler, lo cual resultaba a todas luces anómalo. Lo único positivo de esa etapa de inactividad laboral había sido el anuncio de su esposa de que en unos días dejaría de trabajar para dedicarse a cuidar su embarazo. Ello supondría pasar más tiempo juntos, algo que él anhelaba siempre. Sin embargo, también significaría momentos de confidencias a las que no podría corresponder, entre otras cosas porque su presente era incierto, y más aún su futuro. Sopesó sincerarse con ella, contárselo todo, a sabiendas de su discreción. Inmediatamente lo desechó. Si lo hiciera, no haría sino preocuparla, y tal vez ponerla en peligro. No, su peculiar situación tendría que resolverla él solo. Y para eso no gozaba de demasiados recursos. Podría preguntar en Scotland Yard las circunstancias que rodearon la muerte de su padre, pero anticipaba el resultado aún antes de



saberlo. Nadie sabría nada, y los que lo supieran no querrían o podrían decírselo. Ese hilo sería fútil. Valoró la posibilidad de tirarle de la lengua a Fred Martin, e incluso pedirle como un favor personal que tratase de averiguarlo, algo que le resultaría relativamente fácil. Otra estupidez: los servicios secretos eran herméticos. Además, no tenía la suficiente confianza con él, sin contar con que le había mentido respecto a su filiación. Sería absurdo soltarle, entre hoyo y hoyo, algo así como: «A propósito, estabas en lo cierto cuando me vinculabas con el difunto Lord Brandon, y ahora que te lo he dicho, quisiera pedirte que indagases en las circunstancias de su extraña muerte». En cuanto a la posibilidad de torturar a Tyler hasta que confesase todos los entresijos, una tontería más. Antes de que pudiese sacarle los ojos con un destornillador, tendría sobre él a dos matones que se lo impedirían. Puede que incluso él desconociese los entresijos de algo acaecido hacía años. O no. En cualquier caso, esa vía no conduciría a nada. Y tampoco sería capaz de hacerlo. Ojalá lo fuera, pero la instrucción recibida no había conseguido hacer de él un tipo duro y sin escrúpulos. No, al menos, mientras no se sintiera demasiado presionado o tuviese el convencimiento de que alguien intentase poner en peligro a su familia. En un caso así, no sabría cómo actuaría, pero puede que su reacción lo sorprendiese a él mismo.

Se encontraba en un callejón sin salida.

La única solución pasaría por hacer dejación de sus funciones y no acudir ni a las reuniones secretas a las que fuera convocado ni volver a su trabajo en el Parlamento. Después de dar mil vueltas en la cama, fue la única que le pareció realmente plausible. Tendrían que ir a buscarlo por la fuerza. Ese tira y afloja sería la única manera de forzar las cosas.

Beatriz dormía plácidamente, de espaldas a él. Abrazó su cintura con delicadeza y trató de conciliar el sueño. En medio del sopor previo a la vigilia, se veía en Argentina investigando por su cuenta.

Las imágenes oníricas suelen ser muy gráficas mientras uno se encuentra inmerso en ellas, pero lo cierto es que al despertar no pudo recordar nada.

Piso franco de Lavapiés,  
mayo de 2017

La reunión se presentaba tensa. Algunos habían comentado a sus enlaces la propuesta de Abdullah como si fuera a ser decisiva y no una mera declaración de intenciones, y ello condujo a un estado de confusión en el que no consiguieron ponerse de acuerdo respecto a la forma de proceder. Sin embargo, la orden de actuar el día previsto era incuestionable. Aitor Kutxa lo sabía y sonrió internamente. En parte, se estaba cumpliendo el objetivo: nadie tenía idea de nada, y la desorganización estaba convirtiendo aquella asamblea de fanáticos en una auténtica chapuza. El hecho de mantener la fecha a todo trance no hacía sino aumentar el descontrol, algo que podría representar un auténtico riesgo o, por el contrario, la detención de todos los cabecillas antes de consumir sus acciones, que serían debidamente interrogados para que delatasen a los jefes de las respectivas cúpulas para poder seguir tirando hilos que los condujesen hasta las auténticas cabezas en la sombra. Sin embargo, el trasfondo de la operación no era otro que sacar pecho y marcarse un tanto para poner contra las cuerdas a los estamentos terroristas mundiales. Una seria advertencia de cara al futuro en forma de bravuconada de alto riesgo. Esto no frenaría el terrorismo internacional, desde luego, pero al menos conseguiría darle un varapalo enorme y dejarlo inoperativo durante una buena temporada, lo que significaba ganar tiempo, un concepto muy valioso en cuestiones de esa índole.

Acalló el guirigay dando dos palmadas y adoptando un gesto solemne.

—Hay una evidente descoordinación en el operativo —dijo, mirando con toda intención a Abdullah—. Y, ante eso, insisto, no queda otro remedio que atenernos al plan previsto. El día 31, cada cuál hará lo que tiene que hacer en el lugar que le corresponde. Comprobad que tenéis todo el equipo preparado e informadme de vuestros pasos. No queremos fallos.

Dos días antes del día D, la grabación de Abdullah obtenida a través del dispositivo oculto en el cuarto de baño por Kutxa resultaba hartamente ambigua.

«Hay que abortar. Es muy peligroso. Estos tíos están dispuestos a todo. Repito: hay que abortar».

Kutxa transmitió el mensaje al puesto de control, pero hasta él mismo era consciente de que el contenido resultaba complicado de descifrar. Podría deberse a múltiples factores, o solo a uno. En su fuero interno se decantaba por darle una única interpretación, que a su vez le generaba varios interrogantes, uno de los cuales y tal vez el más importante, era que no significase lo que realmente decía.

Las órdenes recibidas del mando superior no dejaban lugar a dudas: que todo siguiese su curso.

Aitor Kutxa se santiguó mentalmente. Si salía bien, sería un éxito memorable. En caso contrario, los efectos colaterales podrían ser gravísimos; y las consecuencias, devastadoras.

Castillo de Devonshire,  
mayo de 2017

Beatriz se revolvió molesta, quejándose al tiempo que se masajeaba el vientre. William, que tenía el sueño ligero, se incorporó de inmediato y encendió la luz de la mesilla de noche.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé, Will. Algo no va bien. Me duele mucho y noto que mi ritmo cardíaco está muy acelerado.

Si Beatriz decía que le dolía, era porque realmente le dolía, ya que no se quejaba nunca. William frunció el entrecejo. La arropó, acarició su rostro para tranquilizarla y le musitó palabras de consuelo al oído, pero nada la apaciguaba. Parecía estar pasándolo realmente mal.

William se levantó como un resorte de la cama y llamó a emergencias. Entretuvo la ansiedad metiendo en una pequeña bolsa de mano lo que podría precisar su esposa en el hospital en lo que esperaba fuese una estancia breve.

Minutos después, la ambulancia estacionaba a la entrada del castillo, donde ya William estaba esperando para franquearle el paso. Por suerte, su madre no se había despertado. Más tarde la telefonaría desde el hospital para informarla de lo sucedido. Desde que descubriera la carta de su padre, Anna se encontraba en un estado en el que William no la había visto nunca. Se comportaba de forma mecánica, como si estuviera ausente la mayor parte del tiempo, hasta el punto de que su hijo había tenido que recabar el apoyo de Allison para que se ocupase de Jamie cuando ellos dos no estaban en casa. Con sutileza le explicó que Anna no se sentía bien y que sería de enorme ayuda que ella se encargase durante un tiempo. Allison se limitó a asentir y cumplir su cometido a la perfección, como tantos años llevaba haciendo, sin preguntas. Probablemente, ella también se hubiese percatado del estado de zozobra que aquejaba a la señora últimamente.

Durante el trayecto en ambulancia, el médico de urgencias aventuró que posiblemente se tratase de un caso de sufrimiento fetal, aunque no se atrevió a pronosticar la causa ni la solución, que deberían ser evaluadas convenientemente por el especialista. William quiso saber cuánto tiempo podría llevar saberlo con seguridad, pero el galeno no supo darle una respuesta satisfactoria. Nervioso, hizo unas cuantas llamadas, y cuando colgó la última, ordenó al conductor que desviase el rumbo al aeropuerto de Heathrow, donde los esperaba una avioneta medicalizada con dirección al hospital La Paz de Madrid, el mejor de toda Europa en Maternidad y Neonatos, en cuya azotea tomaron tierra en menos de tres horas.

Tierra del Fuego, Ushuaia, Argentina, mayo-junio de 1982

Leopoldo se estrujaba las manos con nerviosismo y no dejaba de dar zancadas por la estancia, soltando exabruptos en todos los idiomas conocidos. Su invitado lo miraba con parsimonia. Sabía que nada lo apaciguaría en ese momento, aunque lo que tuviese que decirle representase algún atisbo de certidumbre en el panorama inmediato. Solo cuando se sentó y agarró su vaso de whisky para dar un trago, Andrew Archer, alias Félix para el MI6 británico, decidió hablar, alzando al tiempo el suyo y esbozando una sonrisa que quería ser optimista.

—Brindo por la victoria de Argentina en Las Malvinas.

—Brindar, brindar —rezongó el Presidente con sarcasmo—. Brindemos, pues. Ah, por cierto, ¿por qué brindamos? ¿Por nuestra próxima derrota? *Sabés* que no podemos ganar, pelotudo. Esos *Exocet* no llegan, pese a lo que me prometiste. ¿Y cómo *querés* que lleguen si no *hacés* lo que *tenés* que hacer? ¿Los putos gabachos siguen dando largas?

Andrew Archer intentó explicarle que estaba en ello, pero que la cuestión llevaba su tiempo. Efectivamente, los franceses solo habían enviado cinco de los quince misiles prometidos, y ni siquiera les daban las instrucciones pertinentes para accionarlos. Le sugería, por lo tanto, recabar el apoyo de los ingenieros aeronáuticos argentinos para poder ponerlos en órbita.

—No. Necesitamos un golpe de efecto inmediato —dijo el general—. Puede que así el mundo se entere de una puta vez de que vamos en serio. Ya me estoy cansando de tanta desidia.

—¿En qué estás pensando, Leopoldo?

—Ni a ti te lo voy a decir, boludo. Vete, necesito pensar.

Andrew se retiró, molesto por la falta de confianza del que, hasta la fecha, había depositado en él toda su esperanza en la consecución del logro.

Dos días después, un cazabombardero Super Étandard de la Marina Argentina hundía el buque británico Sheffield en aguas del Atlántico Sur, algo que no había ocurrido desde la Segunda Guerra Mundial. Si a él le había sorprendido, la Primer Ministro Margaret Thatcher se llevaba las manos a la cabeza presa de la indignación. No era solamente el prestigio de Inglaterra, también se ponía en juego su reelección.

\*\*\*\*\*

El General comenzaba a desconfiar de Andrew Archer, si bien se guardó de hacer comentario alguno al respecto. El agente Félix, no obstante, se daba perfecta cuenta de ello. Aunque el asunto era delicado y este le había explicado que no tenía el poder suficiente para resolverlo porque había muchos intereses en juego, sabía que debía mover una nueva ficha en el tablero. Tenía poco tiempo para guardarse las espaldas. El proceso estaba abocado al fracaso, pero él necesitaba aparentar que había hecho todo lo posible, a fin de no crearse enemigos que, nunca se sabía, algún día podría necesitar tener de su parte.

Llamó a su contacto en Libia, un antiguo *marine* norteamericano llamado Paul Smith que sabía moverse en todos los terrenos. En conversaciones anteriores le había prometido conseguir

en el mercado negro los misiles aire-tierra *Exocet* que les faltaban, aunque recalcó que no serían baratos. Félix, erigido en portavoz del gobierno argentino, le había manifestado que los comprarían a cualquier precio. Y el pactado era alto: treinta y cinco millones de dólares. Paul le dijo que era cosa hecha, tan pronto depositasen el dinero en una cuenta abierta a tal efecto en un banco holandés. Así lo hicieron, pero los *Exocet* seguían sin llegar. Perú, mientras tanto, exigía la entrega de los ocho misiles que había comprado anteriormente, con la intención de hacerlos llegar a Argentina, país al que apoyaba explícitamente en el contencioso. El plan de Francia era acceder a la entrega pactada pero demorarla, por mor del pacto suscrito con Reino Unido de no ayudar a Argentina en el conflicto. En medio del *impass*, Félix lanzó un órdago a la grande proponiendo robar treinta *Exocet* de la fábrica Aeroespaciale, en Chantillon sur Seine, pero la operación fue descubierta por los servicios secretos franceses antes de que pudiese ser consumada.

Tocó otras teclas, que resultaron igualmente infructuosas porque así tenía que ser. Sabía que estaba siendo vigilado, pero confiaba en que las gestiones vanas no se le achacasen a él, ya que tenía puntualmente informado de las mismas al General, que habría podido corroborar todos sus movimientos en pro de la victoria de Argentina. Para él, Andrew Archer era un británico amigo del Gobierno argentino, cuya actividad había sido brillante. Hasta el momento. Ahora se había convertido en persona non grata. Leopoldo ni siquiera se molestó en decírselo cara a cara.

A escasas fechas de finalizar la guerra, recibió en su residencia temporal bonaerense un anónimo en el que su nombre aparecía tachado con una cruz de color rojo, debajo del cual habían escrito la frase: «Traidor, eres hombre muerto».

Antes aún de participárselo al MI6, y en una suerte de comunicados cruzados, Félix recibió de la Agencia un mensaje escueto: el juego había terminado y Argentina no iba a ganar esa guerra ni con intercesión divina, gracias en gran parte a su labor dilatadora y a las labores diplomáticas con Francia por parte de compañeros suyos. Tendría que volver de inmediato a Londres por su propia seguridad.

Regresó a Inglaterra con una falsa identidad, justo el día de la rendición y aprovechando el barullo. Había apurado el tiempo al máximo y sabía que, a pesar de sus precauciones, lo seguirían hasta allí. Pero, si tenía que morir, que al menos fuese en su casa. Su extenuante trabajo había sido impecable: Las Malvinas seguirían bajo soberanía británica. ¡Qué motivo tan estúpido para morir, todavía en la flor de la vida! Dejándose la piel por un territorio tan lejano del que ni siquiera tenían el más remoto conocimiento la mayor parte de sus compatriotas.

Fue parco en palabras cuando se encontró en Devonshire. En el poco tiempo que medió hasta su fin, se preguntó muchas veces si había merecido la pena. Y visto que los suyos no iban a poder impedirlo, se dijo que no. Bien sabía él que unos cuantos guardias armados vigilando las entradas, ocultos en las sombras, se verían incapaces de evitarlo, máxime con tantos posibles recovecos por donde podrían acceder sus ejecutores.

No fue capaz de mostrarse mínimamente cariñoso al reencontrarse con su esposa. Solo le dio un frío beso de cortesía, sin ofrecerle la menor explicación por el viaje que los había mantenido alejados varios meses. Mejor así, mucho mejor que ella pensase que había sido un marido superficial y esquivo antes que añorarle después. Prefirió que, tras su muerte, no quisiera ni tan siquiera recordarlo. Tanto había sido su distanciamiento en el tiempo reciente, antes aún de embarcarse en la que sería su última misión, que ambos tenían habitaciones distintas. Pero los

minutos que intuyó le quedaban, dos días después de su llegada, los dedicó a escribirle unas frases para declararle el amor que nunca le dijo de palabra y advertirle de que los amigos, muchas veces, resultaban implacables y peligrosos. No confiaba en que encontrase la misiva enseguida, tal fue el celo que puso en ocultarla a ojos de sus captores, pero estaba convencido de que lo haría algún día y su contenido le proporcionaría algo de paz. Puede que entonces entendiese la razón y el porqué de todo, aunque no lo comprendiese. Todo había sido una estúpida pérdida de tiempo. Pero ya no había lugar para lamentaciones. Que al Imperio Británico le cudiese la victoria.

Dejó la misiva deliberadamente inconclusa. Cuando los pasos resonaron en la antesala de su despacho, la ocultó en un cajón secreto del escritorio, cogió la pistola y aguardó a que la puerta se abriese. En ese momento, la apuntó directamente a su corazón y se disparó a quemarropa. Inmediatamente, un hilillo de sangre comenzó a manar y su cabeza se desplomó sobre la mesa. Uno de los intrusos se acercó al cuerpo mientras los otros dos vigilaban la puerta.

—No será necesario darle el tiro de gracia —constató—. El que este mismo desgraciado se ha pegado es mortal de necesidad. Dejémosle que agonice y vámonos antes de que venga alguien.

Hospital La Paz, Madrid,  
27 de mayo de 2017

—Hábleme con toda franqueza —rogó Beatriz—. También soy médico, así que puedo entender lo que pasa, aunque mi especialidad no sea la suya.

El galeno sonrió y le tomó una mano con afecto.

—Puesto que somos colegas, y, por cierto, también compatriotas, me vas a permitir que te tutee.

—Por supuesto —accedió Beatriz—. Dime entonces, doctor...

—Roberto Sanz, pero puedes llamarme simplemente Rober. Bien, te cuento: la niña parece ser un poco revoltosa y se ha movido más de la cuenta. En consecuencia, hay un pequeño lío con el cordón umbilical. Nada que no podamos resolver con una intervención relativamente sencilla mediante laparoscopia. Por lo demás, sus constantes vitales se encuentran dentro de los parámetros normales.

Beatriz le devolvió la sonrisa. Consciente de que el médico todavía estaba allí, le apretó la mano que todavía sostenía la suya.

—Gracias, Rober. ¿Cuándo será?

—En un par de horas, como mucho. Tan pronto el anestesista valore la dosis que necesitas, que supongo será la mínima porque confiamos en que sea rápido. De esa manera también será más breve el postoperatorio y podrás regresar muy pronto a casa.

Beatriz cruzó los dedos mentalmente, deseando fervientemente que una fatalidad no malograra el embarazo. ¡Deseaba tanto esa niña!

William no podía aguantar la ansiedad mientras Beatriz estaba en el quirófano. Ciertamente que los pronósticos eran buenos, pero cualquier cuestión que la atañese le generaba una honda preocupación. Lo de menos era el bebé que albergaba en su seno. En una escala de prioridades, y si tuviese que prescindir de uno de los dos, la elegiría a ella sin dudarlo. Tan pronto se lo dijo en su fuero interno, cabeceó incómodo. Preferiría no tener que renunciar a ninguna. Quería ya al bebé, aún sin conocerlo todavía, pero Beatriz era toda su vida. Caminó a grandes zancadas por el pasillo mientras aguardaba. Cuando el cirujano salió para informarle del resultado, se puso tenso antes de escuchar lo que tuviese que decirle.

—Todo ha salido bien —dijo este—. No ha surgido ninguna complicación y el problema se ha resuelto satisfactoriamente. Ahora su mujer solo necesita descansar un poco y recuperarse. Vaya a tomar algo a la cafetería mientras la suben a planta. Puede que tarde un rato todavía.

—Gracias, así lo haré —dijo William, para después inquirir—: ¿Cree que, de no haber venido aquí, la situación hubiera sido... digamos... complicada?

En cierto modo, esperaba que el cirujano lo felicitase por la precipitada decisión tomada.

El médico se tomó unos segundos antes de contestar.

—No soy vidente, e ignoro lo que habría pasado si ustedes se hubiesen quedado allí para comprobarlo, pero estoy convencido de la profesionalidad de mis colegas ingleses. En cualquier caso, lo importante es que el resultado ha sido el esperado, así que da igual que haya sido aquí o en Londres.

Mientras observaba a su mujer, todavía adormecida, a William lo embargó la sensación de haber actuado de forma desproporcionada, incluso temeraria. ¿Y si la avioneta hubiese sufrido un accidente en el trayecto? ¿No habría sido más lógico acudir sencillamente a un buen hospital de Londres? Allí habría conseguido también una atención inmediata gracias a su influencia y contactos. Su impulsividad podría haber tenido fatales consecuencias. Notó cómo un sudor frío le recorría la nuca al tiempo que el corazón le palpitaba a demasiada velocidad. Pero en ese momento Beatriz le pidió agua, y eso consiguió que el principio de un posible ataque de ansiedad quedase arrinconado. Le acercó el vaso a los labios, dejándole dar un pequeño sorbo. Por el momento, era todo lo que podía beber, por recomendación de la enfermera.



Castillo de Devonshire,  
27 de mayo de 2017

—Abuela, ¿van a volver pronto mis padres? —preguntó Jamie.

—Claro que sí. Ya sabes que tuvieron que salir de viaje. Anda, come, que se te va a enfriar —murmuró Anna, moviendo la mano como el que aparta una mosca molesta, al tiempo que entrecerraba los ojos. La maldita cefalea no la abandonaba últimamente.

El niño no quedó muy convencido. ¿Qué viaje era ese tan urgente que les había impedido despedirse de él? Sabía que le ocultaban algo y eso le dolió, pero su abuela hoy no estaba demasiado parlanchina y creyó inútil sonsacarle algo más. Finalmente se encogió de hombros, suponiendo que en breve le llamarían para explicarle el motivo.

Terminó de cenar sin mucho apetito y pidió permiso a su abuela para ir a su habitación. Cuando lo obtuvo, le dio un beso protocolario y en absoluto tan zalamero como solía. Ni tan siquiera se molestó en acariciar a los perros antes de salir. Anna se percató del desánimo del pequeño, pero contarle la causa de la precipitada ausencia no habría hecho sino aumentar su comezón: Jamie estaba entusiasmado con la próxima llegada de su hermana, y saber que había estado en peligro lo llenaría de zozobra e inquietud. Por suerte, Allison estaba allí para echarle una mano. Le propuso jugar al ajedrez antes de acostarse. Siempre y cuando pudiese ganarle rápido, aclaró con un guiño. Eso bastó para que la competitividad del niño tomase delantera a sus preocupaciones y se olvidase por un rato del disgusto por la desacostumbrada reacción de su abuela.

Cuando se encontró sola en el comedor, Anna echó una mirada en derredor y se sintió más sola aún. Pensó que las fuerzas le fallarían antes de llegar a su alcoba para acostarse, que era lo único que deseaba hacer. Aún así, se dirigió allí.

*Daf* y *Duke* la siguieron a distancia y se tumbaron frente a la puerta en ademán protector. No hubo gruñidos esta vez. Ambos alzaron sus cabezas para mirarse directamente a los ojos y convenir en que la seguridad de su dueña era lo más importante.

El sueño no venía en su auxilio. Con los brazos bajo la nuca, Anna estuvo contemplando el techo durante horas, completamente insomne. El problema surgido en el embarazo de Beatriz la tenía muy preocupada. También el hecho de no haber podido sostener una larga conversación con su hijo desde que le confesara sus temores a raíz del hallazgo de la carta del difunto Lord Brandon. Su hijo siempre fue en extremo reservado con ella, pero habría agradecido cualquier comentario tranquilizador por su parte. Después de tantos años transcurridos desde el suceso, pudiera ser que la advertencia contenida en la misiva careciera ya de trascendencia. En cualquier caso, oírsele decir a William la habría confortado.

Justo en ese momento vibró su móvil, que descolgó con premura.

William la informó acerca del resultado de la intervención. Su voz sonaba tranquila al otro lado del hilo y ella suspiró, aliviada en parte.

—Javier llegará probablemente mañana porque se encontraba en Estados Unidos cuando le he telefonado.

—Sabes que yo también puedo ir, si me necesitáis —dijo Anna.

—No hace falta, mamá. Que estés en casa para cuidar de Jamie es indispensable, mucho más que venir aquí, y te estamos muy agradecidos por ello. Mañana le llamaré. Seguro que se estará preguntando por qué nos fuimos sin despedirnos de él, pero estaba durmiendo y despertarle solo

habría conseguido ponerle nervioso.

—Estás en lo cierto. No deja de interrogarme, y yo tampoco sé muy bien qué decirle. Ahora está durmiendo, después de jugar una partida de ajedrez con Allison a la que, naturalmente, ha ganado. O tal vez ella se haya dejado ganar —Una risa discreta se escuchó a través del cable, y después un carraspeo—. En fin, dale un beso de mi parte a Beatriz. En el desayuno le diré a Jamie que has llamado y que hablarás con él a mediodía.

Tras colgar, volvió a recostarse, envuelta en el silencio de la noche. Estuvo tentada de ir a la alcoba de su nieto para dormirse abrazada a él, pero le habría dado un susto de muerte. Escuchó el reloj de péndulo situado abajo, marcando el paso de las horas impenitentemente. A las cinco entró en un liviano duermevela.

Catherine abrió las ventanas, dejando penetrar una corriente de aire frío al albur de la madrugada. Cuando Anna despertó de su frágil sueño y vio las cortinas meciéndose al capricho del viento, en lugar de sentir miedo le preguntó en voz alta qué demonios trataba de decirle. Tan pronto lo verbalizó, el movimiento cesó y todo quedó en calma. Anna sonrió. En esa sucesión de actos supuestamente sobrenaturales encontró cierta paz.

Piso franco de Lavapiés,  
31 de mayo de 2017

Aitor Kutxa observó con afán escrutador la actitud de los siete aspirantes al Reino de los Cielos prometido por el Profeta, tratando de descifrar cualquier gesto revelador, por imperceptible que fuese. Cierta renuencia en alguno de ellos, una zozobra o vacilación le habría valido para interceder en su favor cuando todo esto terminase. No vio nada de eso ni por asomo, solo determinación en sus miradas de autómatas iluminados. Todos parecían decididos a ejecutar lo que tuvieran que hacer. Aitor Kutxa mantuvo el rostro imperturbable mientras les daba salida de uno en uno a intervalos de quince minutos, recordando a todos que, una vez estuviesen en sus puestos, escribiesen desde sus móviles el mensaje convenido de antemano («Hi, how are you?») en la carpeta de borradores del correo electrónico al que solo ellos tenían acceso.

Cualquier usuario con acceso a la cuenta podía verlo, pero sería difícil de rastrear para un tercero ajeno porque, al no enviarse, no pululaba por la red. El hecho aparente de desconocer de antemano las posiciones en las que se situaría cada uno, y todas las medidas de seguridad tomadas, habían sido necesarios para que ninguno desconfiase de la existencia de topos en la organización temporal. Lo había, evidentemente, pero ellos lo ignoraban. Como también ignoraban que sus mensajes serían redirigidos automáticamente a una aplicación que detectaría sus ubicaciones a tiempo real desde ese instante, a partir del cual incumbiría su seguimiento al grupo especializado encargado del operativo y liberaría al agente Jones, hasta entonces Aitor Kutxa, de cualquier tipo de responsabilidad posterior.

Los lobos solitarios que hoy iban a volar al paraíso no mostraban nerviosismo; si acaso, cierta satisfacción insensata al considerarse unos elegidos.

Kutxa juramentó en su fuero interno, tras leer sus expresiones faciales carentes de empatía o arrepentimiento. Acto seguido, se cagó mentalmente en toda la descendencia de Mahoma y en los que habían decidido interpretar sus enseñanzas de la forma más radical para poner el mundo patas arriba. Esta era, con diferencia, la misión más arriesgada de su vida. Todo podía salir bien o tener unas consecuencias nefastas. En el primer caso, esos chavales serían reducidos y encarcelados de por vida... si ellos llegaban a tiempo de evitarlo. Cuando fuesen conscientes de que no iban a alcanzar la gloria celestial de esa manera, tendrían tiempo en su larga estancia en prisión para recitar todas las *suras* del Corán varias veces al día, si les apetecía. Y, de paso, contar con pelos y señales quiénes, dónde y cuándo les habían engañado y reclutado. No se permitía la tortura en las detenciones policiales, pero había formas mucho más sutiles de obtener información sin necesidad de derramar sangre. Al fin y al cabo, este tipo de gente era muy valiente antes de que llegase el momento real de inmolarse matando. En el momento previo a tirar de la anilla que los catapultaría a la felicidad eterna, muchos dudaban y no llegaban a hacerlo. Pero había un porcentaje, que no por escaso era desdeñable, de los que estaban dispuestos a todo. Esos eran los potencialmente más peligrosos. Los radicales fundamentalistas que no entraban en razón, los fanáticos a los que los razonamientos no podían persuadir de su error porque estaban convencidos de que tenían la verdad de su parte. Había que erradicarlos a todos. Imposible hacerlo de golpe porque se reproducían como esporas. Se trataba de ir neutralizando células con cuentagotas, de anticiparse a sus movimientos o, como era el caso, provocarlos para que se manifestasen y así ganar una pequeña batalla al tiempo. Probablemente, luego surgirían otros tantos, pero para eso estaban los que, como Steve Jones, se dejaban la piel

en ello, conscientes de que no sería fácil, ni ellos infalibles.

Si salía mal, si surgía cualquier contratiempo o alguno decidía actuar por su cuenta saliéndose del guión, sería un auténtico desastre de consecuencias incalculables. Más valía no pensar en ello porque el plan, sencillamente, no podía fracasar. Aunque los terroristas creyesen tener libertad de acción hasta cierto punto, ignoraban que el operativo se había calculado al milímetro, y los diferentes cuerpos policiales estaban coordinados y en contacto permanente. Había francotiradores en las azoteas de los edificios más altos de la ciudad, millares de agentes de paisano pertenecientes a Europol e Interpol desplegados a pie por las calles más céntricas e incluso hasta el extrarradio, y helicópteros preparados para despegar en décimas de segundo.

El último en salir del piso fue el saudí. Mientras le franqueaba la puerta, Aitor Kutxa le sorprendió con un gesto de camaradería que podría parecer desacostumbrado, puesto que apenas habían cruzado más allá de dos o tres frases durante su período de convivencia allí: le palmeó la espalda en un claro intento de transmitirle ánimos, al tiempo que, con extraordinaria rapidez, adhería un nanochip en su mochila. Abdullah apenas movió los labios en un conato de sonrisa que más bien parecía una mueca, sin pronunciar palabra alguna.

Diez minutos después, él mismo salió del apartamento y se dirigió a paso ligero al vehículo que le esperaba a un par de manzanas de allí, oculto en un callejón.

Hospital La Paz, Madrid,  
28 de mayo de 2017

La evolución del bebé era óptima, por lo que el doctor Sanz les informó de que Beatriz sería dada de alta en breve. Mientras tanto, aconsejó a esta dar largos paseos por los pasillos para desentumecer los músculos. Ella iba recuperando su optimismo y alegría habituales, que se acrecentaron cuando su padre irrumpió en la habitación. Javier se deshizo en excusas alegando la lejanía del lugar donde se encontraba cuando William le había llamado para informarle de la situación, inmerso además en una negociación complicada, a pesar de lo cual había tomado el primer avión. Esos pretextos pueriles le recordaron a Beatriz cuando años atrás tenía la convicción de que su padre odiaba las complicaciones y solía rehuirlas por temor a enfrentarse a ellas. En aquel tiempo pretérito llegó a considerarlo algo superficial y egoísta, y se dejó llevar por un odio irracional hacia él. Después fue consciente de lo injusta que había sido juzgándolo así porque desconocía las razones por las que en el pasado se había comportado de aquella manera. Cuando se había sincerado con ella, Beatriz lo había entendido hasta cierto punto. No del todo, pero era su manera de ser y le quería porque era su padre. En cualquier caso, no estaba dispuesta a empezar otra vez a cuestionarlo. Había venido, y eso era lo que importaba.

Después de saludar afectuosamente a su suegro y departir brevemente con él, William se ausentó para dejarlos charlar un rato a solas. Le apreciaba de verdad. De hecho, la simpatía y el afecto eran mutuos desde que se habían conocido.

Aún no había cerrado la puerta de la habitación tras de sí cuando sonó una llamada entrante a la tarjeta *sim* secreta de su dispositivo móvil que solo podía proceder de Tyler. Desde su agria discusión no había vuelto a tener noticias suyas, hasta el punto de creerse, ingenuamente, liberado del compromiso contraído con la Organización con aquella simple renuncia verbal. Dudó si descolgar, pero de nada le serviría no hacerlo. Además, tenía por costumbre enfrentarse cara a cara con las complicaciones.

«Sé que estás en Madrid y por qué. Me alegra que todo se haya resuelto. Pasado mañana va a haber una operación a gran escala. Steve Jones, al que ya conoces, está al mando. Has de dirigirte a la dirección que te mandaré cifrada, aunque no tiene nada que ver con lo anterior.»

William respondió de inmediato, sin tomarse un segundo para meditar antes de hacerlo.

«Creía que había quedado claro que me desvinculaba de esto»

«Déjate de tonterías, Lancaster, y obedece a tu superior. Cuando acudas al sitio que se te indique, te dirán lo que has de hacer. Y tranquilo: tu cometido no tiene nada que ver con disparos ni bombas.»

Tras el último comentario, que a William se le antojó harto sarcástico, la comunicación se cortó. Dos segundos después escuchó un nuevo tono de mensaje. Lo leyó, memorizándolo, y luego eliminó toda la conversación.

Un sudor frío comenzó a perlarle la frente. Bajó a la cafetería y pidió un café. Mala idea. Hubiera sido mejor una tila concentrada.

Cuando regresó a la habitación, Javier ya se había marchado, no sin antes prometerle a Beatriz volver al día siguiente. Ella veía en ese momento un documental en televisión, uno de esos de naturaleza que tanto le gustaban. William sonrió y besó su frente, intentando alejar la preocupación que lo embargaba. Que su suegro estuviese allí al día siguiente para entretener a Beatriz era muy oportuno, porque de esa manera podría acudir a la cita sin levantar sospechas.

No obstante, la incertidumbre lo devoraba. ¿Qué demonios podrían querer de él en Madrid?

Esa noche apenas pudo dormir.

La enfermera acudió temprano para dar la medicación a Beatriz y ayudarla a asearse en el cuarto de baño. Poco después le trajeron el desayuno. Mientras lo tomaba, Javier entró en la habitación con un libro que le tendió, conocedor de que su hija era una gran lectora. William aprovechó para escabullirse con un guiño tras las saluciones de rigor.

Cervecería Alemana, Madrid,  
29 de mayo de 2017

El interior del local estaba prácticamente vacío a esas horas. William se sentó en la mesa situada al fondo a la izquierda, aguardando la llegada del enlace. A las diez en punto, un hombre entró con aire despistado y le preguntó dónde estaba el cuarto de baño. Sin esperar respuesta, se agachó para atarse los cordones de las deportivas y dejó adherida en la parte inferior de la mesa una nota y algo parecido a una tarjeta. Dos minutos después salió. Los camareros ni repararon en él, ocupados como estaban atendiendo las comandas de la terraza, atestada de clientes mayoritariamente extranjeros.

«Hotel Ritz, habitación 202, reservada a su nombre. Allí recibirá más instrucciones.»

William conocía Madrid. Al menos, lo suficiente para saber que el Ritz no estaba mucho de donde se encontraba. La temperatura era agradable, y andar un poco le sentaría bien.

Aprovechando que un grupo de turistas acaparaba la atención del recepcionista en ese momento, caminó hasta los ascensores con decisión y pulsó el número de su planta.

Sobre la cama había un smoking desplegado. Junto a él, otra nota, algo más extensa:

«Cóctel en nuestra Embajada hoy, a las 19:00 h., para presentación de credenciales del nuevo embajador acreditado en Madrid. Un coche lo recogerá a las 18:45 h., a dos manzanas del hospital hacia el este. Acude como alto funcionario del Ministerio del Interior, bajo su propio nombre. Misión: observar. La habitación está reservada hasta el día 1 de junio.

P.D: Pruébese el smoking»

Mientras se dirigía a La Paz en taxi, William iba maquinando qué podría decirle a Beatriz para justificar su ausencia a esa hora. Finalmente, llegó a la conclusión de que lo mejor sería una verdad parcial.

Ella leía con concentración, tanta que no se percató de su presencia hasta que él le dio un beso en la frente. Al pronto, frunció el entrecejo y cerró el libro sobre su regazo.

—¿Un paseo aburrido? —Preguntó al ver su gesto de fastidio.

—Peor que eso —se lamentó William—. Da la casualidad de que, al parecer, esta tarde hay un acto de presentación de credenciales de nuestro nuevo embajador en Madrid. Y, como saben que estoy aquí, aunque todavía me pregunto por qué, agradecerían mi presencia por cuestiones protocolarias. Lo de *agradecer* es un eufemismo, porque más bien me fuerzan a ir. Pero me da igual que lo consideren una falta de cortesía ya que no pienso ir. ¡Tendrán que entender que no estoy aquí por trabajo!

—Pero, Will, ¡no puedes hacer eso! —Protestó Beatriz con vehemencia—. Por supuesto que no. Yo estoy bien, así que no hay nada más que hablar.

—Solo porque tú me lo ordenas —accedió William, haciendo un gesto realmente cómico al tiempo que se cuadraba militarmente.

—Y ahora haz el favor de bajar a la cafetería a comer algo. ¡Es otra orden, soldado!

\*\*\*\*\*

Tanto los familiares de pacientes ingresados como el personal médico se ponían a la cola en riguroso orden para elegir los platos del bufet. William cogió una ensalada y un yogur. Notaba el estómago tan encogido que sabía que sería incapaz de ingerir nada más. No era tanto por la circunstancia que los había llevado hasta allí, afortunadamente resuelta de forma satisfactoria, como por la sensación de no tener libertad de movimientos y de sentirse vigilado. No había comunicado a Tyler su precipitado viaje; sin embargo, este lo sabía.

El hombre rubio sentado dos mesas más allá de la suya, a la derecha, le resultaba vagamente familiar aunque solo lo veía de perfil. Comía concentrado mientras revisaba unos folios, mirando de tanto en tanto por la ventana. Portaba bata, de donde dedujo que sería médico residente. William no podía apartar la vista de él, del flequillo lacio que le tapaba media frente, de su actitud absorta.

Mirarle con tanta insistencia provocó que él girase la cabeza en su dirección y estableciesen contacto visual. Fueron apenas unos segundos, pero a William le resultaron suficientes para darse cuenta de que se trataba de Víctor, *el vikingo*. Este, por el contrario, no pareció percatarse de quién era. Ignorándole, se levantó de la mesa y salió. William dudó que fuese una puesta en escena calculada. Le pareció evidente que ese tipo vivía inmerso en su propio mundo.

A William se le formó un nudo en el estómago al revivir los celos que había sentido por su idilio adolescente con Beatriz, pese a que eso había ocurrido años atrás. Sabía que el romance terminó de forma abrupta, coincidiendo con el momento en el que ella se había ido a vivir a Londres con su padre. Cuando la conoció en el colegio King Edward, se enamoró como un completo idiota. Beatriz nunca le contó las razones de la ruptura, se mostraba hermética a ese respecto, y a él le costó mucho ganarse su confianza. Durante mucho tiempo, aún después de consolidado su noviazgo, sospechó que en el corazón de ella todavía quedaba un rescoldo de lo que había sentido por ese chico. Un rescoldo que podría reavivarse en cualquier momento, a pesar de los inútiles intentos de Beatriz por convencerle de que eso no ocurriría jamás. Hacía años que no hablaban de eso y William había terminado por olvidarlo, pero, al saber que ahora estaban tan cerca, pensó que las casualidades no existían, y que tal vez la fatalidad lo había vuelto a poner en su camino. Un camino en el que los tres eran ya personas adultas.

Estaría bien pedirle información sobre él a Tyler, y a punto estuvo de hacerlo. En ese momento se sintió importante. «Tengo medios para neutralizarte, imbécil». Luego cabeceó, incómodo consigo mismo, reprochándose su conducta infantil pero cruzando los dedos para que el destino no tuviera a bien organizar un encuentro casual entre ambos. Si eso ocurriese, le gustaría estar presente para partirle la cara.

Se encaminó a la habitación, abandonando cualquier ansia de venganza. Beatriz dormía la siesta. Se sentó junto a ella y le cogió la mano. Faltaban un par de horas tan solo para ponerse en camino al Ritz y vestirse de gala.



Embajada del Reino Unido en Madrid,  
29 de mayo de 2017

El embajador, de pie a la entrada de la sala de recepciones, estrechaba la mano de los invitados con cordialidad. Saludado el último, todos se dispersaron en pos del refrigerio, situándose junto a las mesas repletas de aperitivos.

William cogió una copa de vino de la bandeja que un solícito camarero le ofreció y deambuló sin rumbo. Cansado de dar vueltas, se arrimó a un grupo que conversaba animadamente, sin ánimo alguno de entablar conversación. Le habría resultado difícil presentarse y meter baza debido a su carácter reservado, de manera que se limitó a sonreír a los presentes mientras tomaba algún canapé con aire distraído. Una dama de porte elegante que frisaría los cincuenta años, la única que pareció percatarse de su presencia, le devolvió la sonrisa.

—Rose Gallagher, agregada cultural de esta Embajada —se presentó, tendiéndole la mano—. ¿Y usted es...?

—William Brandon, del Cuerpo Jurídico del Ministerio del Interior en Londres.

La mujer se sorprendió, sin molestarse en disimularlo.

—¿Y qué hace aquí?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo William—. Lo cierto es que me encontraba en Madrid estos días por motivos ajenos a mi trabajo y he recibido invitación para venir.

—Ni siquiera lo dejan a uno en paz cuando está de vacaciones, ¿eh?

William carraspeó ligeramente.

—Bueno, no exactamente de vacaciones. Lo cierto es que mi esposa tuvo un problema médico y está ingresada en estos momentos en el hospital de La Paz. Pero sí, ni siquiera por estas circunstancias uno puede evitar las reuniones sociales.

—Oh, espero que no sea nada grave —dijo Rose, dirigiéndole una mirada empática.

—Afortunadamente, no —reconoció William—. Todo se ha resuelto satisfactoriamente y en breve volveremos a casa.

—¡Cuánto me alegro!

En ese momento, la dama se giró sobresaltada tras escuchar la carcajada estentórea de uno de los contertulios en medio de la narración de un episodio de caza en el que, al parecer, había intervenido recientemente. Con tanta vehemencia lo contaba, sin molestarse en suavizar los aspectos más escabrosos, que Rose lo miró con el entrecejo fruncido, esperando a que terminase de hacerlo antes de pronunciarse. El relato continuó unos minutos más, durante los cuales describió con todo lujo de detalles y sin que la menor compasión se reflejase en su semblante que el ciervo al que había disparado consiguió escapar de sus perseguidores hasta llegar al borde de un precipicio, donde los perros comenzaron a despedazarlo, todavía vivo, mientras él luchaba desesperadamente por desprenderse de ellos. Finalmente, todos ellos se despeñaron.

—En resumen, que no pudimos cobrar la pieza, y encima se llevó por delante a diez de mis mejores perros —concluyó el cazador, coronando el comentario con otra carcajada.

Su reducida audiencia no se contagió del ambiente festivo ni le rio la gracia. La mayoría arqueó las cejas con disgusto y fue ausentándose de forma gradual. Solo Rose, empalidecida y con gesto grave, se atrevió a enfrentársele, enarbolando el dedo índice a pocos centímetros de su nariz.

—Si lo que has contado ha ocurrido de verdad y no es una mera bravuconada producto de tu

mente enferma, me pareces el ser más vomitivo y abyecto que conozco, Roger —le espetó en tono glacial—. Espero que nunca, ¡nunca!, tengas la oportunidad de repetir algo semejante. Por lo que a mí respecta, haré todo lo que esté en mi mano para apartar de la escena pública a gente como tú y prohibir prácticas abominables como esta. Considérame desde este momento tu peor enemiga. Sabes que hablo en serio.

Después abandonó el lugar, asqueada y sin despedirse de William, que quedó como única compañía del caído en desgracia Roger. Este soltó un bufido poniendo los ojos en blanco y miró en derredor suyo buscando algún tipo de complicidad, pero la única persona que tenía cerca era William, un completo desconocido, que tampoco dio muestras de querer entablar conversación con él. Por el contrario, se alejó disimuladamente, pensando que si Beatriz, que aborrecía cualquier tipo de maltrato animal, hubiese estado allí, habría apoyado a Rose explícitamente. Él también era del mismo parecer, pero no tenía la menor intención de polemizar, aunque le hubiese gustado afearle la conducta. Lo único que quería era largarse de allí cuanto antes. Cuando su padre intentó aficionarle a la caza en su más tierna infancia, era algo diferente de como lo había relatado ese hombre. Había que aguardar durante horas la aparición de la presa, y, una vez se tenía a tiro, disparar. El fogonazo tenía que ser certero. Su padre siempre le dejó muy claro que nunca el objetivo tendría que quedar malherido. Visto así, no era tan cruel, o, al menos, nunca se lo había planteado en esos términos. El difunto Lord Brandon le insistía en que lo acompañase en sus partidas, pero él siempre ponía alguna excusa para no ir. Lo cierto era que bien temprano empezó a cuestionarse la racionalidad de ese deporte. Y al conocer a Beatriz y su opinión al respecto, no pudo mostrarse sino de acuerdo con ella. No había nada de racional en ello, tampoco instintivo. Una cosa era cazar para comer y sobrevivir, y otra muy distinta hacerlo por diversión. Su primera escopeta, la que le regaló su padre por su séptimo cumpleaños, nunca llegó a estrenarla. Recordó también una de las conversaciones que había tenido con ella en el King Edward a propósito de prácticas crueles, en la que ella le recriminaba que en Inglaterra siguiese practicándose la caza del zorro, a lo que él había contraatacado con el tema de las corridas de toros en España. Quedaron en empate técnico en esa ocasión porque ninguno tenía en sus manos la posibilidad de abolirlas.

Cuando se dirigía a la salida, un camarero con un enorme bigote tropezó con él derramando una copa de vino sobre su smoking.

—Mil disculpas, señor —se excusó el empleado con la cabeza baja—. Permítame que se lo limpie. Acompañeme, por favor.

—No se preocupe, no tiene importancia. De todos modos, ya me iba.

—Insisto. En dos minutos no quedará ni rastro.

Por no desairar al hombre, William lo siguió dócilmente a través de un largo pasillo que supuso conduciría a la cocina, y que efectivamente lo era porque en ese momento salieron de la estancia sita al fondo otros camareros portando bandejas con vituallas en dirección al salón de recepciones. Pero no se detuvieron allí, sino que el asistente, seguido por él, continuó por una bifurcación que doblaba en L a la derecha, abrió la puerta de lo que parecía una sala de estar privada y le invitó a entrar. Una vez dentro, cerró, se despojó del bigote postizo de un tirón y lo miró, buscando un reconocimiento por parte de William.

—¿Tanto he cambiado?

William abrió los ojos estupefacto. No podía ser verdad. Alguien le estaba gastando una broma, y de muy mal gusto además.

—¿De qué va todo esto? —Atinó a preguntar con labios temblorosos.

—Tranquilo, no soy un fantasma. Para eso ya tenemos a Catherine. Por cierto, ¿sigue

apareciéndose?

William se desplomó en la butaca que tenía a su costado ignorando el chascarrillo, al que no encontró la menor gracia en tales circunstancias. No cabía la menor duda de que era una alucinación. Tal vez alguien hubiera echado en su bebida algún psicotrópico, porque ¿cómo entender que tuviese delante a su padre, muerto hacía más de veinticinco años? Meneó la cabeza repetidas veces para negar lo evidente. Tenía entendido que los espectros no envejecían, y, sin embargo, el que decía ser su padre aparentaba más de cincuenta y cinco. Ni más ni menos que los que tendría de no haber fallecido cuando él apenas contaba diez años.

—Eras un niño cuando sucedió aquello, y supongo que te traumatizó —continuó Lord Brandon—. Llevaba puesto un chaleco antibalas. El tiro fue real, y la herida también, pero no letal. Tenía que apuntar cerca del corazón, lo suficiente para que saliese sangre y me dieran por muerto. Simulé estarlo, y mis perseguidores así lo creyeron. Después, todo fue una pantomima que no hubiera podido llevar a cabo sin la inestimable ayuda de mi leal Jameson, que, por fortuna, todavía sigue en Devonshire. Tu madre apenas fue capaz de verme desde la puerta cuando él la avisó, y casi se desmaya a causa de la impresión. El féretro donde supuestamente yacía estuvo cerrado durante el funeral, y evidentemente se enterró una caja vacía. Entenderás por qué no pude volver a contactar con vosotros desde entonces.

—¿Sabes que durante años te odié, papá? —Contraatacó William, poniéndose en pie—. Al principio me creí a pies juntillas lo de tu estúpido accidente de caza, pero después barrunté que en realidad te habías quitado la vida a conciencia. No podía entender el motivo por el que lo habías hecho, ninguno me parecía tan importante como para dejar una viuda y un hijo de pocos años que, además, te idolatraba. Sí, te odié por ello. Me faltaste cuando más te necesitaba. A mi madre también. ¿Y ahora quieres hacer borrón y cuenta nueva? Vamos, por favor, como si no hubieras tenido forma de comunicarte con nosotros para hacernos saber, al menos, que estabas bien.

—Era imposible, durante años no estuve seguro. Y ahora tampoco tengo la certeza, aunque probablemente esté más cerca. Si lo hubiera hecho antes, podrían haberme seguido el rastro y eso os habría puesto en peligro.

—¿Por qué, papá?

—Solo lo hice para protegeros. ¿Te parece poco motivo?

—¿Eres conciente de que nunca podrás volver a retomar tu vida tal y como era antes?

—Demasiado bien lo sé —se lamentó Lord Brandon—. He arruinado mi vida por un patriotismo que me dio la patada en el culo, y solo te pido que no arruines la tuya.

—¿Acaso sabes algo de la mía? Te diré que tienes un nieto, Jamie, y una niña que viene en camino.

William se dirigió a la puerta con ánimo de marcharse, consciente de que no podría arrancar ninguna otra explicación a su padre. Este lo detuvo posando una mano en su hombro.

—He visto a Jamie. Un gran jinete y un crío muy inteligente.

William lo miró de hito en hito.

—¿Cómo es posible...? —abortó la frase antes de terminarla.

—Que esté en la clandestinidad no me ha impedido seguiros la pista y estar al tanto. Todavía tengo contactos y sigo en nómina —dijo Lord Brandon con un guiño que quería resultar desenfadado pero que dejaba traslucir una honda pesadumbre—. No le reprocho a tu madre que hubiera intentando rehacer su vida.

—Mamá no ha rehecho su vida, si te refieres a tener una relación o algo así. Y desde que descubrió tu carta oculta, está fatal, como ida. Imagínate que ahora le dijese que todo aquello fue

mentira y que sigues vivo. La trastornaría por completo.

—No puedes hacerlo.

—Desde luego, no soy imbécil. A menos que seas tú el que se lo diga, si es que puedes y quieres.

—Tal vez algún día...

—Dime una cosa más —lo interrumpió William—. ¿Acaso tienes otra familia en algún lugar, una familia que piensa que eres un trabajador del metal, un honrado camarero o un funcionario del Estado?

—Negativo. Soy un nómada.

—Dirás que te has convertido en un mercenario a sueldo —soltó William, haciéndose una composición de lugar—. Terminemos con esto. No te he visto hoy, moriste hace años y estás enterrado. Es todo lo que tengo que saber.

—Espera, hijo. Al menos dime que te alegras de verme.

—Sí, me alegro de saber que no has muerto, pero no tanto de todo lo demás. Me has creado una confusión mental que me va a costar tiempo asimilar. Y mucho más disimular que lo sé.

Padre e hijo se fundieron en un abrazo. Cuando William salió de la estancia, el vacío que dejara años atrás en su corazón la muerte de su padre se había vuelto de una negrura intensa.

No podía continuar trabajando para el MI5. Cualquier día podría ocurrirle algo parecido a él.

Hospital La Paz, Madrid,  
29 de mayo de 2017

Eran cerca de las once de la noche cuando William llegó al hospital, todavía vestido de smoking. Habría sido una pérdida de tiempo innecesaria cambiarse en el Ritz, máxime cuando su esposa sabía que había acudido a una recepción en la Embajada y no se extrañaría al verlo volver de esa guisa.

Beatriz dormía con un rictus sereno. El libro que había estado leyendo se encontraba apoyado en su regazo. Con seguridad, habría tratado de mantenerse despierta hasta que él llegase, pero la medicación y la lectura terminarían por vencerla. William la observó unos minutos con ternura, y también con determinación. Tenía que poner punto y final a ese absurdo de una vez por todas. No había nacido para el espionaje y se reprochó haberse dejado llevar por una mera cuestión de vanidad. No era amante de la acción ni el riesgo. Odiaba los subterfugios, los tejemanejes y la intriga. Lo único que quería era lo que ya tenía, lo más valioso: su familia. Lo demás le importaba un rábano. Cuando hubiera conseguido liberarse de sus obligaciones, le contaría a Beatriz todo lo que había estado haciendo este tiempo y el motivo por el que se lo había ocultado. Ella lo entendería. Volverían a retomar su apacible vida, tan grata, a disfrutar de nuevo de los paseos a caballo, de ver crecer a sus hijos, de envejecer juntos sin secretos. Meneó la cabeza con los ojos cerrados al pronunciar en su fuero interno esa palabra porque la entrevista con su padre todavía le quemaba dentro. Se planteó qué pasaría si se lo confesase a su madre. Mentalmente analizó las posibles hipótesis. Por un lado, podría ser que saberlo la trastornase por completo. Por otro, que, conociendo la causa de su comportamiento, eso le diera paz para entenderlo. Pero su padre había sido claro al respecto: no debía decírselo bajo ningún concepto, y él era fiel a la palabra dada. Al tiempo, había apuntado, siquiera de forma sutil e imprecisa, la probabilidad de hacerlo personalmente en un futuro. Por lo tanto, debería mantenerse neutral e ignorar ese episodio, por mucho que le costase.

Cuando despertó, tras un duermevela intranquilo, eran las nueve de la mañana y Beatriz ya había desayunado. Al verlo volver a la vida consciente, sonrió con un gesto amoroso que a William lo desarmó. Más aún lo que dijo a continuación.

—No sé si te dije alguna vez lo mucho que te quiero.

—Creo que sí, pero nunca es suficiente.

—Deberías cambiarte de ropa, Will. ¡Tu smoking está arrugadísimo! Mientras damos un vuelta, me contarás con pelos y señales qué tal te fue en la recepción. Por cierto, ¿dónde lo compraste?

William se frotó los ojos con somnolencia, aunque era más un gesto para ganar tiempo que real.

—Lo alquilé —dijo, componiendo un mohín de alguien pillado en falta—. Tendré que devolverlo más tarde.

—Me ha dicho el doctor que puedo salir un ratito fuera del hospital para airearme, así que te acompaño a la tienda de disfraces.

A William le entró un ataque de tos repentino al escuchar la propuesta.

—No te preocupes. Hay un servicio de recogida en la planta de abajo.

—Parece que todos los residentes de este hospital han asistido al cóctel para que pongan un servicio de recogida de trajes de gala —apuntó Beatriz con ironía.

William arqueó las cejas y tan solo fue capaz de sonreír ante el comentario sarcástico, escabulléndose hasta el cuarto de baño para darse una ducha y ponerse algo más informal.

Tras un par de kilómetros de caminata, colgados del brazo y charlando de trivialidades, Beatriz se detuvo con los ojos cerrados para dejar que el sol radiante le acariciase el rostro. Unos pocos días encerrada en la habitación habían bastado para hacerle sentir cierta claustrofobia. De regreso, meditó en que la gravedad que mostraba el rostro de su marido era extraña. De hecho, fue consciente en ese instante de que no era algo reciente. Seguía siendo el mismo, pero la conexión que siempre habían tenido llevaba un tiempo fallando. Era como si una parte de su vida le estuviera vedada. Un cambio tan sutil que no sabría decir en qué momento se había producido. Probablemente, de forma gradual. Se prometió analizarlo con calma y en profundidad tan pronto como sus vidas volvieran a la normalidad, algo que, según los pronósticos del doctor Sanz, ocurriría muy pronto, a lo sumo dos o tres días. No obstante, intentó obtener una respuesta inmediata, aunque en su fuero interno sabía que no sería clara.

—¿Qué pasa, Will?

—Perdona, estoy cansado. Han sido muchas cosas últimamente y me han superado. Estaba preocupado, nada más. Por ti y por la niña.

Cogió su mano, apretándosela con cariño, pensando que con eso ahuyentaría la sombra de la desconfianza.

Beatriz lo miró a los ojos.

—Pero hay algo más. Sabes que no puedes engañarme. La niña está bien, yo estoy bien, así que alguna otra cosa te tiene trastornado.

Al cabo de unos minutos, y como quiera que William, por más que se esforzó, no encontrase la mejor manera de mentirle, la atrajo hacia sí para darle un beso apasionado.

—Espero que esto te haya respondido —dijo—. Pero tienes razón: hay cosas que no puedo contarte ahora. Solo te pido un poco de tiempo para que pueda hacerlo. ¿Confías en mí?

Beatriz decidió que, fuese lo que fuese, se lo diría llegado el momento.

—Tus besos no mienten, William Brandon.

Residencia de estudiantes,  
29 de mayo de 2017

Mary ronroneó, tumbada en la cama, tan pronto como escuchó girar la llave en la puerta.

Liam Brennan entró en la habitación y se mostró sorprendido y disgustado por su presencia, algo que habitualmente le resultaba más que agradable.

Se acercó a ella, la besó fugazmente en los labios y alegó tener que ir al baño con urgencia. Desde la puerta del lavabo le guiñó un ojo con desenfado, gesto que Mary tomó como algo impostado. Como un resorte, se levantó para colocar en la pared un dispositivo de escucha. El sonido de la cadena del water interfirió unos segundos, pero después escuchó con total claridad la conversación que mantuvo con alguien, si bien era evidente que hablaba mediante códigos cifrados. La capturó y envió, tratando de dilucidar lo que significaba mientras volvía a tumbarse sobre la cama en actitud provocativa a la espera de que Brennan saliese del baño.

—Perdona, cariño. Acabo de recibir una llamada de casa y tengo que irme inmediatamente. Mi padre está muy mal. Ha sufrido un infarto y no saben si saldrá de esta. Voy a sacar el billete. Mañana te informaré de las novedades.

Mary intentó atraerlo hacia sí, pero Banner esquivó sus muestras de cariño. Por el contrario, tecleó en el ordenador, imprimió un papel y comenzó a meter prendas de ropa sin orden alguno en una maleta que sacó del armario a toda prisa, cogió el móvil y su portátil, le acarició la mejilla con dos dedos y salió de la habitación con el entrecejo fruncido. Todo en menos de quince minutos.

Una vez Liam hubo cerrado la puerta, la agente *Poppins* conectó el GPS a su dispositivo y fue siguiendo sus pasos en las siguientes cinco horas: Uber, Heathrow, Madrid. Era evidente que no había ido a Irlanda a ver a su padre moribundo.

Si no fuese porque dejaría rastros de ADN que después tendría que limpiar, le habría encantado escupir en el suelo con desprecio.

Thames House, Millbank, Londres,  
30 de mayo de 2017

—¡Llamada código uno! ¿Le doy entrada, señor? El remitente es desconocido, pero solicita contacto directo con usted. Estamos rastreándola.

—Por supuesto —Tyler Watts giró en su silla ergonómica 180 grados y se mantuvo pegado al aparato—. ¡Allo?

—*Poppins* al habla. He utilizado esta vía porque he tenido un problema de conexión con el dispositivo. Banner está en Madrid. He detectado una conversación sospechosa que acabo de remitirle. Y otra cosa más: se ha producido hace dos minutos un atentado en Belfast reivindicado por un grupo disidente del IRA, aunque supongo que ya tendrá noticia.

—Mantente a la espera mientras escucho el audio.

Inmediatamente lo reenvió al equipo para su descifrado y destruyó la vía de acceso, retomando a continuación la conversación con la agente *Poppins*.

—Sácale toda la información posible a ese hijo de puta. Me da igual el método que utilices. Y después, haz con él lo que quieras. En cuanto al atentado en Belfast, positivo, estoy enterado, aunque las noticias aún llegan confusas. Los chicos están trabajando en ello.

—De acuerdo, Tyler. Pero tendré que desplazarme para hacerlo.

—Autorización concedida.

Mary telefoneó a Liam Banner. Aunque no era idiota, tenía que asegurarse. El teléfono no estaba operativo. Al segundo intento, le dejó un mensaje que vino rechazado instantes después por el servidor. Finalmente, le remitió un email con una breve frase a la que suponía contestaría inmediatamente en tono festivo e ilusionado:

*«Te fuiste tan rápido que no pude decírtelo: ¡Estoy embarazada! Espero que vuelvas en breve para celebrarlo»*

No hubo respuesta en las dos horas siguientes. Transcurrida la tercera, comenzó a impacientarse. No dudó ni por un segundo de que el irlandés estuviera loco por ella, si bien era consciente de que sus oscuros secretos no estaba dispuesto a compartirlos con la chica de sus sueños. Posiblemente creyera que podría tener dos vidas y ocultarle una de las dos a ella, el muy imbécil. Por supuesto, lo de su embarazo era mentira, que para eso tomaba sus precauciones. El hecho de que no contestase a semejante noticia, hizo que soltase un bufido iracundo.

Había cosas que Mary no podía tolerar, y una de ellas era sentir su vanidad herida. En este caso, eran dos vertientes las que entraban en juego: la personal y la profesional. Juntas eran letales.

Tyler le había dado carta blanca para neutralizarle y no desperdiciaría la ocasión. Sonrió ante el espejo mientras se pintaba los labios. Ya era noche cerrada cuando se dirigió al aeropuerto.



Madrid,  
30 de mayo de 2017, 5 a.m.

Mary se dirigió al discreto hotel en el que había hecho la reserva, el mismo donde se alojaba Brennan. Tras hacer el check-in, por supuesto con nombre falso, dejó la pequeña bolsa de mano en su habitación, activó la tarjeta maestra y penetró con sigilo en la del irlandés. Este dormía vestido sobre la cama, como si tuviera intención de levantarse en breve. Se sentó en un butacón frente a él, regodeándose en el momento en el que lo viera despertarse. No dejaba de resultarle anómala la aparente ingenuidad de Liam. Si alguien más quería dar con él y tenía los medios para averiguar su paradero, le habría resultado tan fácil como a ella.

«Eres demasiado confiado para moverte en estos terrenos, amigo, salvo cuando tomaste de modo preventivo el antídoto al tiopetanto de sodio, y todavía me pregunto por qué», pensó meneando la cabeza con gesto un tanto desconcertado. «Ya tendrás oportunidad de explicarme por qué lo hiciste.»

Eran casi las seis de la mañana y por la ventana comenzaba a penetrar la claridad rojiza del alba.

—Hola —saludó festivamente Mary tan pronto como sonó un pitido procedente del reloj de pulsera de Liam y este se despabiló.

—¿Qué haces aquí? —Exclamó estupefacto, incorporándose en la cama.

—Ya ves. Quería apoyarte con el tema de tu padre, pero resulta que era mentira.

Mary chasqueó la lengua al tiempo que se levantaba de un brinco para esposarlo. Tan rápido fue el movimiento que lo pilló desprevenido.

—No me hagas esto. Sabes que te quiero.

—Claro, y yo a ti también —afirmó con una carcajada gutural—. Pero supongo que lo último que esperabas era encontrarme aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Te has vuelto loca? —Bramó Liam, tratando de liberarse de las esposas inútilmente.

—No, querido —Meneó la cabeza Mary con un guiño—. Te aseguro que estoy perfectamente cuerda y muy consciente de lo que voy a hacer a continuación. Solo espero que tengas una buena voz de tenor, porque vas a cantar hasta La Traviata. O, si lo prefieres, alguna canción de los Corrs, si te va más el pop de tu tierra. Pero, digas lo que digas, esta vez no te creeré. En aquella ocasión conseguiste engañarme, hasta que me di cuenta de que habías tomado el revulsivo al tiopetanto. Ahora no lo has hecho, ¿me equivoco? Así que tienes dos opciones: o me dices por las buenas en qué andas metido, o te lo inculco y confiesas por las malas. Probablemente elija esta opción, ya que, como te he dicho, no creo que seas sincero, y aplicarte el tercer grado a las bravas me desagradaría bastante porque aborrezco la sangre, salvo que sea absolutamente necesario. Eso sí, me intriga muchísimo saber por qué fuiste tan precavido ese día y no cualquier otro. ¿O es que lo tomabas todos los días, no fuera a ser...?

—Por favor, Mary, deja que te explique —rogó Brennan con un hilo de voz.

—A ver si lo entiendes: me da igual que ruegues, implores o supliques. Por cierto, ¿leíste el email donde te decía que estaba embarazada?

—¡No! ¿Cómo iba a leerlo si estaba viajando? ¿En serio estás embarazada? ¿El niño es mío?

—Oh, vaya, la duda ofende. Acabas de empezar a cavar tu fosa. En fin, haré como si no te hubiera oído. Creía que lo harías como lees los de tus colegas terroristas. De todas formas, no era verdad, así que puedes respirar tranquilo porque no vas a ser papá. Pero vamos a lo nuestro: haz el favor de no ponerme las cosas difíciles porque me has cabreado mucho y no me imagino hasta dónde podría llegar.

El quejido de Brennan era apenas audible. Realmente parecía estar amedrentado, a menos que lo simulase.

—No lloriquees, por favor —pidió Mary mordiéndose el labio—. Vas a conseguir que disfrute más todavía.

—Eres una psicópata.

—¿Yo una psicópata?

Mary soltó una carcajada al tiempo que caminaba alrededor de la cama donde yacía Brennan recostado, apuntándolo con una *beretta*.

—Voy a pasar por alto el insulto porque me resbala —dijo Mary—. Lo único que quiero es que me digas lo que pretende el puto árabe, ya sabes, Hassam Abdullah o como cojones se llame en realidad. No os conocíais pero sí os conocíais, ¿verdad? ¿Es o no es lo que pensamos que es? ¿Por qué estás en Madrid? Solamente esto. Si respondes bien, puede que vivas. Si me mosqueo solo un poco, a lo mejor se me dispara la pistola sin querer. Así que habla de una vez o pasamos a la siguiente fase.

—No es lo que estás pensando —dijo Brennan.

Mary se llevó la pistola a la sien, lo miró como se podría mirar a un niño que ha cometido una travesura y le advirtió:

—No juegues conmigo. Te quedan exactamente dos minutos para confesar. Después, adiós, mon amour. Nadie encontrará nunca tu cadáver.

—Te equivocas —dijo Brennan—. Abdullah no es un terrorista. Yo tampoco. Solo estamos intentando detener esto.

—¿Detener qué?

—¿Acaso no lo sabes? Pues la oleada de atentados organizados por ELLOS para poder cargarles el muerto a los OTROS. Será mañana. Empezará sin víctimas e irá in crescendo hasta que las haya. Eso les dará motivos para la represión. Si hay muertos, se dirán a sí mismos que fueron efectos colaterales.

—No me creo nada. Si hay atentados, será porque ocurren realmente.

—Cree lo que quieras. Es la realidad.

—Pero eso no me aclara quién eres tú ni qué pintas en esto.

Liam Brennan meneó la cabeza con un gesto que dejaba traslucir lo mucho que le fastidiaba la situación.

—Está bien, te lo voy a explicar y acabemos con esto cuanto antes. —Hizo una pausa, posó en ella unos ojos que destilaban decepción y continuó—: Tanto Abdullah como yo pertenecemos a la contrainteligencia y luchamos por el mismo objetivo que tú, si bien lo hacemos de forma diferente. Sabemos que se van a perpetrar una serie de acciones mañana en Madrid organizadas a nivel internacional para anotarse un tanto y coger a unos cuantos desgraciados. Con eso pretenden llegar a la cúpula, pero no lo conseguirán porque la cúpula es inexpugnable. Desde hace años, esa gente está instruida para no tener conocimiento alguno de sus contactos mediatos. Así que los que caigan, caerán, pero será difícil que puedan averiguar mucho más. Escucha, Mary, esto se les está yendo de las manos. Las consecuencias, no solo por lo que pueda ocurrir sino por lo que vendrá a continuación, serán nefastas. Nosotros solo intentábamos abortar el

operativo desde dentro. Tienes que creerme —remachó.

—¿Quieres decir que todo esto es un complot internacional para frenar el terrorismo y que, encima, provocará más confusión y desorden y no lo conseguirá? —Repitió Mary parodiándolo con sarcasmo.

—Así es.

—Pero sabrás dónde cojones están los líderes del Daesh y demás acólitos.

—No, nadie lo sabe. Hay capas demasiado superpuestas y no hay forma de llegar a ellas salvo que durante años te ganes su confianza, algo a lo que todavía no hemos llegado. Sobre todo porque los mismos países que las combaten son los que las mantienen activas y operativas suministrándoles armas.

—Espero que no te estés quedando conmigo para que te suelte porque no pienso hacerlo. Además, el papaíto de tu colega es uno de los mayores traficantes. Perdona, pero no me lo creo.

Brennan frunció los labios.

—Lo suponía. Como supongo que tu misión consistía en enamorarme para que cantase, sin saber a qué te enfrentabas ni por qué tenías que hacerlo. Te diré que lo primero lo conseguiste, y no era fácil, pese a lo que pudieses haber imaginado. ¡Enhorabuena! Te doy un sobresaliente. Pero, visto lo visto, no me va a resultar difícil desapegarme porque el engaño ha matado lo que pudiera sentir por ti. Y eso es todo. Ahora, si no te ha gustado la explicación, puedes dispararme.

Mary Davis cerró los ojos unos instantes. En esa tesitura le resultaba más fácil reflexionar. El irlandés parecía sincero, aunque demasiado sincero si había recibido instrucción, como ella, para enfrentarse al tercer grado del enemigo. Tal vez en eso consistiera su estrategia. Pero tampoco podía descartar que fuese verdad, o una parte de la verdad, lo que acababa de contarle. Para resolver el enigma, no quedaba otra opción que sonsacarle mediante el plan B.

Cuando él la vio extraer de su bolsillo una pequeña cánula, supo que no le había creído del todo o que, al menos, necesitaba confirmarlo.

«Bravo, Mary, eres toda una profesional. Me siento orgulloso de ti», pensó Brennan.

—¿Prefieres tomarlo con agua o con alcohol? —Preguntó Mary arqueando una ceja—. También existe la opción de inyectártelo en vena, aunque los efectos serán más duraderos.

—Lo sé. Gracias por la cortesía. Con agua, por favor. Si lo tomo con whisky, siempre podrás decir que alteró la confesión. Adelante, dame el veneno. No queda demasiado tiempo.

Madrid,  
31 de mayo de 2017

La ciudad amaneció con la habitual actividad de una gran urbe en un día laborable. El cielo estaba diáfano, sin sombra de nubes, no soplaba el viento. La gente se dirigía a sus trabajos y quehaceres diarios como de costumbre. Metro y autobuses funcionaban con normalidad. Sin embargo, algo hacía presagiar la catástrofe. Dicen que las aves, y los animales en general, pueden saberlo con antelación. Y eso es lo que convierte un día normal en otro diferente. No había palomas ni gorriones porfiando por migas de pan en las plazas. Los perros se negaban a salir de casa para sus paseos diarios. Los gatos estaban agazapados en sus escondrijos.

Una extraña quietud.

Hasta que estalló la primera bomba en Plaza de Castilla, que se llevó por delante la marquesina de un autobús y dos contenedores de basura, afortunadamente sin gente en las inmediaciones.

Mientras varios coches patrulla se dirigían al lugar, estalló otra en Colón, levantando parte del pavimento y provocando un atasco monumental. Cero heridos.

Apenas cinco minutos después, los semáforos situados junto a la estatua de Cibeles se redujeron a escombros. Por suerte, no había peatones junto a ellos y los vehículos más cercanos no se vieron afectados. Madrid se convirtió en un auténtico caos y comenzó la operación jaula. Prensa, televisión y radio se apostaron en las cercanías de los lugares donde se habían producido los ataques para informar a tiempo real. Todas las cadenas suspendieron los programas que estaban emitiendo para poder seguir los sucesos en directo.

El patrón se estaba desarrollando conforme a lo previsto: sembrar el desconcierto y el pánico sin víctimas mortales. Pero todavía quedaban algunas células con armas mortíferas que podrían hacer estallar por su cuenta.

Cuando una llamada anónima al Palacio de la Moncloa dio aviso de una bomba activada para explotar en el intercambiador de Moncloa en un intervalo de tiempo que oscilaba entre una hora y hora y media, la Policía emitió un comunicado urgente recomendando a los ciudadanos no salir de sus casas o ponerse a resguardo si ya lo hubieran hecho.

Las oficinas de los servicios secretos eran un hervidero de actividad donde se cruzaban informaciones contradictorias y en los que costaba mantener la calma. Los lobos solitarios se habían situado en los lugares previamente convenidos y estaban localizados. Creían tenerlos controlados a todos, pero resultaba evidente por el último mensaje que alguien se estaba saliendo del guión y escapaba a su control. Hubo reproches cruzados entre los diferentes cuerpos y respectivos países implicados. El Presidente del Gobierno de España mantuvo una acalorada conversación a cinco bandas con sus homólogos de Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Alemania, en la que les recriminaba a todos ellos haberse dejado convencer para permitir que Madrid fuese el campo de batalla de un operativo que estaba resultando un auténtico fracaso a todos los niveles. Sumamente alterado, les informó de que, a partir de ese momento, todas las acciones que se llevasen a cabo estarían bajo su supervisión, como máximo dignatario del país. Y que, por supuesto, el coste de los daños ocasionados sería compartido.

Mientras se desarrollaba ese encendido diálogo, varias gradas del estadio Santiago Bernabeu

saltaron por los aires. El Presidente, hincha irredento del equipo merengue, se llevó las manos a la cabeza y golpeó furiosamente la mesa con el puño mientras lanzaba al aire un furibundo «¡basta!». Inmediatamente convocó a su despacho al jefe de Inteligencia Militar, al que ordenó ponerse al frente de la operación. Le advirtió de que cualquier insubordinación por parte de sus colaboradores extranjeros debería comunicársela ipso facto para tomar las medidas pertinentes.

Los TEDAX acordonaron la zona indicada en la llamada anónima para inspeccionar la posible presencia de artefactos. Todo parecía estar limpio, lo cual les hizo sospechar que se estuviera intentando desviar la atención para focalizar la atención en ese punto y atentar en otro bien distinto.

Hospital La Paz, Madrid,  
31 de mayo de 2017

—Will, tengo un ansia terrible de una de esas deliciosas palmeras de chocolate que hacen en aquella pastelería de la Cuesta de San Vicente —ronroneó Beatriz—. ¿Recuerdas cuál es?

—¡Cómo no me voy a acordar después del atracón que te diste la última vez! —Exclamó William con una carcajada, añadiendo después en tono jocoso—: Y, naturalmente, quieres media docena.

—Con una bastaría. Una palmera, quiero decir —aclaró risueña—. Una subida de azúcar no sería buena ni para el bebé ni para mí.

—Espera, se lo preguntaremos a tu médico. Si él lo autoriza, voy ahora mismo a comprarla.

Como si lo hubieran invocado, el doctor Sanz entró en ese momento, a tiempo de escuchar la breve conversación.

—Parece que tenemos a una embarazada con el típico antojo —bromeó—. No hay ningún problema, pero solo podrás tomar la mitad. Como bien apuntabas, colega, un exceso de glucosa de golpe no sería aconsejable en tu estado.

Tan pronto como el galeno terminó la revisión de constantes de la paciente, William guiñó un ojo a su esposa y le dijo que marchaba a la búsqueda del tesoro.

—Cogeré el metro. A estas horas debe de haber bastante tráfico y tardaría más si voy en taxi —anunció, a sabiendas de que a continuación vendría la inveterada chanza de Beatriz.

No se equivocó. Ella ladeó la cabeza y soltó el consabido chascarrillo con sonrisa pérfida.

—¡Oh, Dios mío, William Brandon se rebaja a viajar como los mortales! ¡No doy crédito!

El comentario derivaba de la antigua aversión de William a usar los transportes públicos cuando ambos se conocieran en el colegio King Edward de Londres. Acostumbrado a ser llevado a todas partes por Jameson, el chófer de la familia, la primera vez que Beatriz le había propuesto mezclarse con el populacho en el metro, William la había mirado con estupefacción. Después le había tomado el gusto a hacerlo y, cada vez que quedaban, él confesaba con un punto de orgullo que, después de todo, no estaba tan mal.

—Volveré sano y salvo con tu palmera de chocolate.

Caminó hasta la boca del metro, consultó el itinerario y comprobó que el trayecto era corto. Apenas tardaría veinte minutos. En lugar de bajar en la estación Príncipe Pío y subir la empinada Cuesta de San Vicente, decidió salir en Ventura Rodríguez y bajar dando un paseo hasta la pastelería.

Nada más salir a la superficie, detectó que algo pasaba. Las sirenas de los coches policiales se escuchaban por todas partes y parecían provenir desde diferentes sitios. No había un alma por la calle, algo insólito a esas horas en un día laborable. Le dio la impresión de que sus pasos resonaban con eco al pisar el pavimento. Aún así, continuó caminando hasta la Plaza de España, que encontró cerrada al Tráfico mediante vallas que impedían el paso y a un buen número de antidisturbios custodiándolas. No le pasó inadvertido que todos los comercios y bares estuviesen clausurados.

Al llegar a la pastelería, esta tenía la persiana metálica a medio levantar. Al percatarse de que había empleados en su interior, se coló por debajo y golpeó el cristal. Un hombre se acercó y, sin abrir, le informó de que estaba cerrado. William insistió de nuevo y, con su español rudimentario, le rogó le vendiese, aunque fuera sin dejarle entrar, una palmera de chocolate,

aclarando que su mujer embarazada estaba de antojo y necesariamente tendría que llevársela, so pena de que el bebé naciese con semejante tara en la cara. Por supuesto, William no creía en tales supersticiones, pero, al parecer, el pastelero sí, o tal vez simplemente se compadeciera de él. Accionó la apertura automática para dejarlo entrar y volvió a bajarla inmediatamente.

—¿Pero cómo se le ocurre andar por la calle con lo que está pasando? —Preguntó el hombre, mirándolo de hito en hito—. ¿Es que no ha escuchado las noticias?

William abrió los ojos de par en par, para reconocer a continuación que no tenía la menor idea de lo que le estaba hablando.

—Ande, siéntese. Le invito a un café.

Instantes después, depositó en la mesa sendas tazas de café. Luego se acomodó frente a él.

—Desde hace una media hora se están produciendo ataques en diferentes puntos de la ciudad —le informó mientras daba un trago a su bebida—. Estamos en una especie de estado de sitio, o como se diga. La cuestión es que se ha recomendado a la gente que no salga de casa y están cortando el tráfico —Luego lo miró detenidamente y frunció el ceño antes de añadir—: Usted no es de aquí, ¿verdad? Lo digo por su acento. Aunque, desde luego, pinta de árabe terrorista no tiene. Pero ya no puede uno fiarse de nadie. De todas formas, me sorprende que ande por la calle un día como hoy como si tal cosa.

William levantó las manos conciliadoramente y sonrió a su interlocutor.

—Puede creerme si le digo que no he sabido nada de lo que ocurría hasta que salí del metro y me percaté de que todo parecía demasiado silencioso y extraño. Yo soy inglés —aclaró—, y mi mujer, que es española, tuvo una complicación con su embarazo, por lo que decidimos venir a España para controlarlo. Esta mañana tuvo un antojo de palmera de chocolate y tenía que ser precisamente de aquí. Hace unos años lo descubrimos, y ella, que es muy golosa, decidió que eran las mejores que había probado nunca. Probablemente no se acuerde de nosotros.

—Imposible acordarme porque cogí el traspaso de este establecimiento hace apenas dos meses.

—Oh, espero que sigan haciéndolas igual. De lo contrario, es posible que se divorcie de mí. El encargado de la pastelería soltó una risotada.

—Por eso no tenga problema, ya que el personal sigue siendo el mismo. Yo simplemente me hice cargo del negocio.

William asintió, dio un trago al café y se puso en pie con intención de marcharse, no sin antes agradecer al dueño del local su amabilidad y coger el paquete donde había puesto no una, sino media docena de palmeras que no quiso cobrarle.

—Tenga cuidado al salir —le recomendó este, levantando la persiana metálica para franquearle el paso—. Es una temeridad por su parte. Tal vez podría esperar aquí hasta ver en lo que para todo esto.

—No habrá ahí fuera mayor peligro que volver sin la palmera de chocolate para mi esposa —dijo con una sonrisa franca al tiempo que apoyaba una mano en su hombro en un nuevo gesto de agradecimiento.

William emprendió la escasa distancia que mediaba hasta Príncipe Pío, decidido a custodiar el preciado botín con su vida, si fuera preciso. Ver la cara de decepción de Beatriz si llegase con las manos vacías sería mucho peor que enfrentarse a mil bombas en la calle.

En la explanada que se extendía ante el Centro Comercial, en cuyo interior estaba ubicado el intercambiador del metro, todavía bullía algo de actividad porque aún no habían llegado hasta allí los antidisturbios. La mayoría de los puestos de venta ambulante permanecían abiertos, y había gente entrando y saliendo con aparente normalidad. A pocos metros de allí, la glorieta de

San Vicente que hacía esquina con el Paseo de la Florida estaba cortada al tráfico. Al igual que en Plaza de España, la policía había tomado posesión de la misma enarbolando metralletas para disuadir a cualquiera que pretendiera saltarse el control. En cuestión de minutos, las noticias fueron corriendo como la pólvora y los puestos iban cerrándose hasta que el exterior del centro comercial quedó prácticamente vacío.

Comenzó a preocuparse, temiendo que el servicio de metro se viese interrumpido y le impidiese volver al hospital. Era previsible que tampoco pudiese coger un taxi. La situación parecía grave, y nada garantizaba que no pudiese ir a peor. Pero, pese a su intención de abandonar el MI5 formalmente a su regreso a Londres, todavía seguía en nómina y algo en su interior lo compelía a implicarse por responsabilidad profesional. Si algo había aprendido era detectar conductas anómalas. Así pues, en lugar de bajar para comprar el billete inmediatamente, se apostó a la entrada observando a la gente que entraba y salía. Todos los viandantes se movían con cierto nerviosismo. La inmensa mayoría entraba con rapidez para volver a sus casas mientras hablaba por sus teléfonos móviles. Probablemente, muchos de ellos se habrían dado la vuelta antes de llegar a sus trabajos para buscar el cobijo de sus casas y estarían informando a sus familias. Y justo cuando parecía que no obtendría ninguna información y ya bajaba las escaleras para comprar el billete, una chica captó su atención. Apoyó la espalda contra la pared atento a posibles señales mientras la observaba. Era una mujer muy joven de inconfundibles rasgos árabes que disimulaba su género y condición con una indumentaria masculina tipo camuflaje. Llevaba el pelo muy corto, pero unos pechos incipientes que se le marcaban a su pesar la delataban. Al verla, William notó que una alarma en su cerebro se activaba. Más aún cuando vio que portaba un bolso demasiado grande para llevar colgado del brazo y lo dejaba apoyado en el suelo con gesto distraído para después alejarse disimuladamente. Era todo un clásico en los manuales antiterroristas. ¿Cómo es que nadie se daba cuenta? Tal vez porque, cuando en un lugar hay mucha gente, todo el mundo pasa desapercibido. Alguien había dicho alguna vez que, si quieres ocultar algo, lo mejor es dejarlo a la vista.

La siguió a prudente distancia y, antes de que introdujese el billete en el lector para acceder al metropolitano, posó una mano en su hombro con suavidad y le tendió el bolso.

—Perdona, creo que se te ha olvidado esto.

La muchacha lo miró con sorpresa.

—No es mío, pero gracias.

Cuando intentó salir corriendo, William la alcanzó en dos zancadas inmovilizándole las muñecas a la espalda.

—La cámara de seguridad aclarará si es tuyo o no —dijo sin alterarse.



Hotel Delicia, Madrid,  
31 de mayo de 2017, 9 a.m.

—Estamos perdiendo mucho tiempo —porfió Brennan—. Si realmente quieres evitar una catástrofe, libérame y vamos a detener esto. Sé cómo hacerlo. Ya has comprobado que no puedo sustraerme a los efectos de esa droga, así que tendrás que creerme.

Mary vaciló. Lo cierto era que el irlandés no había incurrido en contradicciones y su discurso no distaba mucho de lo que había confesado bajo coacción. Se masajeó las sienes tratando de desembarazarse de una migraña incipiente que amenazaba con hacerse más fuerte a cada minuto que pasaba. Luchó contra la racionalidad que le dictaba atenerse a las órdenes recibidas, pero ganó la intuición. Sabía que habría tenido que informar a su superior antes de tomar cualquier decisión de tal trascendencia; aún así, obvió el trámite y decidió actuar por su cuenta. Posiblemente, tanto si se equivocaba como si no, eso le pasaría factura.

Soltó a Brennan y se guardó la pistola en la sobaquera, advirtiéndole que no intentase jugársela otra vez porque siempre sería más rápida que él. Saldrían de la mano del hotel como una pareja normal. Si se le pasaba por la cabeza soltarse, le dispararía sin el menor titubeo.

Una vez en la calle, Brennan detuvo uno de los pocos taxis que pudieron encontrar, a cuyo conductor indicó se dirigiese a la Estación Príncipe Pío a toda velocidad. Le prometió una propina sustanciosa si lo hacía en la mitad de tiempo que habría empleado en una carrera normal. El taxista rezongó, alegando que se dirigía a su casa tras haber escuchado el aviso policial de despejar las calles. Brennan incrementó la recompensa y el taxista, después de valorar que la suma equivalía a cinco jornadas laborales, decidió arriesgarse, no sin antes advertirles que no podría garantizar llegar a destino por las circunstancias antedichas.

El tráfico en la Glorieta de San Vicente todavía era fluido, pero la circulación se estaba desviando hacia el Paseo de Extremadura y no permitía el acceso a las arterias principales de la ciudad, en especial las que, partiendo de ese punto, conducían a Princesa y Gran Vía por la Cuesta de San Vicente. Los dejó relativamente cerca. Cobró lo estipulado y ellos bajaron a toda prisa, sin tan siquiera despedirse.

A la entrada del metro, Brennan se detuvo y echó una mirada a su alrededor, observando con el entrecejo fruncido a la gente que entraba y salía del centro comercial en cuyo interior se ubicaba el intercambiador. Finalmente sugirió a Mary sentarse en un banco para tener una panorámica más amplia de la zona.

—¿Qué estamos buscando? —Preguntó esta—. ¿Tienes alguna idea o simplemente intentas ganar tiempo?

—Esta es su foto más reciente, tomada esta misma mañana —dijo, al tiempo que se la mostraba en la pantalla de su móvil.

En la instantánea, la muchacha vestía un caftán negro que le llegaba hasta los tobillos, y sus rasgos árabes, pese a salir de perfil, eran lo suficientemente marcados como para permitir su identificación. En la mano derecha llevaba una bolsa de viaje de tamaño mediano: lo ideal para guardar una cantidad nada despreciable de explosivos. Se fijó un poco más en la imagen y contuvo el aliento al reconocer la figura en segundo plano, algo borrosa, que se vislumbraba a un par de metros de ella: era Steve Jones, el agente Hobbit. La fotografía parecía hecha tomando como apoyo un espejo para que la fotografiada no se percatase de ello. Dudó si participárselo a Brennan y decidió que no. Cuanto menos supiera él y más supiera ella, mejor para los dos.

—Esta mujer juega fuera del tablero —informó el irlandés—, según información del que tú llamas «el puto árabe», y es muy peligrosa.

—Y seguro que también inteligente —apuntó Mary—. ¿Se te ha ocurrido pensar que puede haberse cambiado de ropa después de la fotografía?

«Chica lista», pensó Brennan una vez más.

En ese momento recibió una alerta en el diminuto transmisor conectado a su oído.

—El objetivo se ha quitado el chip localizador hace diez minutos, exactamente en Madrid Río, así que hay un alto porcentaje de probabilidades de que venga hacia aquí, y no precisamente con intención de darse una vuelta turística —trasladó a Mary tras escucharlo—. Cúbreme con tu mira telescópica mientras voy a esa esquina a esperarla —remachó con indudable sorna.

—Os estaré apuntando a los dos, no lo dudes.

Fuese lo que fuese lo que tuviera que ocurrir en los próximos minutos, Mary dedujo que había llegado el momento de informar a Tyler. Si la mujer era tan letal como había dicho Brennan, ellos dos no serían suficientes para capturarla. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que le rechinaron los dientes: había tardado tanto en hacerlo que los refuerzos no llegarían a tiempo.

Nerviosa, corrió hasta la entrada con intención de buscar a Brennan y unir sus fuerzas. Antes de poder localizarlo, él le tocó el hombro suavemente sin decir palabra e hizo un movimiento ocular para atraer su atención hacia una chica que bajaba las escaleras por delante de ellos y respondía a la descripción. Si bien vestía de forma distinta que en la fotografía, sin duda la bolsa de viaje era la misma.

Con su característica impetuosidad, Mary intentó alcanzarla saltando los escalones mecánicos de dos en dos, pero Brennan la detuvo agarrándola del brazo.

—Cautela, socia —le susurró al oído—. Hay que cogerla desprevenida. Si nos detectase, ¿sabes lo que tardaría en accionar el mecanismo y hacer saltar todo esto por los aires? Camina despacio y disimula.

Sin perderla de vista, pese a las cabezas que se interponían entre ellos y la perseguida, observaron que dejaba la bolsa en el suelo para sacar un ticket y se dirigía hacia el lector de billetes del metropolitano sin recogerla. Alguien forcejeó con ella y la redujo con facilidad antes de que pudiera traspasar la barrera. La bolsa seguía en el suelo, a sus pies.

Mary y Brennan se miraron y aceleraron la carrera, que ya no tenía sentido ralentizar.

\*\*\*\*\*

—¿Lancaster? —Preguntó Mary con estupor.

—¿Davis? —Se sorprendió este mientras mantenía las manos sujetas a la espalda de la fugitiva, que soltaba imprecaciones en árabe y se retorció como un caimán herido de muerte.

—¿Profesor Blumer?—Inquirió Banner, más que estupefacto—. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Simple casualidad —dijo William, haciendo alarde de la célebre flema británica—. Fui a comprar una palmera de chocolate para mi mujer, que tenía un típico antojo de embarazada, y me encontré con este contratiempo. —Luego los miró a ambos con el entrecejo fruncido y añadió—: Lo que me sorprende a mí es encontraros a los dos en Madrid en este momento. ¿Banner? ¿Tienes algo que decir o hago que te suspendan el curso? ¿Y tú, *Poppins*?

—¿*Poppins*? —El irlandés soltó una carcajada—. ¿Ese es tu nombre de guerra?

—¡Cállate! —ordenó esta, irritada—. ¿Por qué, en lugar de decir tonterías, no vas a avisar a seguridad?

—No os molestéis: ya lo he hecho yo —terció William—. De hecho, mirad, por ahí vienen.

William les entregó con sumo gusto la presa y flexionó las muñecas para desentumecerlas.

—Mi auténtica misión empieza ahora —dijo bamboleando ante los ojos de ambos el envoltorio con las palmeras de chocolate. Acto seguido abandonó el lugar.

Hospital La Paz, Madrid,  
31 de mayo de 2017, 14: 30 h.

William caminó durante tres horas por calles secundarias hasta conseguir llegar al hospital, soslayando controles policiales y ocultándose en los portales.

—Aquí la tienes —le dijo a Beatriz desde la puerta, mostrándole el paquete arrugado que chorreaba chocolate derretido.

—¡Ay, Will, qué miedo he pasado! Poco después de irte, me enteré de que había amenaza terrorista y controles policiales. Te llamé al móvil pero te lo dejaste olvidado aquí. Todavía estoy temblando.

—No te preocupes. He llegado, ¿no? He tardado un poco porque, efectivamente, algunas calles estaban cortadas y no había taxis. Pero sabes que estoy en forma y andar unos kilómetros no es nada para mí.

A continuación, se desplomó sobre el sofá para acompañantes como un fardo.

Beatriz se llevó las manos a la cabeza y pulsó el timbre. Mientras esperaba la llegada del médico, lo abrazó, llorando.

—Will, lo siento. ¡Qué capricho estúpido! ¿Me escuchas? ¡Háblame, por Dios!

William no respondía. Beatriz le tomó la muñeca y comprobó que sus pulsaciones eran muy débiles. El médico no llegaba y tampoco podía dejarle solo para ir al mostrador de planta. Salió al pasillo y alertó a una enfermera que pasaba por delante empujando un carro con medicamentos, que dejó abandonado allí mismo para correr en pos de ayuda.

Minutos después, un galeno entró en la habitación a toda prisa con el estetoscopio colgado del cuello. No era el doctor Sanz.

—Este hombre lo que tiene es un agotamiento brutal —sentenció mientras lo auscultaba, evitando mirarla—. El corazón ha bajado el nivel de trabajo para poder sobrevivir al esfuerzo, como si hubiera corrido cuarenta kilómetros sin parar, pero no considero necesario pautarle medicamento alguno. Solo necesita descansar.

Preocupada por lo que pudiera decirle, Beatriz no había reparado en él hasta entonces. Fue su timbre de voz, que apenas había cambiado, lo primero que reconoció. Físicamente estaba distinto. Aunque seguía siendo apuesto, no quedaba nada en su expresión de aquella actitud risueña y carismática que había constituido su mayor atractivo. Ahora un rictus de gravedad modelaba su rostro hasta el punto de parecer unos años mayor de lo que era.

—Gracias, Víctor —dijo Beatriz, tendiéndole la mano.

—No hay por qué darlas, solo hago mi trabajo —respondió estrechándosela con frialdad y se encaminó hacia la puerta—. Tengo otro paciente esperando. Me ha alegrado saludarte.

—A mí también —musitó ella con un hilo de voz.

Palacio de Buckingham,  
30 de junio de 2017

La prensa mundial había elogiado el éxito de colaboración de los servicios de inteligencia internacionales que, actuando en una perfecta conjunción, habían conseguido detener a importantes cabecillas terroristas y evitar un ataque devastador en Madrid.

Tanto la reina de Inglaterra como el Primer Ministro habían dado el visto bueno previo al operativo, del que estuvieron informados en todo momento. La Cámara de los Comunes lo desconocía, pero algunos parlamentarios hicieron preguntas incómodas a posteriori, preguntas cuyas respuestas tendrían que ser oficialmente suavizadas.

Uno de los que más interrogantes planteó fue Fred Martin, que tenía la mosca detrás de la oreja. Era un tipo curtido y sagaz al que no resultaba fácil engañar. Por eso se pergeñó una mentira parcial que pudiera no resultar demasiado creíble, pero que sería complicada de desmontar: un ciudadano del que no trascendieron datos ni nacionalidad, neutralizó a una yihadista al resultar sospechoso su comportamiento en el metropolitano de la estación Príncipe Pío de Madrid.

El mundo quería héroes, y le dieron uno, pero nunca sabrían de quién se trataba porque ese ciudadano ejemplar permanecería en el anonimato por decisión personal y también para salvaguardar su seguridad. Era de prever que los periodistas no se dieran por conformes y persistieran en efectuar averiguaciones. Les resultaría difícil, por no decir imposible: en torno a él se había construido un blindaje hermético que lo hacía de todo punto inaccesible.

Era sabido que, después de un mazazo así, se producía cierta calma. Durante esos períodos de *impass*, los cuerpos policiales trabajaban a marchas forzadas para avanzar más deprisa que aquellos que trataban de reorganizarse. Era algo cíclico.

Por las razones antedichas, sería impensable celebrar ningún tipo de acto oficial de imposición de medallas. No obstante, la reina quiso conocer en persona a los miembros británicos del equipo que había participado en el operativo, y a tal fin se organizó una reunión a puerta cerrada a la que solo asistieron los tres agentes y su superior jerárquico, el mayor Tyler Watts. Sobre la mente de todos ellos sobrevolaba el pensamiento de que faltaban algunos, sin cuya intervención la operación no habría llegado a buen puerto. Mary Davis, en concreto, dedicó unos minutos a meditar en que habría sido de justicia convocar también a Liam Banner y a Hassam Abdullah, al que había dejado de nombrar como «*el puto árabe*», pero era consciente de que ellos pertenecían a otro estamento y que los entresijos de los servicios de seguridad del país no permitían mezclarlos. De hecho, cabía en lo posible que ni siquiera volviesen a cruzar sus caminos. Llegado este punto de su divagación, Mary suspiró levemente porque sus sentimientos respecto al irlandés eran confusos y hubiese deseado aclararlos con él, ambos frente a una pinta de cerveza. «*Gajes del oficio*», se dijo. «*Tendría que haberme dado cuenta de que no se pueden mezclar trabajo y placer*».

La reina lucía en toda su majestad pese a los años que pesaban a sus espaldas. Su hijo Carlos, el eterno príncipe que jamás reinaría, no había sido invitado, y tampoco el Duque de Edimburgo, que había sido relevado años atrás de comparecer en eventos oficiales a causa de su

frágil salud.

Tras el tradicional besamanos, Elizabeth II impuso la Orden del Imperio Británico a William Brandon, Steve Jones, Mary Davis y Tyler Watts, y a continuación se sirvió un ágape donde departió con ellos hasta las diez de la noche, momento en el que el Lord Chambelán invitó discretamente a los asistentes a marcharse.

Tras despedirse de sus compañeros, a los que esperaba no volver a ver, William aguardó a la entrada de palacio a que acercasen su automóvil para poder regresar a Devonshire.

—Estoy muy orgulloso de ti, aunque no pueda abrazarte —dijo el hombre que le abrió la portezuela y que en esta ocasión no lucía bigote postizo.

—Lo sé, papá.

Ocultó la condecoración en la guantera y metió primera con una sonrisa exultante.

Thames House, Millbank, Londres,  
3 de julio de 2017

—Siéntate, por favor, y no me interrumpas hasta que termine —exigió Tyler—. Ya me conoces, y sabes que no me ando por las ramas. Bien, de entrada te felicito formalmente por tu valiosísima intervención en un operativo en el que no se te esperaba pero en el que providencialmente apareciste. Como ves, y pese a que siempre piensas que tu aportación no vale para nada, vuelves a equivocarte. De no ser por ti, tus compañeros habrían llegado demasiado tarde. ¿Casualidad? No lo creo. Si no fueras uno de los nuestros, no se te habría ocurrido actuar como lo hiciste. Dicho esto, vamos a lo que vamos, que no es otra cosa que hablar de tu futuro.

William puso los ojos en blanco. Parecía que este hombre nunca se diera por vencido, por más que se lo hubiera dicho. Dejó reposar con cansancio las manos en sus rodillas, aguardando la perorata que sabía vendría a continuación y que esperaba rebatir después.

—Sé que consideras que no estás hecho para esto y que no te sientes motivado. No hay problema. Eres demasiado valioso para nosotros como para presionarte, así que vamos a proponerte para la Cámara de los Lores.

William abrió los ojos de par en par. Era demasiado joven para eso. No le admitirían de ninguna de las maneras, por más linaje que lo precediese.

Tyler giró varias veces en su silla, al borde del mareo. Luego la detuvo frenándola con los pies y adelantó el cuerpo hasta situar su cabeza a pocos centímetros de la suya.

—Es un destino envidiable, Lancaster. Buen sueldo, poco trabajo y mucho tiempo libre. Nadie diría que no a eso.

—Nada es tan fácil. ¿A cambio de qué?

—A cambio de nada —dijo Tyler—. Solo tendrás que ir a las tediosas reuniones en la Cámara.

—¿Y qué más? —insistió William.

—¿Sigues jugando al golf?

—Sabes que no. Desde hace meses no lo practico.

—Bien, pues ya va siendo hora de que lo retomes. Fred Martin está resultando muy incómodo. Como sabrás por la prensa, porque no evita la menor ocasión que se le presente para aventurar hipótesis sensacionalistas, sigue rumiando. Desconfía de todo y no va desencaminado, pero eso solo lo sabemos nosotros. Tal vez, si vuelves a jugar con él, puedas obtener alguna información interesante.

William bufó ruidosamente. Con Tyler era ya estúpido fingir.

—Claro. Era evidente que no sería gratuito.

—¿Es que hay algo que lo sea en esta vida?

—Probablemente, no. Déjame que lo piense.

—Hazlo. Medita profundamente. Espero que llegues a la conclusión de que no te comprometes a nada y, por el contrario, contribuirás a hacer de este mundo, un mundo más seguro.

—Pero quiero tener un horario razonable. Nada de estar disponible las veinticuatro horas del día los trescientos sesenta y cinco días del año. Si me garantizas esto, hay una alta probabilidad de que acepte.

—Dalo por hecho —dijo Tyler, tendiéndole la mano para estrechar la suya.





Castillo de Devonshire,  
Diciembre de 2017

El castillo se encontraba engalanado para la Navidad. El enorme árbol de la entrada estaba repleto de guirnaldas y luces que se encendían y apagaban intermitentemente.

Los invitados no tardarían en llegar. Mientras tanto, Beatriz ayudaba a Anna con los preparativos. Los niños correteaban persiguiendo a *Daf* y *Duke*, y, de vez en cuando, cambiaban las bolas de sitio con sonrisa traviesa. Henry observaba su disposición con ojo crítico y, si alguna no colgaba de forma milimétricamente equidistante con las demás, se lo hacía saber. Jamie, entonces, le cogía del hombro para llevárselo a otro sitio y explicarle que, en la vida, no todo tendría que ser perfecto. Luego se enzarzaban en una discusión amistosa que invariablemente duraba horas.

Beatriz y William tardaban en bajar porque el bebé lloraba sin que pudiesen adivinar el motivo.

—Dile a Jamie que venga a apaciguar a su hermana —pidió Beatriz—. Siempre que le coge la manita, se calma. Hay mucha conexión entre ellos.

Tan pronto como Jamie se hizo cargo de la situación, el bebé dejó de llorar.

—Tu hermanita te echaba de menos —dijo Beatriz.

—Mi prima tiene cólico —sentenció Henry, que había acompañado a su primo—. Por eso llora. Ahora ha parado un poco, pero volverá a hacerlo en menos de cinco minutos.

Efectivamente, y antes del término anunciado por Henry, la pequeña Anna comenzó a llorar de nuevo. Beatriz la acunó intentando que soltase los gases que pudiera tener acumulados. Después de una buena ración de meteorismo, la niña cayó rendida, y así continuó al depositarla en la cuna.

—Tenía cólico —insistió Henry.

—Lo tenía —admitió Beatriz—. Y tú supiste verlo antes que nadie. Creo que serías un buen pediatra.

—Un buen pediatra —repitió él—. No lo sé.

—¿Qué os parece si bajamos a cenar? —Propuso Beatriz a los niños—. Anna ya se ha dormido y Allison vendrá para vigilar su sueño.

—Allison vendrá, Allison vendrá —repitió Henry—. Y si no viene, Jamie y yo le haremos compañía a mi prima.

\*\*\*\*\*

Beatriz se tumbó sobre la cama, pletórica. Eran las dos de la madrugada y Allison acababa de marcharse

—Hemos sobrevivido a una nueva Navidad —dijo, algo achispada por el champán.

William la cubrió de besos.

—Y ojala vengan muchas más.

—Vendrán, querido Will. Y también...

Justo en ese momento la pequeña Anna comenzó a llorar. Beatriz se levantó para

apaciguarla. La niña solía dormir poco de un tirón y se despertaba con frecuencia. Eso a Beatriz la tenía exhausta. William posó una mano en su hombro para hacerle saber que él se encargaría.

La acunó, tarareando canciones y consiguiendo que volviera a retomar el sueño. Después la depositó con delicadeza en la cuna.

—Conseguiste dormirla —constató Beatriz.

—Sí, ya me encargué de ella. Y ahora me voy a encargar de su madre —dijo William, besándole el cuello.

**F I N**

## Reseña de la autora



**Mercedes de Miguel** (Madrid, 1963) es licenciada en Derecho y diplomada en práctica jurídica por ICADE. Ejerce como Procuradora de los Tribunales en la provincia de Pontevedra desde 1991.

Ha publicado diversos relatos cortos humorísticos sobre golf en la revista GOLF DIGEST durante 2016 y colabora como articulista en ciudadrealdigital.es.

Además de LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON, otros títulos de la autora son LA MENTE DEL ASESINO (2011), TORMENTA (2012), MISTERIO EN EL TANATORIO (2013), DE LOBOS DIVERGENTES (2015), esta en coautoría con PL Salvador, CAMINOS CONVERGENTES (2016), LA VIRGEN DE LOS LEGGINGS (2017) y CINCUENTA (2018), todas ellas disponibles en AMAZON.

# — Índice —

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Castillo de Devonshire, Inglaterra, 2017](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 2013](#)

[Castillo de Devonshire, Inglaterra, 2015](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 2013](#)

[Universidad de Oxford, Inglaterra, 2015](#)

[El Escorial, España, agosto de 2015](#)

[Universidad de Oxford, Inglaterra, septiembre de 2015](#)

[Northeasthills, Castle Rock, Escocia, septiembre de 2015](#)

[Universidad de Oxford, Inglaterra, noviembre de 2015](#)

[París, septiembre de 2015](#)

[Universidad de Oxford, diciembre de 2015](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 7 de diciembre de 2015](#)

[King's Arms, 14 de diciembre de 2015](#)

[Londres, 22 de diciembre de 2015](#)

[Devonshire, 23 de diciembre de 2015](#)

[Universidad de Oxford, 23 de diciembre de 2015](#)

[Universidad de Oxford, 13 de enero de 2016](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 17 de enero de 2016](#)

[Universidad de Oxford, 17 de enero de 2016, 10 h.](#)

[Kings' Arms, 17 de enero de 2016, 20 h.](#)

[Residencia de estudiantes, Oxford, 17 de enero de 2016, 10 h.](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 24 de enero de 2016](#)

[Bilbao, España, 21 de enero de 2016](#)

[Universidad de Oxford, 24 de enero de 2016](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 25 de enero de 2016](#)

*Residencia de estudiantes, 26 de enero de 2016*

*Castillo de Devonshire, marzo de 2016*

*Piso franco de Lavapiés, Madrid, mayo de 2017*

*Thames House, Millbank, enero de 2017*

*Castillo de Devonshire, marzo de 2016*

*Royal Wimbledon Golf Course, Londres, enero de 2017*

*Royal Wimbledon Golf Course, marzo de 2017*

*Castillo de Devonshire, marzo de 2017*

*Royal Wimbledon Golf Course, abril de 2017*

*Piso franco de Lavapiés, mayo de 2017*

*Castillo de Devonshire, mayo de 2017*

*Thames House, Millbank, Londres, mayo de 2017*

*Kings' Arms, mayo de 2017*

*Consulta de la doctora Brandon, Londres, mayo de 2017*

*Royal Wimbledon, mayo de 2017*

*Piso franco de Lavapiés, mayo de 2017*

*Castillo de Devonshire, mayo de 2017*

*Tierra del Fuego, Ushuaia, Argentina, mayo-junio de 1982*

*Hospital La Paz, Madrid, 27 de mayo de 2017*

*Castillo de Devonshire, 27 de mayo de 2017*

*Piso franco de Lavapiés, 31 de mayo de 2017*

*Hospital La Paz, Madrid, 28 de mayo de 2017*

*Cervecería Alemana, Madrid, 29 de mayo de 2017*

*Embajada del Reino Unido en Madrid, 29 de mayo de 2017*

*Hospital La Paz, Madrid, 29 de mayo de 2017*

*Residencia de estudiantes, 29 de mayo de 2017*

*Thames House, Millbank, Londres, 30 de mayo de 2017*

*Madrid, 30 de mayo de 2017, 5 a.m.*

*Madrid, 31 de mayo de 2017*

*Hospital La Paz, Madrid, 31 de mayo de 2017*

[Hotel Delicia, Madrid, 31 de mayo de 2017, 9 a.m.](#)

[Hospital La Paz, Madrid, 31 de mayo de 2017, 14:30 h.](#)

[Palacio de Buckingham, 30 de junio de 2017](#)

[Thames House, Millbank, Londres, 3 de julio de 2017](#)

[Castillo de Devonshire, Diciembre de 2017](#)

[Reseña de la autora](#)

---

[1] Vino blanco

[2] Perro

[3] Radicales, en el argot de la Ertzainza, Policía Autónoma vasca.

[4] Madera habitualmente utilizada para las salidas en los hoyos largos porque es con la que se consigue mayor distancia.

[5] Un golpe bajo par

[6] Dos golpes sobre el par del hoyo